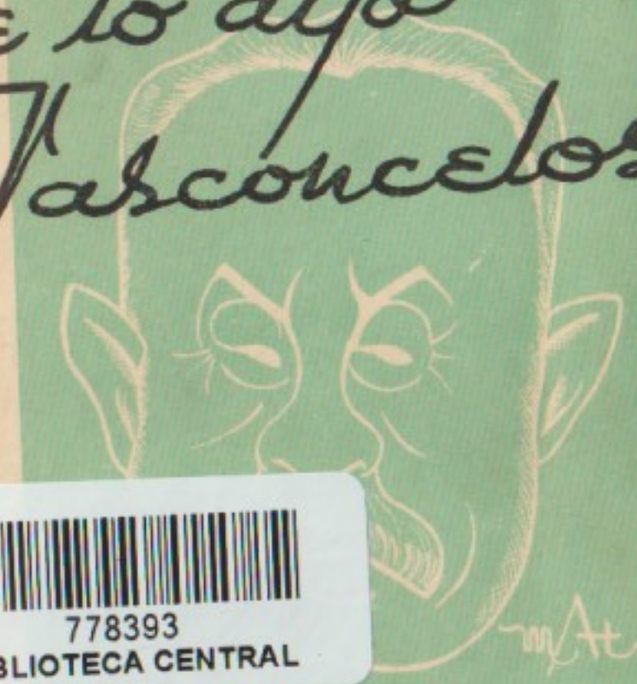
JESUS GUISA Y AZEVEDO

Me lo dijo Vasconcelos...



UNAM
778393
BIBLIOTECA CENTRAL

PRIMERA EDICION

POLIS

EDITORIAL POLIS · MEXICO, 1965

OBRAS DEL AUTOR

El Tomismo de Balmes en su Tratado de la Certeza. Vich, Barcelona, 1924. (Agotado)

Lovaina, de Donde Vengo. México, 1934. (Agotado)

Chesterton. Tres ensayos. En compañía de Joaquín García Pimentel y Antonio Brambila. Editorial Polis, México, 1937. (Agotado)

Doctrina Política de la Reacción. Editorial Polis, México, 1941 (Agotado)

Hispanidad y Germanismo. Editorial Polis, México, 1946. (Agotado)

El Cardenal Mercier o la Conciencia Occidental. Editorial Polis, México, 1952. (Agotado)

Los Católicos y la Política, El Caso de Capistrán Garza. Editorial Polis, México, 1952. (En prensa la segunda edición)

La Civitas Mexicana y Nosotros los Católicos. Editorial Polis, México, 1953. (Agotado)

El Ciudadano Luis María Martínez. Editorial Polis, México, 1956. (Agotado)

Estado y Ciudadanía. Editorial Polis, México, 1957. (Agotado)

La Palabra Humana. (Discurso de ingreso en la Academia Mexicana. Respuesta de Angel Ma. Garibay K.) Facultad de Filosofía y Letras. Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1958. (Agotado)

ME LO DIJO VASCONCELOS...

U.N.A.M.
BIBLIOTECA CENTRAL
PROV
FACT DONACION
FECHA
PRECIO

JESUS GUISA Y AZEVEDO

98
Cafc

Me lo dijo Vasconcelos...

Editorial POLIS
1965

778393

Esta obra no puede ser reproducida parcial o totalmente sin autorización por escrito del autor.

Impreso en México
Printed in Mexico

PRIMERA EDICION

UNAM
BIBLIOTECA CENTRAL
CLASIF F1239
V3
G85
MATRIZ 399227
NUM ADQ 778393

© Copyright by Editorial Polis

Impreso en la Editorial Acuarimántima, Londres 24, México 6, D. F.

"*Lo importante es que no lo olvides: hay un Dios Todopoderoso y Jesucristo su Unico Hijo. Lo demás se irá arreglando solo*". La madre de Vasconcelos, Ulises Criollo, pág. 11.

"*A Pepe díganle que nunca olvide a Dios Nuestro Señor*". Tales habían sido sus últimas palabras. Ulises Criollo, pág. 167.

INDICE

Pág.

Capítulo I
Este era Vasconcelos . . . 13

Capítulo II
Estar con Vasconcelos . . . 27

Capítulo III
Vasconcelos y su dolor de ser mexicano 49

Capítulo IV
Vasconcelos, genuino humanista, pese a no haber sabido griego ni latín 65

Capítulo V
Este par de malhechores: Marx y Freud 91

Capítulo VI
¿Decadente y claudicante Vasconcelos, a causa de su catolicismo? 141

Capítulo VII
Suma, Sentencias y Cuestiones 161

I

ESTE ERA VASCONCELOS...

Visto ya en su madurez, hombre hecho y derecho por tanto, sereno su corazón, pero lleno él, con todo esto, de pasión, de amor intelectual, por mejor decir las cosas, amor que lo empujaba con ímpetu hacia la verdad, Vasconcelos no cesaba de pensar en la muerte. No sólo era ésta, para él, el trance augusto que nos liberaba de miserias y dolencias, sino el complemento de nuestra acción y de una manera cierta la revelación, por supuesto que para nosotros en la otra orilla, y para los demás, nuestros amigos, nuestros enemigos, en general para nuestros contemporáneos y para los que por curiosidad, interés o casualidad tengan noticia nuestra, de los pocos o muchos méritos alcanzados, de las omisiones censurables, de los desvíos, obstinaciones y arrepentimientos.

Vasconcelos hablaba de la muerte como de una presencia que nos incita, que nos previene, que nos corrige, que nos hace reflexivos, que nos madura y que, por todo esto, nos perfecciona y nos trasmuta en buenos. La muerte viene a su término y a su hora. Apresurarla sería desconocer la bondad y excelencia de la vida, la obligación en que estamos de vivirla bien, de gozarla, por tanto, haciendo de ella el continente de

una actividad cumplidamente humana. Sabía Vasconcelos que la muerte es la medida del hombre, la compañera que inspira nuestros actos, el límite universal, sólo quebrantado o sobrepasado por el vigor de la inteligencia y de la voluntad, o sea por el vigor de la verdad que formulamos y de la bondad que ejecutamos. La muerte está en disputa continua con nosotros, nos gana terreno y, al estrecharnos en la impotencia, al hacernos morder el polvo del tiempo como con el deliberado propósito de alimentarnos con la nada, de empujarnos a la tumba y al silencio, nos concita a hacer cosas grandes y buenas. a transgredir la regla común de la desaparición para dejar huella permanente en la memoria de los hombres, y sobrevivir en consecuencia.

Vasconcelos, de estudiante, al verse con trajes raídos y zapatos rotos, avivaba su fuego interior no para procurarse prendas costosas y vida regalada, sino para sobreponerse a las apreturas de orden económico y ser señor de sí mismo. Un gusto insatisfecho, así fuese el de estrenar ropa o calzado, vuelto por la insatisfacción acicate, estímulo, rencor, desesperación, hostilidad y aun espíritu vengativo, nunca lo hizo menoscabar su calidad humana. Un amor pasajero, que deja herido y maltrecho nuestro optimismo porque constituye una desilusión, lo incitaba al amor grande. Una amistad, tenida por sólida y que. por consiguiente, hace concebir la idea de continuada colaboración, de pronto se deshace y esto, en vez de colocarlo en el aislamiento y de mantenerlo en la soledad, lo llevaba a ser más precavido y cuidadoso en la empresa de tener amigos.

Amaba la vida. La quería gozosa para él, con gozos subidos y sobrados, gozos ante todas cosas de carácter espiritual, y. aleccionado por su experiencia de

estudiante pobre, consciente, por su pobreza —la cual naturalmente comparaba con las carencias de muchos y la amplitud de no pocos— de las necesidades de las familias mexicanas, pensaba en una vida digna para México. Su amor a la vida lo empujaba al combate, a trabajar afanosamente, por medio de la inteligencia, a luchar por tanto con ideas y ver de lograr la posesión, en cada mexicano, de una conciencia cabal de la ciudadanía. Y Vasconcelos no podía menos que ser antiporfirista. Y esto no por inspiraciones anticatólicas. Vasconcelos no veía en don Porfirio el espantajo clerical forjado por los masones. Tampoco bebió en la fuente de la ingenuidad del anarquismo. propagado por los Flores Magón. El sintió en su ser de joven mexicano, de estudiante sagaz, y de patriota iluminado, la insuficiencia de la dictadura. Todo en ella hacía ver el artificio y su obra más preciada, la paz, no era, en realidad de verdad, sino un equilibrio inestable, que se rompería, como en efecto así sucedió, en cualquier momento. Vasconcelos se hizo el propósito de convertirse en luchador, de sacar fuerzas de flaqueza, de dedicarse con el desinterés propio de la juventud, y Vasconcelos, por esto, fue siempre joven, a la suprema tarea cívica de hacer de México una nación habitada por hombres libres. Eso que llamamos revolución, y que dio al traste con el porfirismo, fue en los años de la violencia, la intriga, el cálculo, la connivencia con el extranjero, el reino de la arbitrariedad, la anarquía, muy a menudo la exaltación de la canalla. Vasconcelos es la conciencia lúcida de lo que hubo de noble en la cólera del pueblo y en sus ansias de mejoramiento y de justicia. Se entregó porfiadamente a la tarea de acabar con las fuerzas de la disolución y de la muerte. Amaba la vida y en toda

circunstancia, aun en sus desfallecimientos, insuficiencias y desmanes, nos comunicaba, y hacía esplendoroso y conquistador, el instinto de vivir. Y tan amaba la vida que la experiencia, y pocos hombres de su época la tuvieron tan variada y contradictoria como él, lo mantuvo siempre alerta para no caer en el error. Reflexivo, acepta las enseñanzas de la vida y escoge libremente, quedándose siempre con lo mejor. Presuntuoso, pedante y engreído, se hace, en fuerza de su deseo ferviente de vivir, y de vivir como hombre completo, humilde y diligente perseguidor de la verdad, restaurador incansable del orden, patriota de tenacidad ejemplar. Atraído y seducido por lo extraordinario, y llamemos a lo extraordinario por su nombre, conviene a saber milagro, solícito en ser alumbrado por éste, sintiéndose feliz de caminar por el camino de la fe, tiene mirada de poeta y descubre en todas las cosas los reflejos de la luz divina. Vasconcelos hinca en la realidad nacional sus ojos de gran advertencia, avizores y de mirada siempre lúcida, y, dialogando consigo mismo, o con sus lectores, o sea en las palabras que sólo él conoce, o en las que pronuncia para nosotros, habla de belleza. Poeta, filósofo, esteta, hombre de orden, todo lo ve, la política por supuesto, bajo el signo de lo bello.

Hombre poseído de un encendido instinto de vida, por consiguiente hombre que se ensancha y se amplifica, que hace crecer sus facultades, que quiere ser como el testigo de todo brote vital; hombre que se prodiga y pretende recoger en su conciencia el aliento de la Naturaleza, que ha puesto su planta en todos los lugares de la patria para sentir el contacto y el calor de lo mexicano, y de los mexicanos, no puede menos que ser un gran aventurero. Y la gran aventura del Ulises-Vasconcelos fue México. La aventura es un suceso extraño, un acontecimiento casual o algo que, implicando riesgo, nos atrae justamente por esto. Y como quiera que sea, la aventura, como cosa inusitada, o contingente, o peligrosa, Vasconcelos la aceptó y, más que esto todavía, la buscó. Esa cosa peregrina que fue México para Vasconcelos él se empeñó en comunicárnosla para que la hiciéramos nuestra y la afináramos según nuestra propia inspiración. El México de su aventura es el del Ulises Criollo, el México de su familia modesta, el de una mujer excepcional, su madre, que él nos revela más que por otra cosa por sus silencios de ella, o sea por lo que no dijo y sugería, por lo que callaba y, con todo esto, afloraba en su sonrisa de misericordia, o en su mirada de entendimiento y comprensión. El México de la aventura vasconceliana era el de su generación, aquel que, más que nadie, él contribuiría a reformar, a hacer y perfeccionar, así por medio de sus ansias de joven inquieto, con la inquietud de un patriotismo nuevo, más consciente de nuestras carencias, más lúcido de nuestra historia, más previsor de lo porvenir, como por medio de sus desplantes, desvaríos y aciertos de político, pero más todavía por medio de su sensatez de hombre experimentado y, por experimentado, de gran aviso. Su madurez, que fue el trato más atinado que tuvo con nosotros, lo constituyó en seguidor fiel y constante de la verdad y, devoto solícito de ella, no fue, sin embargo de ello, ajeno a la pasión, a la diatriba, al calificativo vivaz y a la cólera. Batallador de continuada actividad guerrera, y, como filósofo y como poeta, y ahondando con penetrante insistencia en las ideas buscando un asidero, que muchas veces declaró haber hallado en sí mismo —*linda cabeza la mía, decía*— movía guerra

a los malvados, a los descastados, a los simuladores, a los negligentes y a los interesados de interés grosero no sólo por el gusto de combatir, sino por la necesidad de acabar con los enemigos de la patria. Como político, y su conciencia ciudadana era inseparable de su visión de poeta, concibió el ejercicio de la ciudadanía como una actividad de colaboración, de unidad, de concierto y armonía, de fraternidad y amistad. Aventurero, audaz aventurero, México tenía que ser la bella aventura, el feliz suceso de una vida cabalmente humana, por consiguiente el hecho venturoso que debería apresurar lo futuro en lo presente.

Tuvo una inspiración al darle el lema a la Universidad de México: *Por mi Raza Hablará el Espíritu;* y puede decirse con verdad que esta inspiración fue un don de la gracia, una asistencia a la que finalmente respondió doblegando su orgullo y olvidando su afición de tenerse como hombre prodigio. En sus bellos días de viejo achacoso, pero nunca indolente, ni menos remiso, sino siempre pronto y presto, respondió para dar testimonio de la verdad, de la verdad cristiana. Fue testigo de la adorable Visitación del Verbo de Dios, del llamamiento que todos oímos y que muy a menudo no queremos escuchar. El Espíritu que tiene que hablar en los universitarios, portavoces titulados de las grandezas de México, y obreros diligentes de ellas, es, y así lo declaró él mismo, el Espíritu Santo, dador de consolación, difusor de dones y motor de las bellas acciones, escudo y fortaleza, bien y dulzura, manjar de vida, fuente de agua clara, constancia amorosa y seguridad de permanecer en la vecindad divina.

En sus días de ejecución y de mando despertó a la nación y nos dio a conocer un nuevo tono de vida. Quiso, con muy buena voluntad y con solicitud de amigo, anudar el hilo de la vieja y por siglos pujante acción misionera de los frailes. Recurrió a la música, a la danza, a la recitación poética, al teatro, a la actividad colectiva, a la convocación del pueblo para entretener a éste en menesteres estéticos. El indigenismo, que en términos generales y en esa época e inspirado y movido por él, consistió en poner al indio en sazón y oportunidad de ser elemento activo de la manifestación de la nacionalidad, fue su gloria. Se creía en el extranjero y aún lo creíamos nosotros los mexicanos, tan grande fue el artificio con que nos desfiguró la dictadura, que México ya había dejado de ser una nación de indios. Cortés fue indio y por esto su mejor título de mexicano fue el mote con que lo llamaban los mismos indios, conviene a saber *el Malinche*, el hombre que, por la Malinche, su lengua o intérprete, el conducto para comunicar su pensamiento y para conocer lo que eran, pensaban y decían los nahuas, tomó principio su conversión total a la tierra mexicana. El historiador Pereyra hace ver que el español dejaba de ser español en América porque sencillamente se hacía americano. Con Vasconcelos en la Secretaría de Educación el indio volvió a tener parte y ser parte en los destinos de México. Que más tarde el indigenismo, guiado por malévolos, por renegados y por ignorantes, haya dado ocasión a embestir con él la civilización y la tradición españolas, aspecto éste fundamental del ser del mexicano, es cosa que irritaba a Vasconcelos y lo llevaba a proferir expresiones despectivas contra el indio.

Como quiera que sea, Vasconcelos, gran esteta, seguidor fiel de la belleza, inquieto, en desasosiego hasta no hallarla y, con todo esto, insatisfecho y, por consi-

guiente, continuamente en trance de ir en su persecución, tuvo empeños constantes de concertar su musica interior, su danza interior, sus coros interiores, los tonos diversos de su voz y las voces calladas, sólo escuchados por él, con los actos, con las posturas y posiciones, con el pensamiento, con las ambiciones, en una palabra con la humanidad depurada de cada quien. Y esto de humanidad depurada, limpia, serena, abundante y desbordante de amistad, la buscó él en sí mismo, como para dar ejemplo, por una parte, y, por otra, la quiso él, y con bríos renovados, a veces no exentos de heroísmo, para todos los mexicanos. Meditador rendido y contemplador enajenado de la belleza, inventor, creador de ella, toda su filosofía y toda su obra de escritor propenden a lo mismo, a llevarnos a sentir, para cuidar de hacerla brotar y fructificar, la semilla de contemplación puesta en cada uno de nosotros. Vasconcelos nos enseña a ser sensibles, a conocer, por tanto, lo bello, a convertirnos en ritmo, a ser música, danza concertada y coro armonioso.

México es, y más todavía para los mexicanos viejos, la cosa más amable, de constante interés y de una sostenida preocupación; pero, con todo esto, México nos es doloroso, una cosa que nos punza, y, muy a menudo, nos hace sangrar. México es cruel. ¿Lo habremos hecho nosotros tal? ¿Será su crueldad la consecuencia obligada de la sangre de hermanos con que hemos marcado su suelo en las guerras civiles, no todas veces, por cierto, a mano armada, pero sí en ocasiones con mano alevosa, o desesperada, que es el caso de las leyes de excepción? Alguien ha dicho, y con razón, que la mayor parte de nuestras leyes está enderezada contra algo o contra alguien. A Iturbide por infringir una ley que él

desconocía se le lleva, contra todo derecho, al cadalso. El menor cargo que se le puede hacer a Maximiliano es el de intruso y, con todo esto, sirvió de principal fundamento jurídico para fusilarlo. A Madero se le asesina de fea manera y a sangre fría. Carranza cae en una emboscada. En las circunstancias obscuras que rodearon la muerte de Obregón —había antirreeleccionismo, callismo, temor de una dictadura— tiene ciertamente señalada importancia la cuestión religiosa, que no el fanatismo. Santa Anna, Lerdo, Porfirio Díaz, Calles padecieron extrañamiento de su tierra. Vasconcelos se expatrió por razones de seguridad personal y para no presenciar la ignominia. En el 29, cuando removió al país una cruzada cívica, a la que convocó a la juventud, despertada por él como Rector de la Universidad y como Secretario de Educación Pública, y mucho antes, como pensador y como ciudadano lleno de inquietud, triunfaron los generales, la administración, los intereses creados, el callismo y, con éste, el sonorismo, en el cual, como en su lugar natural, había nacido, prosperado y proliferado lo que el mismo Vasconcelos había dado en la flor de llamar *pochismo*. Y, dígase lo que se quiera en contrario, es del 29, de la audacia y diligencia de Vasconcelos, aun de sus desplantes y aun de su vanidad, y señaladamente de la generosa respuesta, no sólo patriótica a secas sino en muchos casos heroica, de la juventud, de lo que ha dependido el enderezamiento de la política, el cual enderezamiento ha consistido en la inclinación del poder a la justicia y en los requerimientos de los ciudadanos a que esa inclinación sea cada vez más cabal. El 29 es un fermento de racionalización, de rectificación, y, para decirlo todo de una vez, de humanización de esa cosa que empezó por ser vaga, que tuvo cauces antina-

cionales, de persecución por tanto de unos mexicanos a otros, de corrientes simplistas e ingenuas, de legalismo zafio, de propensiones a la dictadura, de favoritismo —nepotismo y amiguismo—, de enfermedad de la improvisación, que ha sido la cosa revolucionaria. Vasconcelos en el 29 de una manera ya bien definida y después con más precisión por medio de sus libros y de sus escritos, de sus conferencias y conversaciones, y todo esto preparado por las circunstancias excepcionales que él mismo nos hace ver en el Ulises Criollo, fue la conciencia cabal del dolor de ser mexicano. Fue la vergüenza de la nación de resultas de lo cual sus ideas y sus actos son la respuesta humana, por consiguiente la respuesta de un mexicano que quiere ser hombre y mantenerse en la hombría de bien, al retraimiento o insociabilidad, a la bajeza, a los olvidos, a las flaquezas y desfallecimientos, al egoísmo, a la codicia, a la arbitrariedad de innúmeros mexicanos.

El artista, el pensador, el poeta, el filósofo lucha consigo mismo para sobreponerse a las circunstancias adversas, la estrechez y aun la miseria, entre otras. El hombre de elección, y Vasconcelos lo era, tiene que ser por vocación, por oficio, por libre voluntad, la sensibilidad, la sabiduría, la decisión y afirmación de su pueblo. Vasconcelos decidió vivir y sus afirmaciones confirman la bondad de la vida. Los latinos por boca de su poeta Virgilio decían que Roma era la más bella de todas las cosas. Y México para los mexicanos ha de ser, por supuesto que por nuestra actividad patriótica, la cosa más amable, más digna, más justa y pródiga, más permanente, más vecina a nuestro corazón. Vasconcelos fue un gran ciudadano. El se forjó con sus propias manos, o sean sus propios desvelos, un México que, pensado y re-

pensado por él, nos entregó al final de su vida. Y volvemos a Ulises, el gran aventurero, y, pese a sus debilidades, en las que, frecuentemente, se complacía, el gran hombre fiel, y fidelísimo, que en su fidelidad nunca va alquilado o como por su jornal. Ulises, el griego o el criollo Vasconcelos, varón constante en que no cupo bajeza ni venganza vil, fue, en resumidas cuentas, fiel a su patria, fiel a su hogar, fiel a sus amigos, audaz, diligente, de valentía briosa, prudente y atinada, certero en sus juicios, y, por todo esto, hijo, esposo, padre, ciudadano ejemplar.

Itaca para Vasconcelos es la Iglesia Católica, la Penélope que no teje ni desteje, que no teme a nada y que no se cansa de esperar, que tiene abiertos y largos sus brazos de misericordia y dulce, atractiva, fresca como el rocío, y líquida como la luz del sol, su palabra de perdón. Itaca son las virtudes del hogar, la modestia de las familias, la sencillez de las costumbres, el temor de Dios y, para decirlo todo de una vez, el México justiciero, pacífico, sociedad de amigos, empresa de todos, lugar natural de nuestro contento y de nuestra alegría, la consolación del que nace y del que se apresta a dejar la vida, el bien común, no sólo efectivamente común, sino el más común porque es la misma bondad, la misma excelencia, la misma riqueza de todos los bienes particulares, amplificados éstos al sernos ofrecidos en conjunto y concertados para nuestra mayor felicidad.

En su viaje de ida y vuelta, este Ulises-Vasconcelos tuvo amigos, colaboradores, discípulos, simpatizantes, seguidores fieles y seguidores interesados, cebados éstos por la codicia de la ganancia y por la vanidad de tener fama y renombre. Vio con dolor la muerte de muchos de los que él amaba; fue testigo de las caídas y aun vilezas

de no pocos, de la degradación de algunos, los cuales corresponden, en el relato de Homero, a los que se vuelven cerdos, o sean, para Vasconcelos, los canallas y rufianes. Y, como el Ulises griego, cayó el Criollo en tentaciones v. olvidándose momentáneamente de Penélope, de Telémaco, de su casa y posesiones, de su deber de velar por los suyos, sus conciudadanos, los cuales quedaban sujetos a los vejámenes de los pretendientes, se solazaba con las gracias de Adrianas y Antonietas. Y se amarró al mástil de su nave, lo que es decir que permaneció en ella en los momentos de mayor peligro, gritando a grito herido su verdad, para no irse tras los encantos de las sirenas, seducido por sus cantos. Vasconcelos volvió a Itaca y volvió para vivir, para dar por consiguiente testimonio de la verdad, para volver a la fe de sus primeros años y crecer en vigor alimentándose de los gratos recuerdos familiares; volvió a Itaca para denunciar la nocividad de las fuerzas del mal revelándonos las maquinaciones de los pérfidos y las artimañas de las instituciones.

II

ESTAR CON VASCONCELOS...

Fuerza es volver al poeta, al hacedor, por tanto, en todo caso al feliz componedor de las cosas, hecho a considerarlas con la mirada alborozada del amante de la sabiduría, cuando se quiere hablar de Vasconcelos. El poeta descubre, levanta el velo de la opacidad en que se esconde, tímida o rebelde, o sencillamente celosa de su inviolabilidad, la Naturaleza. No parece sino que el poeta, cuando hay poeta, es el primer hombre que ve la novedad de las cosas. Las ve para él, pero, comunicativo en razón de su sociabilidad o, para ser más precisos, de su bondad, la cual, de suyo, es difusiva, las ve para nosotros y nos dice lo que son. Lo que ve el poeta, lo que nos describe, la intimidad que intuye, es algo de valor permanente. La ciencia busca la ley de la constitución de los seres y de la constancia de su actividad y pretende llegar a lo más hondo, a revelarnos los modos de obrar de los últimos elementos recurriendo a las fórmulas matemáticas, como es lo que advertimos en la física nuclear. El poeta no ve leyes, ni busca constancias, ni hace recuentos y estadísticas porque lo único que quiere, busca, y, a veces, logra obtener, es el orden, el ritmo, la música, el canto, la alegría y en ocasiones el llanto y lágrimas de las cosas, ese como

dolor de parto de que habla San Pablo.

Vasconcelos nos introduce con el aliento voluntariamente impetuoso, de su propio instinto carnal, en el misterio de los tratos entre hombre y mujer. Es sensual y glorifica la obra de varón en su sensualidad de él, en el acercamiento gozoso, pero fugaz, de los sexos, del cual, por otra parte, se olvida como para hallar en el olvido, y también en la fugacidad, un incentivo para recomenzar y para dirigir todos sus empeños en satisfacer la necesidad viril. Y, poeta al fin, aclara el misterio, lo alumbra con el desdén que, para lo grosero, lo bajo, lo animal, le inspiran la visión de lo sobradamente, de lo cabalmente humano, y la conciencia de ser servidor de la verdad. Le causa tedio, cansancio, arrepentimiento el haber ocupado su tiempo en el solaz de la carne. Nos dice con sobra de pormenores lo que significa en el hombre la presencia activa de los encantos femeninos y nos introduce, al darnos a conocer la solícita ocupación en menesteres de virilidad, en que estuvo, en los vericuetos y laberintos cercados de degradación, de los que sólo se sale, y él nos lo enseña, por una decisión verdaderamente viril, hazaña ésta de verdadero varón, de hombre, pues, en el sentido más cabal. Vasconcelos aclara el misterio de los sexos por medio del examen penetrante, como que proviene de la mirada de un poeta, de su conciencia de exaltación, podría decirse que de sublimación de la carne; del examen, también penetrante, de su capacidad de gozo, de esa tensión ardorosa, lumbre abrasadora, que consume a dos, pero que deja siempre un rescoldo con que avivar la misma apasionada afición. Vasconcelos nos hace testigos de sus actos, nos coloca en la intimidad de ellos y, más todavía, nos hace sentirnos él; pero

no nos inclina a imitarlo, no nos deja solos en la obscura, y al mismo tiempo calcinante presencia del sexo, en la que nos guía, pero para salir de ella y con él, haciéndole compañía.

Todo lo suyo nos interesa sobremanera. Nos interesó su actividad amatoria y al estar frente a él, viéndolo moverse en las páginas de sus libros, lo entendemos más y se nos hace más simpático. Nos comunica su tedio espiritual, por consiguiente la insuficiencia de las delicias carnales. Y lo vemos amarrado en el mástil de su nave pensando nosotros, igual que él, volver a Itaca. Se queda en una isla porque acepta tener una aventura, pero nunca tiene intención de hacer habitación en ella, de borrar el recuerdo de su infancia y de su juventud, de hacer caso omiso de su vocación de guerrero, de olvidar las batallas que libró en la toma de Troya, que aquí en el caso era el porfirismo y la simulación de porfirismo en que consistió el régimen carrancista. La voluntad de volver a su oficio de conductor de hombres, de cumplir con su deber de ciudadano mexicano y de practicar, a la faz de la nación, lo que manda y aconseja nuestra Madre, la Santa Iglesia Católica, Apostólica, Romana, siempre le acompañó.

Se ha dicho que el género literario de la novela alcanza su más acabado dechado, y no sólo respecto de lo pasado, sino también de lo presente, en *El Ingenioso Hidalgo don Quijote de la Mancha*. Requiere la novela personajes definidos, creación de situaciones de realidad, lo que quiere decir que el novelista cava y ahonda en la mina de lo humano, hasta dar con el hombre. Y esto significa, ni más ni menos, autenticidad. Cervantes es un escritor auténtico y, tanto, que su penetración del corazón humano, o sea la luz con

que alumbra el genio y figura de los hombres de que nos habla, ha ensanchado nuestro conocimiento, nos ha movido a la amistad y nos inclina, con el peso de lo noble, a ser buenos. Cervantes es tristeza, alegría de vivir, consolación y gozo, en resumidas cuentas humanismo.

Vasconcelos es novelista. Empieza por ser el novelista de sí mismo. Su *Ulises Criollo* es la novela más bien acabada que se haya escrito en castellano en América. Hay en ella movimiento, situaciones dramáticas, variedad de personajes, hondura de sentimientos, curiosidad constantemente despierta en el lector, belleza literaria, la permanente presencia de México, con toda su complejidad, y hay, también, una unidad activa, por esto mismo de innúmeros y simultáneamente asombrosos, cuanto maravillosos aspectos, unidad de la que Ulises Criollo es el protagonista principal, o sea el mismísimo Vasconcelos. El *Ulises Criollo* es el relato de la vida de un mexicano que nace en el seno de una familia modesta. Todo lo refiere a su yo y asistimos al proceso, tanto intelectual como moral, de la madurez de un hombre. Este hombre recoge, resume, asienta, asimila, hace suyo o rechaza el México que va conociendo. Lo conoce en los diferentes paisajes que constituían el ámbito en que va a desenvolverse su familia, la cual muda frecuentemente de lugar en razón del empleo del padre, que es oficial de aduanas; lo conoce en sus compañeros, niños de escuela de primeras letras, o adultos de estudios secundarios o universitarios; lo conoce en las estrecheces de la clase media y en los lujos, que ve de lejos, de esa aristocracia porfiriana, la cual ya introducía en México el ambiente y las costumbres de lo que ha dado en llamarse la sociedad in-

ternacional; lo conoce, por más desaprensivo observador que fuese, y lo conoce más, por supuesto, como mexicano que fue de mirada lúcida y escudriñadora y como viajero siempre sensible a la novedad, en los labriegos desvalidos y en los menestrales dueños de los secretos de una artesanía y dueños, también, de una técnica, tanto una como otra sin mucha posibilidad de aplicación; lo conoce en las estaciones de ferrocarril donde acudía una turba abigarrada y colorida de vendedores ávidos de algunas monedas a cambio de una mercadería, manjares pobres, fruta de la tierra, piezas baratas del arte popular; lo conoce en la triste vida de las pequeñas y grandes ciudades, triste por lo raquítico de su economía, por la dejadez y retraimiento de sus habitantes, por la práctica de las autoridades de tener a todos sumisos y callados. Pero, ante todas cosas, lo conoce en el artificio del régimen que consistía en querer hacer pasar el porfirismo como el primer intento nacional de un amplio progreso, ya efectuado en parte, en vías de efectuarse en todo. México se europeizaba y se norteamericanizaba y esto con fundamento en la ciencia y mediante el cultivo de ella. Se iba a mudar nuestro ser. Hay que caer en la cuenta de que el régimen porfiriano era revolucionario, el producto de las ideas, las liberales, por las que las historias oficiales nos dicen que luchó incansablemente el pueblo mexicano. Los magonistas, los masones, los revolucionarios ortodoxos se ostentaban anticlericales, en realidad de verdad anticatólicos, y le reprochaban al dictador sus tratos con el clero, su política religiosa de no aplicar las famosas leyes de Reforma y su voluntad de mantener la paz, a fin de que no se alborotaran, ni menos viniesen a las manos, los sostenedores y los ene-

migos de la tradición. Don Porfirio se mantenía en los cauces del progreso, o sea en el liberalismo. Sus oponentes se inspiraban en la doctrina de la anarquía o del socialismo, o se vanagloriaban de ser recalcitrantes sostenedores de las leyes de excepción con que se tenía aherrojados a los católicos. El mismo Madero sólo desea al principio la elección popular del vicepresidente y dejaba a salvo, fuera por consiguiente de toda discusión, la personalidad de don Porfirio. Vasconcelos no hallaba sosiego. Sentía la insuficiencia del porfirismo, su carácter ficticio, el peso de mentiras, arbitrariedades, improvisaciones, manías legiferantes e imitación de lo extranjero, por otro nombre descastamiento, que arrastraba y que lo hacía, al querer mantenerse indiscutido en el poder, ahogar a toda la nación. Vasconcelos se desesperaba y no podía menos que ver la separación del régimen porfiriano, su alejamiento, cada vez mayor, respecto del pueblo. Profesional, en posesión de una técnica, la de abogado, que lo iba a empujar a la corriente de la vida, a formar un hogar, lo que hizo, a ganar dinero, lo que también hizo, no siguió el camino fácil de lo que ahora, con la terminología de moda, podríamos llamar la carrera del burgués, del hombre respetable por su seriedad, por su dedicación al trabajo, por su competencia en el oficio, por su espíritu de ahorro, por la intención de disfrutar de las comodidades de la civilización y por la seguridad, que en lo presente todos sabemos es enfermiza, de sentirse, de tenerse como superior al común de las gentes, por la sola razón de disponer de algún caudal. Muy al contrario de todo esto escogió la dificultad y sintió, como nunca lo había sentido hasta entonces, el dolor de ser mexicano. No atinaba a aclarar su conciencia,

ni salir del cerco que tan estrechamente limitaba su actividad de ciudadano y patriota. Al entregarse a la meditación, al hacer un examen de las tristes condiciones en que discurría la vida de México, caía, desesperado, en la certidumbre de su impotencia. Alejado de la Iglesia y, muerta su madre, sin el convite al trato amistoso con las cosas del Espíritu, por consiguiente, y sin la dulce insinuación de su ejemplo de mujer fuerte, no tenía otra cosa, por lo pronto, que el punto de referencia de la ciencia oficial, que había aprendido en las escuelas oficiales, conviene a saber, el positivismo de los ingenuos, por no decir zafios pseudofilósofos mexicanos, engreídos de su liberación de prejuicios, o sea su liberación de lo que ellos llamaban el fanatismo. La Iglesia Católica era rémora, sobrevivencia del atraso, ideas impuestas por autoridad, lo que sólo podía ser dable tratándose de ignorantes. La ciencia, iba a decir Justo Sierra, es la salud del pueblo. Esta ciencia era la positivista y se contraponía, entre nosotros con extremos de incomprensión y con desplantes de pedantería, a la religión, al dogma, a las tradiciones nacionales, a la civilización española y, por todo esto, al pueblo. Esta ciencia, salud del pueblo, fue el lema dado a la Universidad de 1910, universidad que fue la culminación de la organización intelectual de la dictadura. Once años después, en 1921, Vasconcelos, Rector de la Universidad, habría de acabar con la petulancia de los positivistas y poner en el escudo de ella la verdad particular, que nos obliga, incita y ennoblece a todos los pueblos hispánicos, y la verdad universal que nos hace concurrir al bien de la especia toda: "*Por mi Raza hablará el Espíritu*", el Espíritu Santo, aclaró más tarde el mismo Vasconcelos.

De Rector de la Universidad, de Secretario de Educación, de mexicano errante, viajero sin rumbo, conferenciante, profesor de universidades extranjeras y romero en Tierra Santa; de escritor, de candidato presidencial, de desterrado, y, ya al fin de la jornada, de hombre totalmente identificado con la tierra de México, siempre tuvo el dolor de ser mexicano. Su dolor, primero sin caer cabalmente en la cuenta, después como atalayando en la lejanía la luminosa grandeza de los que saben padecer y sufrir, y al final, con plena conciencia de lo que implica y significa, era el dolor de la redención, de la colaboración con el Redentor, de la renovación, a cada momento y en cada uno de nosotros los cristianos, de la obra redentora, purificación y perfeccionamiento de nuestros semejantes y con particular decisión, de nuestros prójimos más próximos, que son nuestros conciudadanos. San Pablo nos dice que somos co-redentores con Cristo, Nuestro Señor. Dios nos necesita para el feliz acabamiento y digno remate de su obra, la cual es la divinización del hombre por medio de su amistad e intimidad con cada uno de nosotros. Portadores de la divinidad, y tratantes comunicativos de sus dones, y con el pendón de su misericordia, habremos de tener la valentía de dominar el tiempo, nuestras flaquezas e insidias para pregonar y practicar la verdad. Y todo esto fuerza es que se lleve al cabo por medio del dolor físico, de la angustia, del detrimento de nuestra persona, de la renuncia al propio parecer, del miedo a nuestra poquedad, del temor de no acertar hasta tanto no hinquemos nuestra impotencia en la robustez del solo Fuerte, del solo Santo y del solo Inmortal.

Vasconcelos de recién recibido de abogado y pa-

trocinador de pingües negocios, no se dejó ahogar por la codicia del dinero, ni fue seducido por el miraje de una vida cómoda y tranquila, burguesa, diríamos ahora. Le dedicaba sus horas de soledad a su dolor, a cultivar su inquietud, a alumbrar su conciencia de ciudadano con la luz ardiente de su amor a México, con su sostenido propósito de ir derecho a la fuente que es el pueblo, con su designio de interpretarlo con honradez, sinceridad, interés por el bien común y constancia de patriota. Y advertida esta noble intención en todo lo que hacía no puede menos que atraernos y no puede menos su lector que seguirlo, que inquirir el fondo de su pensamiento, que conocer los pormenores de su vida, que tenerlo como índice de nuestra conciencia de ciudadanía. Vasconcelos tuvo siempre la rara virtud de trasmutar en valores intelectuales, en cosas de razonamiento y discurso, en relaciones del espíritu, en realidades transparentes, por el mismo consiguiente en conclusiones claras, los temas mexicanos por él vistos y tratados. Nos deja una impresión de tristeza, nunca de desánimo; nos mueve a la acción y aun nos comunica su cólera al sacarnos, acompañándolo, del conformismo y de la pasividad; nos introduce en la grandeza y nos hace concebir la grandeza de México. El vive, con una conciencia, ensanchada cada vez más al paso de la experiencia, el drama del mexicano. El mexicano es y no es. Lo solicitan, como todos lo sabemos y lo sentimos, fuerzas contradictorias, las cuales, en infinidad de casos, tienen la desafortunada consecuencia de anularlo, de sumirlo en la indiferencia, de hacerlo vil y vulgar, de converitrlo en cosa, de empujarlo a clamar, hambriento, por una dádiva de pan. El pan y el palo de la época porfiriana no es invención

del porfirismo, sino sólo la reglamentación de una carencia o, por mejor decir las cosas, de una degradación. La malicia de muchos porfiristas consistió en hacer del progreso, de los inventos modernos, de la famosa europeización y norteamericanización, el instrumento de sumisión, o sea la oportunidad de usar siempre con feliz y degradante suceso, el palo de la autoridad.

Vasconcelos representa el caso, muy notable en él por sus magníficas dotes de reflexión y de inquisición de la verdad, de miles, de millones de mexicanos. Vasconcelos era y no era. Era católico, beneficiario y heredero de una cultura y de una civilización, testigo aprovechado de una modernidad, conjunto de inventos y comodidades imprescindibles, como que son adquisiciones del progreso. El gobierno porfiriano no era, no podía ser un gobierno nacional. La razón especulativa y las conveniencias de orden práctico hacían manifiesta la contradicción entre las leyes, la administración y la política, de una parte, y las necesidades morales y materiales del pueblo. Arrastrado por la corriente de las ideas de la escuela porfiriana, Vasconcelos dejó de ser católico e introdujo, en consecuencia, en sí mismo una contradicción, la de sus tradiciones familiares con su formación intelectual. Y atento, con una áfición a la política que va siempre creciendo y se arraiga más y más en su libre albedrío, a la contradicción entre gobierno y pueblo, va descubriendo poco a poco esa verdad grande que proclamará a grito herido en los veinticinco años que precedieron a su muerte, y que es la formulada por Tertuliano, conviene a saber, que el alma es naturalmente cristiana, la cual verdad en México, desde antes del porfirismo y durante el porfirismo y ahora, puede válidamente hacerse consistir en

que el mexicono no sólo, como hombre, es naturalmente cristiano, sino histórica y políticamente, también.

Y en esto está la trama, el argumento, las incidencias, los conatos y esfuerzos, el dolor, la voluntad de enderezamiento y rectificación, la inquietud, el afán de llegar a la verdad, la porfía en mantenerse alerta, la decisión de conformar la vida con el ideal, la aventura de practicar la libertad, la confesión de culpa, las omisiones, el arrepentimiento y, ante todas cosas, la afirmación de lo humano, expuesta en esa magnífica novela que Vasconcelos nos pone, al hablar de sí mismo, delante de los ojos. Esa es su vida, pero es la vida de México; es lo que él es y lo que quisiera ser; es el desgarramiento, la trituración, la agonía, pero también la voluntad de vivir, el resurgimiento y la plenitud. Vasconcelos alumbra el alma del mexicano y nos hace ser a todos, viéndonos en él, una fábrica y planta de audacia y valentía y, necesariamente, de decisiones patrióticas.

Vasconcelos en fuerza de su imaginación, de sus facultades creadoras, de su ímpetu de adueñarse de la verdad, es novelista aun en su obra filosófica. El personaje que se sale y se hurta de los caminos trillados, que no quiere razonar, ir por tanto lentamente de lo conocido a lo desconocido, sino intuir, anegarse en las ideas sin por esto apartarse de la visión de la belleza, es él mismo. Hace un cúmulo de observaciones, penetra, desmenuza y analiza las cosas y nos arrastra a todos consigo para contemplar lo bello. Es la novela de una Naturaleza y de un Cosmos que él ha recreado, que ha dotado de alma para que estén en contacto íntimo con nosotros, esto es, con nuestra propia alma. Vasconcelos como filósofo, como creador de la novela en que sólo

hay un personaje, disertador apacible, seductor, devoto, de verba prodigiosa, que es él mismo, no nos convence, sino que nos coloca inmediatamente en lo que él ve y lo deslumbra y exalta de gozo. Vasconcelos nos mantiene callados, pero no por esto inactivos. Después de comunicarnos muchas cosas remata poniéndose en la contemplación amorosa de la Trinidad Beatísima. Habla del Padre e, hijo fiel de la Iglesia, no acierta sino a hincar la rodilla como es debido, y repetir la oración que nos enseñó el Unigénito: *Padre Nuestro, que Estás en los Cielos, Santificado sea Tu nombre, Venga a nos Tu Reino, Hágase tu voluntad, así en el Cielo como en la Tierra.* Habla del Espíritu Consolador, Dador de dones, entre éstos el de la sabiduría y, orando, convidándonos a todos a orar, pide, iluminado y afirmativo, que el Espíritu hable por medio de nosotros y seamos, por tanto, sus intercesores. *Por Mi Raza Hablará el Espíritu Santo.*

No se desnuda en público Vasconcelos con todo y hacer confesiones. Más que a Rousseau el enfermizo, infatuado de su singularidad, la cual hacía él gala de consistir en no parecerse a ningún otro hombre por la razón de que él era superior a todos, Vasconcelos imita a San Agustín. Mide la altura desde donde ha caído y se ve, una vez en el abismo, que son sus liviandades y las embestidas de su animalidad, débil y miserable. Habla de sí mismo, no para justificar sus desvíos, sino para darnos un testimonio de lo humano y para hacernos asistir al triunfo del espíritu. Quiere hacernos ver con el ejemplo de su propia vida el grado de desamparo en que tiene que moverse el mexicano. Empujado por las circunstancias a desasirse de los amarres de la disciplina moral, se convierte en una furia de anarquía, en un soberbio indómito, sin más rey ni roque que el

capricho, que el antojo del momento, que la inclinación de un yo desorbitado. San Agustín, ya en comercio con las cosas santas, arrepentido, por tanto, de sus culpas y asiduo escucha de los consejos evangélicos, cargado con el peso de la penitencia y de las lágrimas, echaba de menos el dulce calor de los brazos de la mujer amada. No tienen nada de pecaminoso, por consiguiente de vitando, las imágenes que nos da porque no se nos entran por las puertas de nuestra sensualidad para intalarse en ésta y movernos a comunicar necesidades sexuales, cuando hace el relato de sus amoríos. Apreciándolo bien, nos convida ese relato a seguir a su autor en su empresa de desandar lo torpemente caminado. El mexicano a causa de esas contradicciones de que es centro parece estar destinado a obrar sin razón y sin razones, a no sumarse a una corriente nacional, a rechazar toda disciplina y no hacer sino lo que le venga en gana. Y Vasconcelos en sus confesiones nos enseña el camino de la vuelta al redil, o sea del regreso a Itaca, la Itaca que es la patria, la sociedad de hombres libres que ha de ser México, y la Itaca que es la Iglesia Católica, Madre y Maestra, como la llamó en una encíclica famosa Juan XXIII.

En todo momento, esté solo Vasconcelos o acompañado, de día o de noche, en el mar, en campo llano, caminando por la calle, transeúnte apresurado o quieto, paseante contemplativo o interlocutor incansable, lo que piensa, lo que siente, lo que dice son cosas que, al comunicárnoslas, nos interesan.

Tuvo desde un principio, y la fue afinando al paso de los años, conciencia de sociabilidad. Sus meditaciones, una vez externadas, y siempre estaba ocupado en meditar, aun en medio de la conversación y de las

invectivas, cosas a que era afecto, nos hacían ver que todas ellas estaban encaminadas a aclarar y penetrar, dilatar y perfeccionar la conciencia histórica del mexicano. Porque la conciencia que él iba teniendo de la cosa mexicana, cosa que le llegaba de las fuerzas sociales, cuyo empuje no rehusaba, sino antes bien buscaba, cosa, por otra parte, intelectualizada, espiritualizada por su labor de pensador y de hombre comunicativo, eminentemente social por el mismo consiguiente, era una conciencia de la historia. La historia se hace continuamente. Nunca es algo ya hecho, intocable y sin posible variación. La historia es la constancia de la patria, la mayor serenidad y perfección de ésta; empresa, esa mayor serenidad o limpieza y luz, y esa mayor perfección, puesta en nuestras manos y entregada a nuestro arbitrio y decisión, a nuestro criterio, a nuestro instinto de conservación y a nuestra atinada resolución. Vasconcelos al tener conciencia de la historia nos descubría a México y nos incitaba a ser fabricantes de excelencias patrias, las cuales no podían ser otras que la nobleza de nuestra conducta y que la belleza de una devota dedicación a la patria. Historiador, y, más que esto, hacedor de historia, definidor de ella y su inspirador, no sacaba de sí mismo, con todo y tener recogido, y guardado y vivido un cúmulo de experiencias valiosas, el modo de obrar y de pensar que habría de ser común a todos los mexicanos. Vasconcelos era objetivo. Se estudiaba a sí mismo y se interpretaba, pero siempre en relación con lo exterior, con esa realidad movida que es México y que muy a menudo se nos escapa. Bien sabía él que no era sino un accidente, el ser fugaz, juego, por otra parte, de infinidad de causas. Se analizaba precisamente como contingencia, como cosa que es

transitoriamente y que pudo no haber sido. Se objetivaba, para decirlo en otros términos. Y de su roce con los demás, de tenerse frente a las cosas, de sentirse parte de la sociedad y elemento insignificante de la Creación; y del desmenuzamiento pormenorizado de su situación en el Cosmos, de su inquieta curiosidad de investigar las causas y de su serena contemplación de la Causa Primera, hacía síntesis, resúmenes, y, en realidad de verdad, juicios y todo esto para traernos a la historia. Enseñaba historia, por esto, pero nunca a la manera de los profesores o de los cronistas. La enseñaba porque ponía su propio caso a la espectación pública, como para darnos un argumento más, el del ejemplo, y nos hacía ver que cada uno de nosotros, que cada uno de los mexicanos, queriéndolo nosotros o no queriéndolo, es un momento, que puede ser luminoso, si tomamos empeño en ello, de este suceder de cosas ordinarias y extraordinarias, fortuitas, de feliz o desgraciado suceso, y de buenas o malas voluntades, que es la historia.

Se adueñaba del mundo que lo rodeaba, tomaba posesión intelectual de todo, atraía a las gentes, sobre todo a la gente joven, la de las inquietudes. Y nadie como él para describir la Naturaleza, para advertir la bella alegría de las arboledas, de los campos florecidos, de las aguas ansiosas de humedecer las tierras. Va derecho al corazón del que le habla y al reconstruir él, más tarde, los diálogos de sus interlocutores, las ideas de éstos alcanzan mayor claridad porque pone en ellas la exigencia de la lógica. Lo que está cerca de él, lo concreto que se le impone y a veces lo cerca, lo imponderable que es dable a muy pocos ver, él lo ordena. El orden que descubre y del que nos hace partí-

cipes al dárnoslo a conocer, es justamente su estilo. Por esto sus descripciones y sus juicios, la graduación en que nos hace desfilar las cosas, es algo que perdura. Gran escritor y, por esto mismo, gran periodista, observador fiel, por tanto, de lo pasajero, pero observador de tal modo y manera profundo, nos lleva a considerar la substancia, aquello que permanece debajo, como que es la raíz, de lo que pasa y el tiempo inmisericorde se encarga de borrar con premura y diligencia grandes. Y siempre hace referencia a la causa, siempre hay la explicación psicológica, metafísica o teológica, porque siempre, con todo y seguir el flujo y reflujo en que cabalgan nuestras vidas, él se sabe anclado en la eternidad.

Lo que somos en el fondo y sustancialmente, lo que por consiguiente somos y no podemos dejar de ser, conviene a saber nuestra razón, nuestra capacidad de entender y de intuir, nuestra aptitud para amar y, por otra parte, lo que somos transitoriamente, ya sea una enfermedad, ya una pasión, ya un desequilibrio biológico, ya un cansancio o desesperación, hay que ponerlo todo junto, esto es la sustancia y el accidente, lo estable y lo mudable, en relación con el mundo que nos rodea, hombres, situaciones, circunstancias y cosas, complejo trabado de lo fijo y lo móvil. Por un lado, por el de la razón, queremos la realidad y no descansamos sino hasta hallar el objeto, y, por el otro, por el lado de nuestros apetitos e insuficiencias, propendemos a ver el mundo de acuerdo con nuestra particular, permanente, durable y ocasional, manera. Y luego queda nuestra presunción, la cual nos coloca en mala postura, de resultas de lo cual hacemos juicios y apreciaciones de ingenuos y aun de bárbaros. Y es

cierto que Vasconcelos fue con frecuencia presuntuoso; pero, advertido por sí mismo o por los demás de su apasionamiento o de su ignorancia, aceptaba, humilde, volver sobre sus pasos y restablecer la verdad. Y lo que más tenemos que agradecerle los mexicanos es su desazón, su rebeldía, su desdén o su cólera ante la injusticia. Vasconcelos era un inconforme.

No podía uno imaginarse cuál sería su reacción ante lo dicho o hecho por algún hombre señalado. Y es que la censura y reprobación, que la inconformidad o la conformidad las dilataba él dándoles toda la amplitud de su persona. El, todo él, se convertía en acritud o en aplauso. Cuando su inconformidad provenía del daño hecho a la nación o al pueblo, les prestaba a sus maldiciones e improperios una fuerza corrosiva que aniquilaba o hacía polvo al enemigo de la patria. Revolucionario anticatólico, o sencillamente indiferente, a veces asiduo anticlerical; después católico y, por ser católico practicante, convertido en clerical, y todo esto sin dejar de ser revolucionario, manifestó, en toda circunstancia, su inquietud y su inconformidad, y, por consiguiente, se identificó, en uno y en otro caso, con el estilo mexicano. "*Pasé por Roma* —dijo una vez— *sin tener contacto con la farsa papal*". Fue el estilo mexicano, la manera de ser del mexicano, el genio del mexicano. Y que haya militado con los enemigos de la religión, aunque nunca sin caer en los excesos de los zafios y de los semiletrados, los cuales formaban legión, no quiere decir que fuese malévolo y cerrado a la verdad histórica. Su anticlericalismo es la muestra de que fue hombre histórico, alumno de las escuelas oficiales y sincero seguidor de una llamada verdad que más tarde comprobó que era mentira.

Hay del lado revolucionario, y tanto más mientras más se esté a la izquierda, la obligada práctica del servilismo. Se tiene, entonces, la hipocresía de parecer, llegado el caso, uno de los más liberales, de los más socialistas, de los más comunistas, de los más tragacuras, de los más ateos. Que nadie sea osado tildar a uno de estos revolucionarios de remiso o indiferente, de tibio o perezoso. Una prueba de esta conducta hipócrita está en el título que alguien inventó para que se le conociera y se le llamara por él, y es el de "*enemigo personal de dios*". Por supuesto que Dios con minúscula. Gratuitamente se hace la identificación entre intereses del pueblo, bien común, progreso, de una parte, y de otra, las ideas de izquierda; y gratuitamente también, pero, además, de una manera ofensiva, injuriosa, por tanto, para la mente humana, se hace otra identificación, de que ser de izquierda, proclamar que se es, desgañitándose a veces, gritándolo, es exactamente lo mismo que ser amigo del pueblo y el vigilante titulado de su bienestar. El comunismo pasa por ser cumplidamente adecuado a la sociedad, de acuerdo total, por tanto, con la naturaleza humana. Oponerse a él es retardar el feliz advenimiento de una felicidad creciente e ininterrumpida. Luego hay que ser comunista. Y basta decirlo para ser tenido como obrero diligente, y por otra parte desinteresado, de esa felicidad. Siempre hay que ir más a la izquierda, que ser, como se dice en la jerga de los politicastros, de ideas *avanzadas*. Y el miedo a no ser juzgado sostenedor de estas ideas es lo que obliga al servilismo. Y Vasconcelos siempre fue un hombre libre. Lo movía un propósito elevado. Fue amigo de sus amigos, pero más amigo de la verdad. Y es esto justamente lo que nos atrae en él, lo que nos lo hace

de una presencia permanente. Muerto, sigue viviendo entre nosotros, presto a la confidencia, a la admonición, al consejo, a la diatriba y a la condenación.

Vasconcelos es un espejo que primero lo reflejaba, o, por mejor decir las cosas, que primero lo retrataba a él. Ese espejo nos lo pasa, lo pone en nuestras manos, hace que se reflejen en él los rasgos de nuestra propia faz. Al vernos nosotros vemos a Vasconcelos y advertimos, inmediatamente, la semejanza con nosotros. Su espejo, el espejo de su conciencia de mexicano, es un espejo de tipos y de realidades nacionales. Su palabra audaz y justiciera nos saca de la obscuridad, en realidad de verdad nos da un ser nuevo, o nos recrea, y, a su conjuro, nos apartamos de las sombras y nos ponemos a caminar por caminos de luz.

Exalta la vida y puesto que la vive alegremente y nos enseña a vivir, vence a la muerte. Afirma lo mexicano y depura a México.

III

VASCONCELOS Y SU DOLOR DE SER MEXICANO

Vasconcelos era escritor y, justamente porque lo era, tenía conciencia de lo que significa esa terrible facultad de ver y penetrar las cosas, de tenerlas en la vecindad nuestra, y más que lo uno y lo otro, y más que ambas a dos características, de convertirlas, en razón de la profundidad del conocimiento que tengamos de ellas, en nuestra propia sustancia. El escritor que ejecuta, y que ejecuta bien, ese doblado acercamiento de las cosas, de arte que él sea ellas y ellas él, forzosamente es sincero y forzosamente, también, es limpio. En su sinceridad, esfuerzo sostenido de no apartarse de la cosa conocida para ponerse en contacto con la totalidad de lo que es ella, y en su limpieza, disposición de ánimo no enturbiada por torpeza alguna, él se recrea y goza porque halla reflejada en sí mismo, y más que esto, viviente, viviendo la misma vida de él, la hermandad con toda la creación, y con más particular trasparencia, la hermandad con los otros hombres. No puede haber ningún escritor ignorante de su calidad de escritor, poseedor, por tanto, de una capacidad de amplia y aguda visión que no vea, que no tenga delante de sí las cosas y no advierta su presencia, que sea insensible a las voces, casi todas veces de apremiante llamamiento, de su propia conciencia. El escritor

es él, es sencillamente escritor porque recoge e inserta en su sustancia las angustias, las esperanzas, los logros, y la cólera, la desazón, los bríos, el desánimo, el cansancio, los designios, el enderezamiento, la rectificación, y, en suma, y para decirlo todo de una vez, la vida misma, las aspiraciones genuinas del pueblo, sus caídas, desfallecimientos y flaquezas, pero, también, sus propósitos de enmienda y su decisión de levantarse e ir adelante. El que escribe sin ser escritor no hace sino enrevesar, enturbiar, obscurecer y enredar las cosas. Su espíritu es una maraña y es lo único en que puede crecer. Y porque Vasconcelos era excelente escritor, y tan cabal, pudo ser, y en grado eminente, poeta. Esa hermandad en que consiste el orden supremo de la creación y que se manifiesta en la verdad, en la bondad, en la unidad de los seres, él, como los grandes ingenios que ha habido, la ve y la siente a la luz y en el calor de la belleza. Los grandes escritores son de necesidad grandes poetas.

Puesto que los verdaderos escritores no pueden desentenderse de que lo son, de que, por consiguiente, tienen conciencia de su facultad, o de lo que pueden y quieren ser y hacer, es natural en ellos el deseo de que su obra, sus dones, su conciencia, las modalidades de esta conciencia tengan eco y consonancia en los demás. La calidad de escritor no es dable sin colaboración, sin la corriente que va de él al público y que propiamente es una restitución que hace a la sociedad que lo ha inspirado, y sin la corriente llegada a él, buscada por él, de los dolores y alegrías de sus semejantes. Que el escritor tenga conciencia de que lo es, de que es portador de una capacidad de adueñarse del mundo y de los mundos, de que posee una sensibilidad pronta a registrar el más humilde dolor y la alegría más pasajera, y de que, sin alterarse, ni menos anonadarse, pueda alumbrar con su inteligencia, y desentrañar por lo mismo, los abismos de bajeza y los misterios de heroísmo, es razón suficiente para que se juzgue superior y para que, al mismo tiempo, perciba claramente que su superioridad se mantiene y vigoriza en la visión de su hermandad con todas las criaturas y, en especial, con sus semejantes, los otros hombres. Estar cercano al hombre, verlo, descubrirlo, entenderlo, dialogar con él, poder mostrarle la nobleza humana, ponerlo en el punto y sazón de sentirse un valor universal, con la misma profundidad y la misma permanencia que los demás, aun los más bien dotados, y decirlo, decirlo con bellas palabras, o sea poéticamente, es tener una superioridad, que ciertamente no nos humilla sino que por el contrario nos eleva. ¿Siquiera se puede pensar en que Cervantes nos moleste y desazone, en que San Juan de la Cruz nos haga sentir envidia, en que Sor Juana nos inspire repugnancia y en que López Velarde nos mantenga alejados de él? Vasconcelos nos llama, nos hace cosa de él, nos aclara con su inteligencia, nos seduce con su bondad, nos coloca en los campos iluminados por la belleza y, como los grandes escritores, o sean los grandes poetas, nos transforma haciéndonos alegres y buenos. Amplifica y ennoblece nuestro ser y, puesto que somos mexicanos, mexicanos viejos, nos hace todavía más mexicanos; nos da, por tanto, más válidas razones para serlo, para serlo con jubilosa decisión y con valentía inquebrantable, pese al dolor con que fuimos alumbrados a la vida, el cual nos acompaña siempre y, muy a menudo, nos punza, como para que México se haga más nuestro.

Vasconcelos no podía ser escritor sin tener siempre presente a México, sin volver su vista a sí mismo, sin sentirse colocado en la comunidad mexicana y sin poner fijamente su ojo avizor en el paisaje, como para robustecer su conciencia de hombre de la tierra, y en el drama de cada uno de nosotros, advertido, adivinado, profetizado, como que él, gran escritor, se identificaba con lo mejor de todos nosotros. El escritor es un hombre que habla, que se dice cosas a sí mismo para decírselas a los demás. El escritor y los demás, o, por mejor decir las cosas, el escritor y la comunidad en que vive, son una misma cosa, sólo que en el escritor esa cosa adquiere un valor universal. Pasa el escritor largas horas de soledad y de sosiego, tiempo en que medita, contempla, ahonda, hace visitas y viajes y escarba incansablemente en la mina de sus propios sentimientos. Esa soledad y sosiego son el signo de su paz, de su equilibrio mental, de su unidad, de la conciencia que tiene de ser de su época y de la necesidad que siente de identificarse con lo humano. Su soledad y su sosiego lo hacen estar siempre pronto, dispuesto, preparado, limpio y sereno. Renueva continuamente esa soledad y ese sosiego y en la renovación, en la posesión, en la dilatación de la una y del otro halla mayor libertad y, por esto mismo, mayores ímpetus para ir, diligente y decidido, a hacer suya cualquier desgracia de cualquiera de sus semejantes. No hay ingrata, ardua tarea, por más que se requiera audacia y diligencia grande en llevarla al cabo, porque el escritor ha hecho entrega de sí, y va derechamente, y sin constreñimiento, a cumplir y, por esto, a encontrarse con lo heroico. Y si sabe que se comete una injusticia, que un hombre padece disminución, que alguien, así fuese el ser menos señalado, está cercado por

la adversidad, va presuroso a deshacer su propia soledad para convertirla en compañerismo y vecindad y a trocar su sosiego por la inquietud, por las protestas, por la cólera, por la venganza. El escritor podrá ser silencioso, pero su silencio nunca jamás es de muerte. Su silencio está poblado de gemidos, de lágrimas que hablan, de gestos de desesperación, de exultaciones, de palabras de amor y de agradecimiento, de estruendos, fragores, silbidos, de monotonía y de músicas. El escritor es dueño de un arte, el arte de hacernos presentes los sentimientos íntimos de los hombres. Su silencio es meditación, diálogo, discurso. Calla para oir, para hacerse eco de las voces ajenas, para no ocupar con las propias, y menoscabar, la agudeza de su sensibilidad. Fuerza es, con todo esto, que se hable a sí propio, que razone, que penetre la intimidad de su corazón, que se diga lo que siente y que manifieste en palabras, que más tarde habremos de oir o de leer, lo que juzga de los demás. El escritor, para decirlo todo de una vez, no se pertenece. Es él, y lo es de una manera tan personal, tan única, tan subida y sobradamente única, que toda la especie vibra y alienta en él; pero, sin embargo de ello, es de la comunidad, y, de necesidad, humilde servidor de ella.

El gran escritor, y Vasconcelos fue un gran escritor, se entretiene en el juego de las ideas, de las definiciones, de los juicios, de las conjeturas, de los supuestos y suposiciones. Su actividad cogitante, de pensador, que, como el nombre lo indica, mide, pesa, sopesa la gravedad o la fuerza con que nos arrastran las ideas y la sutileza con que se nos adelgazan y se esconden, es, efectivamente, un juego, o sea una actividad genuina,

limpia y espontánea, por tanto, necesidad vital, pero de una vida superior. El juego engendra placer y lo fomenta y es más cabal y, por consiguiente, nos vigoriza y pone en ejercicio todas nuestras facultades, cuando lo disfrutamos más a nuestras anchas, cuando nos entregamos de lleno a él con desinterés, sólo por el gusto de jugar. Juego y placer, cosas distintas pero inseparables, o, para mejor decirlo, aspectos de un hombre, el verdadero escritor, recio y delicado al mismo tiempo, convierten a éste, pero sin sentirlo él, ni menos buscarlo, en un niño, y lo introducen en la inocencia de la edad infantil sin que, por esto, deje u olvide sus hábitos de pensamiento y su disciplina moral y la malicia que suministra el estado de cultura. El gran escritor es un ejemplo de liberación. Conoce las debilidades y flaquezas; desfallece con los caídos y acude a ellos justamente para despertar e incitar la voluntad de levantarse; se alegra con el que goza y le da a éste la visión placentera de la serenidad. Y todo esto porque se mantiene en lo humano.

Se le llamó en un tiempo, y con razón, a Vasconcelos maestro de la juventud. Enseñó a los jóvenes mexicanos. ¿Qué les enseñó? La dignidad de vivir y, como remate de esa dignidad, la grandeza de saber desprenderse de la vida. La actividad intelectual efectuada el día de su tránsito nos asombra y maravilla y nos obliga a la admiración. Ya había sentido, meses antes, el hálito frío de la presencia de la muerte. Se objetivó, se vio a sí mismo como cosa aparte e hizo una indagación pormenorizada de lo que contiene y significa el último momento consciente. Echaba una mirada penetrante a su historia y advirtió el apego que tuvo por las cosas deleznables, el tiempo que perdió en nimiedades, la

preterición, el renunciamiento, el rechazo de lo noble que había que hacer, que era perentorio hacer, para solo darse el gusto de precipitarse en los deleites de la carne. Y habiendo hecho grandes cosas, bien caía en la cuenta de que no eran nada y de que la tierra conservada en sus manos, polvo de miserias y cenizas de negligencias culpables, sólo le servía para intentar escribir una sola palabra: *misericordia*. Y se dirigía al Dios de la redención y del perdón haciendo larga cuenta de sus pecados, desatinos y desvíos, de sus vanidades y orgullo, de su perdición y enajenamiento. Era una nada, en todo caso materia de corrupción, sobre la que había caído, con todo esto, el rocío de la sangre del Redentor. Y gritaba su arrepentimiento y se acogía al beneplácito divino. Escritor, grande escritor, y esto más todavía en tratándose de verse, de identificarse consigo mismo, de juzgarse, de darnos a conocer sus flaquezas sin siquiera pretender justificarse, nos dejó, al sentirse morir, una de sus mejores páginas. Vasconcelos le dio valor a la vida, quiso que los mexicanos, pero, ante todas cosas los jóvenes, se lo diesen también y que, por consiguiente, la vivieran como ciudadanos conscientes y patriotas cabales. No pudo nunca desprenderse de la comunidad mexicana. Si dialogaba con su yo íntimo, o si se ponía a embestir a su propia sombra, o si se excedía en sus afanes admonitorios de censor molesto, hablaba un mexicano para que lo oyeran otros mexicanos. Su pensamiento y su acción, sus buenos y malos ejemplos, su fe ardorosa y sus agrios presentimientos, sus esperanzas de optimista y sus condenaciones de descorazonado son aspectos de su calidad y de su carácter de mexicano. Cae y se levanta y en esto muestra que es como todos los hombres, los cuales, como decía Pascal,

no son ni ángeles ni bestias. Vemos las cosas buenas y las aprobamos, pero no las seguimos porque hacemos todo lo contrario, ir tras de las malas y aun las peores. Y esto que dijo el poeta Ovidio, lo dijo antes Platón y lo han dicho todos los moralistas y lo decimos, y también lo practicamos todos los días, todos los hombres. San Pablo da testimonio de ello. Vasconcelos tuvo sus altos y sus bajos; pero, hombre bueno, y le costó trabajo serlo, deja en sus momentos de grandeza una huella por la que tenemos que pasar, índices como son del buen camino.

Vasconcelos nos enseñó a vivir, y siendo la enseñanza suya, de cómo ha de discurrir la vida, un magisterio noble, decir, y, más que esto, mostrar con el ejemplo cómo se ha de morir, es un magisterio más noble todavía, la suprema lección, la de mayor importancia y más grande gravedad. A la vida hay que darle un contenido, que llenarla, por tanto, de grandezas, que convertirla, pese a su fugacidad, en punto fijo que nos da firmeza para atalayar lo eterno. La vida se desgrana y de sus granos hemos de hacer una pila de buenas acciones. Es como el registro y el almacén y, por otra parte, como la comprobación cuotidiana de nuestra impotencia, de nuestros errores, de las malas jugadas que nos hacemos a nosotros mismos; pero ha de ser el depósito de afortunadas aventuras, de sucesos felices y de audacias valederas. La vida es una constante afirmación de nuestra valía intelectual, por el mismo consiguiente de nuestra capacidad de orden, de invención, de creación y de subsistencia. La inteligencia es soberana, razón por la cual es y se manifiesta de un valor absoluto. Y la inteligencia pide y requiere la verdad. No descansa, ni se sacia sino en ella y por ella. Y Vasconcelos, como ninguno de sus contemporáneos y, entre todos los mexicanos, como pocos, se afanó por descubrir la verdad. Iba tras ella gozoso, presto al sacrificio, diligente, infatigable. El hombre se alimenta de trascendentales, de lo que es verdadero, bueno y bello. Este alimento es lo que lo hace crecer, elevarse, ensancharse, dilatarse. Necesitamos ser cada día, cada vez, a cada momento, más hombres, o, lo que es lo mismo, más personas. Y ésta es la lección de Vasconcelos, la de que los mexicanos tenemos que vivir como personas. Viviendo como tales le damos valor a la vida y hacemos de ésta el instrumento idóneo para ir adquiriendo y conquistando más personalidad, más grandeza de alma, más vigor y robustez intelectual.

Pero la vida es el antecedente y la preparación de la muerte. Con ésta rematamos la obra, la obra que somos nosotros y de la cual, artífices obligados, de atinada o torpe inspiración, y obreros, remisos o diligentes, nos constituimos en los felices beneficiarios o, en su caso, en los censurables defraudadores. La muerte es el acabamiento y la perfección de nuestras virtudes o defectos, el límite más allá del cual ya no nos es dable rectificación, ni atenuación, ni arrepentimiento, sino sólo el condigno merecido, o sea el premio o la condenación. La muerte es el momento obscuro o luminoso, que, por tanto, alumbra o llena de sombras, define y fija, y para siempre, todo, aun lo más recóndito y lo más callado que hicimos y pensamos durante toda nuestra vida. Y la muerte de Vasconcelos nos muestra el valor intelectual que informó sus actos, el apego al deber, el amor a la verdad, la decidida voluntad de hacer el bien, el trato, la vecindad, la visitación de las cosas del espíritu, la comunicación amistosa de su pen-

samiento, la elevación de su propia sangre, sus hijos, nietos y biznietos, a las esferas de lo trascendente, la seguridad de ser un instrumento fiel de las miras y designios del Altísimo.

La mañana del día en que murió concede una larga entrevista a una publicación española. Expone sus ideas sobre la civilización cristiana que heredamos los mexicanos y sobre los deberes que implica nuestra herencia y filiación. Estamos urgidos de afirmar, exponer, aclarar y defender, hacer del momento, por tanto oportunas y novedosas, las verdades tradicionales, tanto más cuanto que somos vecinos de una poderosa nación que nos ha negado y combatido, y, tanto más, también, por otra parte, con más perentoria acción, habida cuenta de los intermediarios, los descastados y los "pochos", que abundan entre nosotros mismos y que, con otros nombres, podemos apellidar los renegados. Dicta las respuestas a un largo cuestionario que le presentó una revista mexicana. Rechaza el calificativo de converso y declara haber sido siempre católico, pese a haber tenido en olvido las prácticas religiosas y sin ejercicio su fe, la cual, latente y dormida, él, aturdido por la algarabía de los semiletrados, sus maestros y sus compañeros, voluntariamente no quiso despertar. Cometió indignidades y acalló su conciencia, pero nunca cometió pecado contra el Espíritu. Siguió la pendiente por donde lo empujaban los tiempos, pero, advertido por los descalabros padecidos, guiado por otra parte por su sentido de justicia, y amante fiel de la sabiduría, cayó en la cuenta de sus falsas apreciaciones y, humilde, tuvo la fuerza y la valentía de confesar sus errores, de gritar su *mea culpa* y de seguir los consejos de los sabios. Escribe cartas, después de esto, y, entre otras, una

al Embajador de los Estados Unidos en que se excusa de no poder asistir a la recepción del 4 de julio. Y el mismo 30 de junio dicta su colaboración, que era diaria, a una cadena de periódicos. Se sienta a la mesa y departe, como era de rigor en él en esta coyuntura, con su familia y sus convidados. Siempre hacía el elogio del vino y era, como se dice vulgarmente, de buen diente. La comida era para él un acto de civilizados. Necesidad natural, quiso él, como civilizado que era, que estuviese revestida del respeto a la persona, así fuese su comensal un niño. La naturalidad del acto de comer tenía que salirse de la vulgaridad y convertirse en alegría y en amistad. Su mesa tenía el ambiente, los antecedentes, la intención, la hospitalidad y el agasajo, el deleite y las delicias de un banquete, no precisamente por los manjares, sino por la agradable compañía. Era su deseo de alimentar el cuerpo y el espíritu y todo esto de una manera amable. Da unos pasos después de comer, se entretiene con sus nietos y en su conversación con ellos, dulce y paternal, se coloca en la edad infantil y se hace ingenuo, puro, inocente. Su alegría de viejo sesudo, de hombre de ejecución y de mando, corrido y experimentado, es, en esta ocasión, una alegría de niño. Quiere dormir una siesta, y la duerme; despierta de ella ya con los estertores de la muerte. Poco después se duerme definitivamente en el Señor.

Esa variada, esa intensa actividad, ese despliegue de aptitudes, su donación a los demás y su interés por servirlos, la comunicación de un pensamiento claro, la vida familiar, la visión de la historia de México y su intención de comunicarla a los demás, la inserción del momento que vivimos en el tiempo y en la eternidad,

su acercamiento a los niños y su conversión a la edad de la inocencia, su camaradería, su ambiente de amistad, su meditación en las cosas trascendentes y su contemplación del Verbo de Dios y el mismo descanso a que tiene derecho el cuerpo, y, finalmente, su tránsito apacible, todo eso sucedió en unas horas, todas ellas llenas de actos conscientes, resumen de toda una vida y preparación adecuada para una muerte, la muerte de él. Vida intelectual la suya, vida amorosa, vida familiar, de sencillez y de apego a lo natural, vida de pensador que no piensa sino en medio de su comunidad y siempre interesado en ella y todo con vistas a lo futuro por una parte, y por otra, a lo estable y permanente. Su punto de apoyo, su inspiración, y su mira, su inquietud y su descanso, su complacencia y desesperación es lo divino. La persecución que emprende, en la que siempre está ocupado y que es su tarea de pensador, es la de la belleza. Se empeña a porfía en ver todas las cosas, y en esto radica su inserción en lo eterno, a la luz de lo divino. Dios alumbra las cosas, así las inertes como las activas, la conducta y los logros del hombre, la historia, en una palabra, y los movimientos más recónditos de nuestra conciencia. Y seguidores fieles de esa luz divina no podemos menos que dar con el orden, con la proporción, con el ritmo, y esto es decir que con la belleza.

Esta última mañana de la vida de Vasconcelos, entregado él a sus meditaciones de siempre e incitado a comunicarlas, de palabra o por escrito, constituye el resumen de toda su actividad. Agobiado por el peso de sus culpas, llevando en su corazón el arrepentimiento y pidiendo, humilde, el perdón, seguro de la misericordia, no se presenta, con todo esto, con las manos vacías. Lleva en ellas su dolor de ser mexicano, las batallas que

Humanidad es lo puro, lo acendradamente humano, por tanto la calidad más noble de la especie, el sentido y la conciencia, o, por mejor decir las cosas, el deber, libremente aceptado, y gustosamente practicado, de tener tratos y contactos de hermano con los demás hombres. Humanidad es benignidad, o, lo que es lo mismo, bondad genuina, comunicación y, para decirlo con propiedad, sociabilidad, voluntad firme, y constante, de poner en común todo lo que somos y podemos, conviene a saber el todo de cada quien y nuestro todo. Y que para nosotros, los herederos directos de la civilización occidental, circunstancia que nos hace ser griegos y romanos, sea la antigüedad clásica una feliz concreción de lo humano, y, a más de esto, un enriquecimiento y, como dicen los filósofos, una actualización de las esencias y de las posibilidades del hombre, es algo en que deberíamos convenir todos. Y no convenimos porque, como afirmaba Vasconcelos, nos hemos, en fuerza de ser ignorantes y de desdeñar la cultura, "abaratado", lo que equivale a decir que nos hemos hecho corrientes, zafios, rústicos, vulgo profano,

el vulgo aborrecido por Horacio, cuya sentencia reza: *odi profanum vulgus*. Pero el humanista, el verdadero humanista, no se encierra en lo grecolatino, infatuado de su comercio con las lenguas sabias, ni menos aún, engreído con la simulación de conocerlas, se pone, claro que valiéndose de las versiones inglesas, francesas e italianas, dizque a traducirlas al castellano. Lo griego y lo latino es una experiencia, la historia de dichos y hechos que hablan elocuentemente de lo que es el hombre, trátese del bien o del mal, por consiguiente de las virtudes y flaquezas, de lo heroico y de lo vil, del amor y del odio, de la prontitud en la acción y del retraimiento, de la prudencia reposada y de los sentimientos primarios, de la noble o de la oprobiosa conducta, de la piedad filial, paternal y patria, de la apropiación, que decía Terencio, de todo lo que, siendo del hombre, no puede ser extraño a ninguno de nosotros. El mundo en que vivimos, pese a estar, sin modo alguno de sustraernos, en la corriente, cada vez más precipitada y bronca, de la era de la máquina, es un mundo heleno-romano. La disciplina intelectual a que estamos felizmente todavía sujetos, por consiguiente la manera de encararnos a las cuestiones que plantea continuamente la curiosidad del hombre, por una parte, y, por otra, a las cuestiones que plantean la estrechez del medio, o la ignorancia, o la mala fe, o la malicia, o la ganancia cebada en el hurto, es una disciplina intelectual que obedece a los principios de una filosofía inventada, cultivada, perfeccionada por los griegos, y elevada a altas consideraciones por los pensadores cristianos. La era de la máquina y la necesidad en que estamos de colocarnos en la velocidad, justamente para vivir de prisa, de acuerdo con los requerimientos de estos tiempos, nos

convierte en partes de esa máquina, por otra parte disparados velozmente, como para impedirnos la quietud, o, lo que es lo mismo, la oportunidad de reflexionar, de atar antecedentes, de buscar un asidero estable, de contemplar la belleza y de concertarnos con el orden. La única salida de este cerco de máquinas deshumanizantes, es volver por los fueros de la razón y colocarnos, por tanto, en la tradición intelectual de los griegos, repensados, alumbrados, extendidos y unificados por los filósofos cristianos. Ya es altamente significativo que la física moderna, la ciencia madre de la mecánica y de los adelantos técnicos, conviene a saber la física nuclear, se inserte en la especulación de los griegos y alcance claridad a la luz de las razones, de los presentimientos, adivinaciones y principios científicos, éstos apretados de consecuencias latentes, todo lo cual ellos expusieron como jugando, como entretenidos en diversiones dialécticas. Y si a lo griego agregamos esas *rationes seminales*, las semillas intelectuales, o espirituales, que San Agustín tomó de los *logoi spermaticoi* de los estoicos y que él coloca en la mente divina, podemos, entonces, conocer lo que en realidad de verdad son las cosas, todas las cosas. Las conocemos en su ser limitado, en las relaciones que guardan entre sí sus limitaciones, en la gradación y orden que estas limitaciones suponen; las conocemos como derivaciones de la Verdad Suma, como la comunicación, como el esplendor y reflejo del Bien Soberano, en una palabra como *rationes seminales*, aspectos de la perfección de Dios y causas segundas, dependientes en todo de la Causa Primera, la causa de la creación.

San Agustín es el ejemplar más cabal de humanismo y humanidad, de más reciedumbre y calidad, de

mayores honduras, de amplitud más dilatada, de matices variadísimos, de novedad siempre reciente, escritor de hoy con las inquietudes de nuestro tiempo y, para ser precisos, con las inquietudes de todos los tiempos. Y todo esto porque es latino, el último gran escritor de una Roma imperial, y, además, porque, seducido por la claridad de los griegos, abre su inteligencia a las bellezas del razonamiento metódico. Convertido en hombre de Dios, dejándose empujar por los consejos evangélicos, y, como dialéctico, como expositor, como predicador, como guía y pastor, y, ante todas cosas, como defensor de la civilización, de la civilización clásica, impedida de obrar, confinada, empobrecida, cuando no arrasada por los bárbaros y, principalmente, como defensor de la civilización cristiana de que es, y todavía pese a los dieciséis siglos transcurridos, el doctrinario y el campeón, embiste y se deja ir certero, contra los simuladores, los pérfidos, los impostores; despierta al hombre dormido que llevamos dentro cada uno de nosotros, lo endereza, lo pone a pensar y meditar, lo lleva a recibir la gracia y a anegarse en las aguas de la caridad. Habla de un gozo, el gozo de tener asida la verdad, de hacerla nuestra, de crecer en ella y ser cabales y perfectas semillas espirituales y ecos vivientes del Verbo de Dios.

San Agustín es humanista y maestro de humanidades. Lee a Virgilio y se complace en ver y advertir el cometido histórico, o, por mejor decir las cosas, la misión providencial del pueblo romano. Medita a Platón y completa la teoría de éste de las ideas separadas con la doctrina de las ideas ejemplares que habitan en la mente divina. Pero lo más notable en San Agustín, por lo cual tenemos que reconocer en él el tipo del

más acabado humanista, es su palabra persuasiva y convincente. Palabra "viva" la llama el padre agustino Félix García, palabra por esto de hoy, gozosa y angustiada, siempre penetrante y sutil, que dice lo que es la cosa y que nos lleva a la contemplación, al razonamiento, a la admiración y a la humildad, que nos inspira audacias, confesiones, devoción, que nos da la conciencia de ser hombres, criaturas divinas, hijos fieles de la Iglesia y ciudadanos de la Ciudad de Dios.

No sabía hebreo San Agustín, ni se puso a hacer estudios filológicos del arameo, y, con todo y estas limitaciones, entendió perfectamente esa otra palabra, la más "viva", por el mismo consiguiente la más edificante y viviente, como que fue, y lo será por siempre jamás, la palabra de vida eterna, la del que dijo que El era "el camino, la verdad y la vida". Escribió mucho San Agustín y suyos pasaron a la posteridad como más de doscientos libros de los ordinarios de ahora, toda una completa librería por consiguiente. Su palabra escrita, con todo y esto, es, en realidad de verdad, una palabra hablada porque están incorporados en ella el gesto, el tono de la voz, sus ademanes, sus altos y sus bajos, sus silencios.

Vasconcelos tiene algo del genio de San Agustín. Se confiesa al igual que él, aunque no para desnudarse en público al modo del insolente de Rousseau y pretender, como éste, ser tenido por los demás, una vez conocidas por ellos sus confidencias, el mejor de los hombres, lo cual sin excusa posible, forzosamente admitirán viéndose a sí mismos, y advirtiendo su propia poquedad y la grandeza de él. Los grandes pensadores sienten el apremio, justamente a causa de la necesidad de comunicarse con los demás, de dar a conocer sus ideas,

sus experiencias, los trabajos que tuvieron para enderezar su conducta, los desvíos que, muy a su pesar y aun oponiéndoles deliberadamente su buena intención, encaminaron por malos pasos sus vidas. La sinceridad de San Agustín no arrastra a su lector a imitarlo en las torpezas, sino precisamente en lo contrario, en su voluntad de levantarse y en su perseverancia en la virtud. Es, entonces, lo subidamente humano, lo que, por tanto, atrae nuestra parte mejor y es parte a enderezarnos y mantenernos en la inquietud espiritual, lo que nos comunica. Sus designios y su ánimo esforzado vienen a nosotros y nos cautivan y los hacemos, por el mismo consiguiente, cosa nuestra. No padece Vasconcelos la hipocresía del mal, ni se solaza en sus flaquezas y, al ponernos delante los pormenores de sus caídas, no nos pervierte, sino que nos hace sentirnos de su mismo barro y nos hace partícipes de sus impulsos que a él y a nosotros nos conducen a lo noble. La palabra de San Agustín es una palabra viva, la palabra de un pensador que, de tan viviente, es nuestro contemporáneo, y tan joven, o tan maduro, o tan llegado ya a la edad del desprendimiento de lo temporal, como cualquiera de sus ocasionales lectores. Tiene para todos, aun para los aturdidos y desaprensivos, los insustanciales y remisos, los cuales, con una o dos frases leídas, en el caso es mejor decir oídas por aquello de que la palabra de San Agustín es la palabra hablada, se prenden de su boca de él. La palabra de Vasconcelos también es viva y, por esto, también es hablada.

Es común entre los católicos la idea de que el verdadero humanismo consiste en acercar lo humano a lo divino, en llevar, por tanto, al hombre a la vecindad de Dios y hacerle en ella su habitación y su regalo.

Dios nos hizo a su imagen y semejanza y ser parecidos y semejantes a Dios no sólo es la definición apropiada del hombre, sino el motor de su actividad y la carrera a su perfección. Y en el orden de la gracia, el orden de la Redención, o sea el de la amistad con Dios, y que comprende a toda la especie, disfrutamos de la filiación divina y estamos constituidos en herederos de la gloria celeste. Somos, por consiguiente, ciudadanos titulares de la ciudad de Dios. Un gran santo, por esto mismo un gran hombre, hombre por supuesto de bríos certeros, los cuales siendo, como tienen que ser, en realidad de verdad, de heroica reciedumbre, sencillamente lo colocan en lo sobrehumano, y esto bajo la inspiración de la gracia. Tal fue San Agustín, el del habla viviente. Sabio con la sabiduría humana, no descansa, como él lo afirma, sino cuando, adquirida y practicada la sabiduría divina, se allega a Dios.

No todos los humanistas son santos, los humanistas en el sentido profano, los que han recogido y guardan para sí las excelencias de la antigüedad clásica; ni todos los santos poseen la erudición de las letras humanas. San Agustín, santo de la palabra adecuada, comunicativa, vehículo idóneo de ideas y elemento unitivo, que une por consiguiente al que habla, que es él, y al que escucha, que somos sus lectores, es el tipo acabado de humanista. Su Ciudad de Dios es el reducto y ciudadela inexpugnables, el arca donde se conserva el depósito de las experiencias cívicas, de sociabilidad y humanidad, del mundo civilizado, la fuente de aguas lustrales, el lugar de cita que todos habremos de considerar nuestro lugar natural y patria única. El nos convoca a dirigirnos a esa Ciudad y nos convida a permanecer en ella para ser los ciudadanos de la comunidad más per-

fecta, por tanto más humana. Su palabra inquietante, primero; persuasiva, después, es la del guía espiritual, la del ciudadano eminente, hombre experimentado y bondadoso, humanista cabal.

Los santos manifiestan la grandeza del hombre. Son sus virtudes los aspectos sublimes de nuestra naturaleza y, comunicativos como tienen que serlo, y más todavía en razón de su santidad, que es valor de comprensión o, por mejor decir las cosas, valor de coredención, nos elevan a todos y prenden en cada uno de nosotros el estímulo de la ascensión, por consiguiente del mejoramiento, del progreso, en suma de la caridad. Santo Tomás es el santo de la inteligencia. Razona limpiamente, humanamente y, puede decirse con propiedad, tratándose de él, que santamente. Contempla la verdad, cualquier verdad, al parecer la más insignificante. Por supuesto que no hay verdades pequeñas, medianas o grandes. La verdad es la verdad y la humilde o, para decirlo más adecuadamente, la sencilla verdad del dos más dos son cuatro, implica la verdad total, Dios por el consiguiente. En su contemplación Santo Tomás alumbra con el fuego de su inteligencia la verdad concreta y la mira insertada en toda la verdad. Y sin padecer desvío, distracción, consideraciones ajenas, va poniendo en relación unas verdades con otras. No desmayó nunca en su perseverancia de seguir la verdad, de razonar, de llegar a la debida conclusión o consecuencia. Su don de síntesis, su capacidad de resumir, su visión inmediata de los principios muévense en él con el ímpetu de su caridad ardiente. La contemplación de las cosas es, al mismo tiempo, la contemplación de la Causa Primera, y no sólo como primer motor, sino como Verbo de Dios. San

Agustín había nacido pagano y fue, por lo que respecta a las letras, el último gran escritor, y, como conviene a su palabra, cargada de sabia gravedad, el último gran orador. Guarda San Agustín, y salva porque le da el matiz, por tanto el valor de lo eterno que alienta en su espíritu, la herencia de la antigüedad. Santo Tomás, fraile dominico, maestro de la Universidad de París, y justamente porque es santo de la inteligencia, observador constante y fiel seguidor de la verdad, va al paganismo, a los pensadores griegos, para recoger la autenticidad de su pensamiento de ellos y hacer, por consiguiente, más íntegra y cabal la exposición de las verdades evangélicas, y más esplendorosos, más lucientes y refulgentes para los cristianos, los atributos divinos, y, de una manera especial, las gracias y dones con que nos obsequió el Redentor. Santo Tomás fue humanista letrado, al igual que San Agustín; y uno y otro alimentan su alma con las adquisiciones, experiencias, descubrimientos, inquietudes, hallazgos y testimonios de la antigüedad clásica. Santo Tomás, y pocos años después de él el Dante, aquél con su maestro Aristóteles y éste con su guía Virgilio, representan el verdadero Renacimiento. El histórico de los manuales no es otra cosa que un intento de retorno a la paganidad, que no a la calidad humana de los clásicos. Es, por esto, lo superficial, lo falso y lo artificioso, lo exagerado y lo parcial.

Los santos son sobrada y subidamente humanistas, o, más bien dicho, acendradamente humanos. Dan a conocer, como queda dicho, la grandeza del hombre. Que haya santos privados, escondidos, sin comunicación y trato, pese a las Tebaidas, o sea al recogimiento y al retiro, es imposible. El bien, de suyo, por apremios de su propia naturaleza, es comunicativo. ¿Y qué mayor

bien que la grandeza del hombre, con la que dobladamente tenemos un contacto que de necesidad trae consigo nuestro ennoblecimiento y perfección? El grande hombre, o sea el santo, nos toca y eleva porque es hombre y porque es santo, porque es igual a nosotros y porque es mejor que nosotros. Que el santo sea maestro en letras humanas, y divinas, mejor que mejor. Da a conocer, y comunica, una variedad, de práctica elevada, de la condición humana.

Pero hay santos iletrados, rústicos y, si se quiere, zafios, los cuales, no por esto dejan de manifestar, y por tanto comunicar, su grandeza humana. Tenemos a San Martín de Porres, el mulato de Lima. Su santidad consiste en el amor al semejante por medio de los servicios humildes y de los trabajos serviles. Se le llama Fray Escoba porque tiene a su cargo la limpieza, que él convierte en pulcritud. Los animales y las plantas, seres hechos para nuestro regalo y satisfacción, parece que él los educa haciéndolos más serviciales. El todo está en que el santo, el de las letras, el de los oficios, el del ministerio, el de cualquiera de las incidencias de la vida, ensancha, alumbra, perfecciona y, por todo esto, hace mejor la naturaleza humana.

Vasconcelos no fue un santo; pero se mantuvo a la vera de los santos. Humilde, se dejó voluntariamente guiar por la verdad. Iba tras ella con un ardor de juventud y con unas ansias tumultuosas y, simultáneamente, serenas. Le importó sobremanera la inteligencia. Tenía conciencia de ser civilizado, de disfrutar de los bienes de la antigüedad clásica, de haber sido bautizado por la Iglesia y de pertenecer a la ciudad mexicana, de ser ciudadano, por consiguiente, de esta maltrecha y postrada, pero no por esto desahuciada

patria nuestra. Los mexicanos somos bautizados y el bautismo nos coloca en el centro de lo más altamente humano. Por este simple hecho tenemos de raíz, y en el fondo mismo de nuestro ser, la fuerza de transformación. Y, como quiera que sea, y siendo nosotros esto o lo otro, y teniendo tales y cuales aptitudes y capacidades, y, remisos o diligentes, siempre estaremos en acto próximo o lejano de acceder a la grandeza cristiana, conviene a saber al reino de la gracia y a los tratos de ciudadanos de la Ciudad de Dios. Vasconcelos manifestó, desde niño, sus aficiones y gustos por la cultura y tuvo conciencia de su vocación de intelectual. Humanista por tradición y por herencia, tenía que serlo con más particular complacencia de su parte, y con más beneficio nuestro, ahincando en su ser de cristiano, y de cristiano a la española, su agudeza de pensador. No sabía griego ni latín, pero honró la tradición clásica advirtiendo en ella la fuente de donde mana nuestro sentido y nuestra conciencia de hombres cultos. San Agustín no sabía arameo y, con todo esto, entendió, con una amplitud que nos conmueve todavía ahora, las palabras de Nuestro Señor en la versión griega hecha por los mismos evangelistas. Santo Tomás no sabía griego y penetró, pese a ello, con más rigor que infinidad de comentaristas y de filólogos, el pensamiento de Aristóteles. Nunca pretendió Vasconcelos, por otra parte, ser traductor de los clásicos, ni discutir pormenores de la vida privada de griegos y romanos, ni hacer interpretaciones de la conducta de tal o cual personaje, de la historia o de la literatura, comparando los textos de éste o del otro autor. Le interesaba el fenómeno religioso en general y la religión en particular, pero esto último sólo cuando se trataba de los mexicanos. Escribir li-

bros sobre la religión de los griegos y no ser sensible, ni siquiera por tentación, a la religión de los mexicanos, le parecía una aberración, una pedantería y una ausencia de conciencia nacional, además de la exhibición de un falso humanismo. Concebía muy bien que se fuese humanista al estilo y manera de Fray Escoba, que es decir en el servicio humilde de los demás. Las cosas más sencillas pueden tener un valor de infinitud si en ellas hacemos brillar el amor y, con el brillo de éste, respetamos, veneramos, honramos a las personas que servimos. La inteligencia y lo que ella descubre, o sea la verdad, son, también, un servicio. El que piensa, razona, descubre, concluye y contempla, de necesidad es movido por la urgencia de dar a conocer a los demás, de servirles, por tanto, la verdad que él aprisiona, pero que no quiere ni puede, a causa de su grandeza de alma, hacer suya porque sabe él que es, también, de los demás. Y en esto consiste la calidad de ser humano. Hay que dar, que comunicar, que regalar lo que se tiene. Sencillamente hay que ser servicial, que practicar la sociabilidad, que hacer entrega de lo que somos y podemos.

El hombre, medida del universo. Esta verdad, descubierta por los griegos, es una verdad a la que tenemos que darle nosotros un contenido teológico, o sea el de la Revelación. La ley, los profetas, la tierra prometida, los dichos y hechos del pueblo escogido, habidos en ella, la dura cerviz de éste y, finalmente, la pasión y muerte de cruz del Salvador de los hombres, no significan sino la entrega de todo el género humano a Nuestro Señor, el Cual nos conquista, nos hace suyos y se constituye en el tronco y el modelo, nuevo Adán, por el rescate o compra que por medio de su sangre ha

efectuado de la especie entera. Pero, a más de esto, y siendo, como es, el más bello de todos los hombres, reina sobre todos en razón de su hermosura, como dice el salmista. ¿No es El, entonces, la medida de todo el universo, de los ángeles y santos, de los hombres todos y de toda la creación? Tenemos muchas cosas que descubrir porque nos mueve el deseo de estar presentes en la intimidad de las cosas. Queremos saber, de resultas de lo cual queremos formular las leyes, tanto del macrocosmos, que es el mundo y los mundos, como del microcosmos, que es el mismo hombre. Por supuesto que es más importante descubrir al hombre. Descubrirlo es conocer sus causas, las variedades con que se manifiesta su esencia, los mil matices de su intimidad, sus aberrantes inclinaciones y su conducta, más aberrante todavía. Y no parece sino que siempre es nueva la pregunta de qué es el hombre. Acercarse a Dios y advertir su modo de obrar, la calidad, el número, el concierto de las cosas que salieron de sus manos, es ser hombre de ciencia, filósofo, letrado, humanista y santo, todo a la vez. Es verdad, triste, angustiosa verdad para casi todos nosotros, que no llegamos, ni con mucho, a transitar por todos estos caminos de la sabiduría. Unos cuantos dominan la ciencia; más escasos son los que se dedican, con fruto para los demás, a la filosofía; los que cultivan las letras y se convierten en grandes escritores o que, amantes del arte, dilucidan los valores artísticos de la bella y de la docta palabra, tardan, a veces siglos, en aparecer. Los santos, habiendo tanta necesidad de ellos, por ser los que de veras elevan al hombre, desgraciadamente no abundan. Habrá que afirmar que los grandes hombres nos representan a todos. Son como el paradigma y el dechado de

la especie toda. Y ellos, los grandes hombres, son los que, cercanos a Dios, viviendo en su vecindad, descubren los designios divinos y nos revelan la armonía del universo, la constitución íntima de las cosas y el concierto que debe efectuarse en el interior del hombre, en los hombres entre sí y entre éstos y toda la creación. Los grandes hombres, pero de una manera señalada los santos, son el testimonio de la grandeza del hombre. Y la ley de las sociedades parece ser la expedita facilidad para que, sin estorbos insuperables, ni molestias grandes, ni contratiempo alevoso, y sin mayor menoscabo y detrimento de la persona, puedan darse, crecer y prosperar, vivir largos años y multiplicarse, los hombres de ciencia, los humanistas y los santos. Perfeccionan la especie y nosotros todos nos hallamos y encontramos en ellos. Fuerza es, y ventaja y provecho, que así lo reconozcamos y que tengamos gusto en ello.

El hombre, y para ser precisos y ampliamente verdaderos, el Hombre Dios, es la medida del universo. El nos da la inclinación de ir a lo cumplidamente humano, que es lo divino. El nos mueve a buscar el orden y nos coloca y mantiene en él. Estimula la inteligencia y la alumbra; robustece la voluntad y la guía; suministra salud y vigor al cuerpo. Inspira nuestras ideas y nos hace deshacer el error. Rectifica nuestra conducta y nos suministra, desde ahora, el revestimiento de gloria con que tan gentilmente nos obsequia para hacer de cada uno de nosotros un hombre nuevo. Los grandes falsificadores del hombre, enturbiadores, con insistente soberbia, y empañadores, de obstinada constancia, de la limpidez y del brillo de nuestra faz, pretenden, no obstante su ignorancia o su malicia, mudar, dizque para bien, el modo de ser natural nuestro y apa-

gar el reflejo que nos alumbra y hace resaltar para que sea visible, más que a los demás, a nosotros mismos, esa imagen y semejanza de Dios, impresas en nuestra sustancia y que son nuestra más cabal definición. Lenin, en las fondas obscuras de los barrios perdidos de las ciudades europeas, en los rincones solitarios de las bibliotecas, donde, además de engañar el hambre, se hacía fuerte en el error; en las habitaciones sórdidas de posadas baratas, en los calabozos de las cárceles, en los escondrijos propicios en que vigilaba la falsificación de moneda, buscó hacerle el mayor daño, un daño moral y material, que en su intención sería mortal, a lo que los comunistas llaman la sociedad burguesa. Más tarde alimentó, ya en el poder, y después de muerto todavía inspira, la furia de destrucción avasalladora de los rusos. Y los comunistas hablan de humanismo. Dicen amar al hombre y pretenden probar su dicho matando al hombre. El progreso continuo, la fatalidad del advenimiento de la sociedad sin clases, la perfecta igualdad consistente en darle a cada quien según sus necesidades y en hacer imposible, por inútil, la autoridad del Estado, son cosas que, no por inexorables, los exime a ellos de apresurarlas. Por esto falsifican moneda, enamoran a las mujeres perdidas para robarles sus ganancias de tratantes de torpezas y cultivadoras de vicios, fomentan la infidelidad a la patria, prometen, se obligan, declaran, firman documentos, pero para no cumplir y hacer mofa de su misma palabra. El humanismo de ellos consiste en borrar los ragos divinos de nuestra faz. Quieren un hombre que sólo sea hombre. Y como el hombre es para ellos un animal que ha dejado de ser animal, el comunismo, en el fondo, es una vuelta a la animalidad y una exaltación del instinto.

El hombre es la medida de las cosas. El universo no puede medir al hombre. Lo limita, le hace difícil su acción, lo fuerza a detenerse, lo cual, como lo comprueban el adelanto de las ciencias y las adquisiciones de la técnica, no ha significado sino estímulo. Ni el sol, ni las estrellas, ni los elementos, ni el átomo y sus fuerzas desatadas lo miden. El sistema solar, los rayos cósmicos y la acción de todas las galaxias conocidas y por conocer, dominan nuestro cuerpo, pero la inteligencia puede conducirnos a enseñorearnos de todo. Y volvemos al espíritu, a lo que los comunistas llaman prejuicio burgués, a la historia y a la cultura, a los griegos y a los romanos, al cristianismo, en suma a lo que es divinamente humano.

Grecia y Roma para Vasconcelos son la permanente enseñanza, el testimonio vivo y la tradición válida de la dignidad, de la exaltación, de la vigencia, de la teoría y de la práctica constantes, hechas sustancia de cada uno de nosotros, del hombre racional. Aristóteles dice que el hombre es amigo del hombre, que el hombre necesita del hombre, y por esto, que el hombre halla su lugar natural en la sociedad, o sea en la *polis*. El hombre protege, ayuda, enseña al hombre, y para hacer en común la obra subsistente de la ciudad, o sea la obra de la civilización, tiene que vivir en estado de amistad. Y el mismo Aristóteles dice que, entre amigos, todas las cosas son comunes. La verdadera comunidad, y el comunismo es lo contrario de comunidad; aquella comunidad, por consiguiente, en que reina la amistad, la cual nos acerca a todos y nos vuelve iguales, es lo que persigue, lo que significa, la razón de ser, por tanto, de la sociedad política, o sea la *polis*. En el periplo homérico, cuyo protagonista es Ulises, asistimos

al despliegue de la industria, del ingenio, de la capacidad de desdoblamiento de personalidad, a la sucesión de actos de nobleza, no de *un* hombre, un griego de excepción en el caso, sino *del* hombre. César, en Roma, es el Estado o, por mejor decir las cosas, el inventor del Estado. El Estado es la representación, y, al mismo tiempo, la autoridad del bien común. España, Italia, Francia, son Grecia y Roma. Pero conviene, y esto lo hacía ver con insistencia Vasconcelos, que no lo sean. No les conviene a los fautores del desorden, a los que fincan su provecho en revolver el río de la tradición civilizadora. Aprendemos la grandeza de Roma, decía Vasconcelos, por conducto de Shakespeare. Y no nos interesa, en esta coyuntura, el latín, sino el inglés. Manoseamos los autores alemanes en traducciones de la *Revista de Occidente* y, pretendiendo repetir lo que ellos dicen, nos imaginamos que ya sabemos mucho de la cultura griega. Ellos, los protestantes ingleses y alemanes, nos parecen identificarse con la antigüedad clásica y nosotros, que somos efectivamente Grecia y Roma, amamantados que hemos sido con su sustancia, nos vemos forzados a imitar y copiar a los extraños. De antemano, con esto, nos declaramos inferiores y aun hacemos extremos de gozarnos en nuestra inferioridad. Lo griego y lo romano es elemento vital de nuestro ser. Y conste, y esto hay que decirlo, repetirlo, reiterarlo, volverlo a decir y tornar de nuevo a decirlo, que los Padres de la Iglesia, que las escuelas de los monjes, que los estudios adjuntos a las catedrales, que los colaboradores y validos de los obispos, que las universidades, primeramente la de París, la de Oxford, la de Salamanca, la de Bolonia, y más tarde las alemanas, que las órdenes mendicantes, los dominicos y los franciscanos, recogie-

ron, guardaron y salvaron los escritos de la antigüedad. Los abades de los conventos benedictinos fueron los sustitutos de los próceres romanos y se constituyeron verdaderamente en *patres familias*, en troncos de copiosa descendencia espiritual, en maestros de muchas generaciones, en padres intelectuales y, por todo esto, en padres de la civilización.

"Trasládemonos —dice Vasconcelos en su bello libro *De Robinson a Odiseo*, págs. 83 y 84— del salón de los libros infantiles a la nave mayor de la biblioteca en donde ya tiene acceso el niño. ¿Cuáles son los libros que la escuela pondrá en sus manos? La respuesta, que ya se está haciendo esperar demasiado, es evidente: los clásicos, entendiendo por tales las cumbres del espíritu humano a través de los tiempos. Quien vacile recuerde que toda la escuela antigua no era otra cosa que el empeño de poner en contacto al alumno con el saber clásico. Y nuestra escuela moderna, ocupada todo el día en talleres y aulas de disciplinas especializadas, en canciones y juegos que roban cada instante, apenas dedica una mirada al panorama de la sabiduría. La escuela moderna particularizada no tiene derecho a negar siquiera unas horas para establecer el contacto del niño con la gran literatura. Las lecturas clásicas darán al alumno lo que a menudo la escuela le niega: la sensación de la vida en su conjunto, el drama o la gloria de un destino en proceso. A la objeción apuntada por algunos de que los niños no comprenden los clásicos, responded que una observación atenta descubre que abunda más el talento en la infancia que en el hombre. Algo de genio hay en cada niño, y sólo cuando crecemos nos vamos haciendo tontos. Uno u otro hará excepción. Pero la frescura, la agilidad, la penetración, el pasmo

778393

fecundo de la primera edad ya no se recobran. Dejad, pues, que se nutra la mente joven con la esencia más alta del espíritu humano, y no con desechos e interpretaciones. Alejad al niño de lo subalterno, ya que después, por obligación, tendrá que leer tanto libro mediocre. Enhorabuena que al seleccionar lo que llamamos clásico no se ejercite un criterio de profesor de Humanidades; clásicos son los relatos de Swift y los cuentos de Andersen; clásico es el "Quijote", y es clásica también la buena risa. Pero no basta. Lo que el niño en realidad quiere desde la intimidad de su conciencia en alborada es un libro de epopeya. Ningún ensayo pedagógico de los realizados en México ha sido más rotundo que el reparto de la "Iliada" y la "Odisea". Rápidamente se hicieron libros populares y ningún niño dejó de amarlos. Por otra parte, a mis críticos les dije: "No estoy haciendo novedad; los niños de Norteamérica entran a la literatura por el vientre del caballo que conquistó a Troya. Y son niños anglosajones. ¿Queréis que un niño latino ignore los antecedentes directos de su cultura? Algunos pastores protestantes indígenas alegaron que ellos eran aztecas. No me entretuve en decirles que sus maestros, los protestantes de Estados Unidos, se reservan para sí a Homero y al Dante. Quédense ellos entregados a la lectura de Marden. Ahora me dirijo a los 90 millones de hispanoamericanos, libres de bastardaje mental, y les recuerdo que sus antepasados, desde la infancia, gustaban de los clásicos griegos, leían a los latinos, se acercaban a las cumbres del espíritu humano, aunque todavía no poseyesen la máquina de calcular, el tractor de gasolina o el altoparlante. Nada me parece más urgente que acercar a la juventud desde la infancia a los grandes modelos de

BIBLIOTECA CENTRAL
U.N.A.M.

todos los tiempos. No hay mejor cura para la mediocridad de la época. Y no posee la civilización elementos más poderosos de florecimiento que la constante comunión con los valores supremos que ha engendrado la especie. Todo el ambiente de una escuela puede transformarse y ascender con una prudente dosis de buena lectura sólida de clásicos: Homero, Platón, Dante, los universales, y para nuestro uso, Cervantes, Calderón, Lope de Vega y Galdós, el último grande".

Escribir esto, y escribirlo, como es de rigor en un gran escritor, conviene a saber con palabra viva, lo que es de evidencia palmaria en lo transcrito, es calar, por tanto ir a la profundidad de lo humano, hallar la mina de la tradición, ahondar en ella ahincadamente y, no sólo darnos a conocer la grandeza del hombre, sino inclinarnos a tener raíces dilatadas en ella e incorporar en nuestro ser, de resultas de esto, la savia de ambrosía, o sea un elemento de permanencia y de inmortalidad.

Conviene estar con Ulises, seguirlo, imitarlo y llegar con él, al fin, a Itaca. *Non formosus erat, sed erat facundus Ulysses*, no era hermoso, tipo de hombre solo atractivo para las mujeres, siéndolo, por tanto, sino, ante todas cosas, era de elocuencia convincente, de agudeza de ingenio, comunicativo, de palabra viva, Ulises, según Ovidio. El hombre, cualquier hombre, sea quien fuere, tiene que ser civilizado y el civilizado tiene que acercarse a Ulises. Ulises, y habrá que insistir diciéndolo una vez más, es la aventura, la inventiva, la facultad de salir, a fuerza de valor, de situaciones difíciles. Ve venir Ulises los acontecimientos y se dispone siempre a ir a su encuentro con el designio de deshacer lo futuro en lo presente. Acepta lo que venga, pero siempre como provisional. Lo definitivo está en el hogar, en la mujer fiel, en el hijo amado, en la patria, en la convivenvia con sus iguales, con quienes, por esto, puede dialogar y tratar los temas que importan a la comunidad.

"No somos Robinsones en el seno de la cultura —dice Vasconcelos en la obra citada, págs. 38 y 39—, sino herederos de conocimientos inmensurables. Conciencia de civilizados, no de *pioneer*, y parecida a la de Odiseo, que *sabe*, porque ya los abuelos sabían. Sin embargo, su alma nueva inquiere y no sólo se mueve por *interés* a lo Dewey, también, y principalmente, por curiosidad que pregunta. Se satisface incluso en la inútil, pero encantadora aventura de Circe, más allá del aprendizaje laborioso que preocupa a los Defoes de la enseñanza".

"Lo que equivale a decir que hay otras maneras de *interesar*, aparte de la *necesidad*. Y, a menudo, sólo cuando empezamos a sentirnos libres de la necesidad, aparecen las facultades superiores que engendran la cultura. Por ejemplo, el amor de la teoría como ejercicio desinteresado, desinterés, que, de paso, ha creado la ciencia, por encima de la manipulación; por ejemplo, el instinto poético que ha despertado el alma humana, por encima de simples *intereses* de lo nutritivo". (Lo subrayado está en el texto).

Penetra Vasconcelos los deseos, los padecimientos, las carencias, las fallas, la raíz de nobleza, las propensiones al placer irracional, el del cuerpo cuando ese placer desata los amarres de la moral, el del espíritu perverso que se solaza en el mal ajeno favoreciéndolo, fomentándolo, infligiéndolo; va, por tanto, al fondo del corazón humano y aclara, con la mirada del que sabe

entender y amar, los vericuetos en que nos perdemos para que nosotros mismos demos con la salida, que es la posesión de nosotros mismos y el propósito firme de acercarnos a Dios, y esto es, ni más ni menos, descubrir la esencia del hombre, dárnosla a conocer e infundirnos el deseo de ser mejores. Tal cosa hacen los grandes escritores. No se puede ser gran escritor si no se advierten los límites internos de la propia naturaleza y el límite supremo, que es la muerte. Es, por consiguiente, dentro de estos términos, el que marca nuestra incapacidad fundamental y el que señala el tiempo, donde el hombre tiene que dar de sí, que manifestar su capacidad de trabajo y de transformación y los logros obtenidos. Estos, para perennidad del mismo hombre, cuando son válidos, significan la pujanza de la civilización y, en lo individual, la sobrevivencia en el recuerdo de las generaciones y su huella indeleble en la historia. El hombre de elección salta por sobre las barreras de su propia naturaleza y, por otra parte, vence a la muerte.

Por ser heredero consciente de Grecia y Roma; por ser civilizado que sabe afirmar, defender, trasmitir las esencias de la civilización; por ser católico, por tanto de espíritu universal y de corazón que se alegra y se acongoja con el júbilo o el infortunio de sus semejantes; por ser escritor, y escritor de palabra viva, Vasconcelos es un gran humanista y un hombre lleno, pletórico de humanidad. Sigue el periplo de Ulises y va, por consiguiente, de aventura en aventura, hasta que llega al puerto de sus esperanzas y a la posesión y manejo de su heredad, o sea a Itaca. Sigue Vasconcelos también al infortunado Eneas y, de infortunio en infortunio, llega a la tierra prometida de la que sus des-

cendientes harán la Roma imperial que, para él, para Vasconcelos, es la ciudadela humanista, la Universidad de México por él renovada y rejuvenecida en la que su raza, la raza nuestra, la gente hispana, nutrida, crecida, alta, fecunda y facunda, pendiente siempre del Espíritu, hará y dirá cosas cumplida, amplia, subida, sobradamente humanas.

«««-□-»»»

V

ESTE PAR DE MALHECHORES: MARX Y FREUD

Podría hacerse, y ciertamente que no sin fundamento, el elogio del delincuente y, por supuesto, que no por sus delitos, o sea en razón de la iniquidad que pone en práctica, la cual no es sino el despliegue de la ponzoña, guardada en sus entrañas, y con la que intenta, y lo logra al paso del vigor certero de su estimativa y de las enseñanzas de su experiencia, dañar a sus semejantes, tanto en la persona de éstos como en su familia, propiedad y pertenencias. El delito, como quiera que se le vea, es un desequilibrio del orden social, la voluntad, en el que lo comete, de hacer su propia ley y de pretender sujetar a ella a los demás, y tomarlos como cosas, destinadas para él, a servir sus caprichos, sus gustos, sus refinamientos, sus desviaciones, su voluntad de mandar. La sociedad, así sea la llamada primitiva, o la salvaje, o la incivil, o la burguesa, o la que según sus partidarios, encauza al hombre, aun sin quererlo éste, por el camino de la verdadera civilización, conviene a saber la sociedad comunista, defiende y sustenta, proclama, mantiene y conserva una moral, principios de orden, pretendidamente racionales, por tanto universales, válidos para la conducta individual íntima, o sea para la conciencia de cada quien, y válidos, también,

para la convivencia. Bien sabemos ya ahora que el Estado, autoridad nacional que cubra los actos todos de la vida cívica, no es, ni puede ser, de acuerdo con la idea, externada por algunos reiteradamente en el siglo pasado, un Estado policiaco, reducido a vigilar, exactamente como lo hace la policía, el orden de la calle. El Estado, todo Estado, y esta verdad es de una evidencia, tanto más palmaria cuanto que estamos en una época en que lo doctrinario priva en todas partes, tiene una política definida, franca, expuesta sin el menor tapujo y muchas veces propagada con exigencias de universalidad. La política es una prudencia, por tanto una ciencia y un arte, la ciencia que considera al hombre como ciudadano y el arte que mira a estrechar, por consiguiente a trabar más, a hacerla más sólida y tangible, la convivencia, o lo que es lo mismo, la sociabilidad. Cada día se hace más difícil estar solo porque cada día dependemos más, y con extremos cada vez de mayor necesidad, los unos de los otros. Lo cual, por otra parte, es ya práctica constante en el orden internacional. Esta ciencia y este arte forzosamente suponen un orden racional, un concepto del hombre, una doctrina, y, además, una experiencia, por tanto una conciencia histórica de nuestras capacidades y aptitudes, por consiguiente de lo que podemos y debemos hacer. Santo Tomás al definir la política dice que es una prudencia, esto es una ciencia y un arte, ocupada en el bien común. *Prudentia relata ad bonum commune, dicitur politica.*

Todas las sociedades, de cualquier índole que sean, establecen un orden entre sus miembros, orden exterior cuyo fundamento, principio, inspiración y constante referencia es un orden interior, el cual no puede

ser otro que el orden racional. Los comunistas no sólo pretenden ser racionales, sino los únicos racionales. Y que nos equivoquemos nosotros, según ellos, pase; pero, como quiera que sea y con todo y estar equivocados nosotros, los de la sociedad burguesa, nos imaginamos estar con la razón. Lo cierto es que, y esto es verdad muy clara desde los griegos, el mismo error es un aspecto, voluntaria o inconscientemente, deformado, de la verdad. No existe el error absoluto, como tampoco el mal absoluto. El mal que hacemos lo tenemos transitoria, o interesada, u obstinadamente, como el bien. Los errores y el mal requieren, para ser rectificados, una conciencia limpia y la asistencia de la autoridad. Que ésta se equivoque, es muy cierto, lo que ocurre muy frecuentemente. El concurso de los demás, el don de reflexión, la humildad, tienen que entrar en juego y ser, por consiguiente, materia de sociabilidad.

Y el delincuente habitual, que es el que hace más daño porque comete más desmanes, y con sobrada malicia, o sea con una especie de prudencia, por tanto con una ciencia y un arte de mayor eficacia, según sea aprovechada la experiencia y la inclinación de aborrecimiento del semejante, se aparta voluntariamente del orden social, de los principios racionales de universal consenso, burla a la autoridad, hace mofa de las leyes y se sustrae de la vigilancia de la policía. Aguza tanto su ingenio el delincuente y pone a contribución toda su industria, adiestra cuidadosamente sus habilidades y aprovecha en los mínimos pormenores la buena fe y el descuido de los demás, que no sin razón pretende cometer el crimen perfecto. ¿No han hablado algunos, al considerar las reprobables maquinaciones, por otra parte bien llevadas a la práctica, de los delincuentes,

de ser la ejecución de un crimen una de las bellas artes, así puede ser de perfecta y acabada la forma de dañar? Esta prudencia dedicada tan tesoneramente al mal y que manifiesta penetración psicológica, conocimiento, por tanto, del hombre, uso y abuso de medios intelectuales, desplante, sangre fría, cálculo, tino en las probables reacciones de los escogidos para el asesinato o para el robo, mueve e incita por todo esto a los buenos, a los encargados de la defensa del orden, a la policía, a los legisladores, a los jueces, en una palabra al Estado y a los ciudadanos todos. Y los mueve e incita a una prudencia más cabal y, por supuesto, más recta, incansable e indeficiente.

El error puede ser rectificado, y fuerza es que lo sea, por más obstinación puesta por el hombre en sostenerlo, defenderlo y justificarlo, y lo mismo puede decirse del daño moral o de la injusticia. La injusticia, a sabiendas de que es causa, producida por nosotros, de detrimento grave de las personas, supone en los inicuos un regocijo grandemente anhelado y, por esto, grandemente, también, reprensible.

Con todo esto, no hay inquina que no pueda ser vencida. No existe, por consiguiente, el hombre fijo, sin variación posible, en el error; ni mortal definitivamente, y por siempre jamás, anclado en el mal e inamovible en él por el peso de sus iniquidades. La vida es superior a la muerte y la verdad aniquila el error y deshace la mentira. El bien, por otra parte, y la sentencia es de San Pablo, aniega, ahoga, vence al mal. *Vince in bonum malum*, dice.

¿Y hasta qué punto, interesa preguntar, es cosa nuestra, de nuestras acciones y omisiones, la presencia del error, de la mentira y del mal, y su influjo corrosivo y degradante, que anula, o cuando menos entorpece, la calidad genuina del hombre, su humanidad, por tanto? El criminal, el delincuente, el desaprensivo, el inculto, el que reviste a su animalidad, pero para enfurecerla y no para domarla, de la industria y de la sagacidad, de la malicia y de la penetración de la inteligencia, ¿no es como una creación nuestra en razón de nuestra pereza, tolerancia, falta de hombría, retraimiento, olvido del deber, egoísmo y ausencia del sentido de comunidad? El delincuente es un enfermo, dicen muchos y es verdad en gran parte; enfermo al cual no le es imputable del todo una completa responsabilidad. Esta habrá, ciertamente, que compartirla con él por en cuanto que hemos puesto nosotros algo positivo en favor del crimen al descuidar nuestros deberes, tanto los individuales como los familiares y los cívicos, y, también, los del orden internacional.

El hombre inhumano, trátese del delincuente, del que desprecia en su propia persona la calidad de la inteligencia y de la libertad, del que se hurta a los requerimientos mínimos del deber, del que asesina, del doctrinario aferrado casi invenciblemente a sus ideas y con extremos de una urgencia, perentoria en muchos casos, de llevarlas a la práctica imponiéndolas, si es preciso, por la fuerza bruta e indiscriminada, no cabe duda que es testigo de una sociedad y su testimonio no puede dejarnos indiferentes. O hacemos luz para disipar las tinieblas del error, o nos quedamos sumidos en las sombras de un silencio ignominioso; o dilatamos el bien y procuramos que sea el alimento de vida de todos, o nos convertimos en colaboradores de la degradación y crecemos nosotros mismos en el vigor de la maldad y de la bajeza. El testimonio de los que se apartan de la ley

positiva, en el caso de que la ley sea, en efecto, lo que debe ser, esto es, un ordenamiento racional, y de la ley, todavía más general, y, en razón de esto, más vecina de la naturaleza humana, impresa en la conciencia de cada quien y que se identifica con la ley eterna, nos mueve a ahondar en la verdad y en el bien y responder con la una y con el otro al que yerra y al que delinque, a fin de traerlos a la luz y de hacerlos rectificar su conducta; y nos mueve, también, a restablecer, por otra parte, en la sociedad, el equilibrio de la inteligencia y de la libertad; en una palabra: a restablecer la armonía del hombre consigo mismo y con la sociedad, o sea a restablecer el imperio amoroso de la justicia. El testimonio de los que se equivocan y de los que cometen daño nos fuerza a robustecer las defensas de la sociedad, las cuales no pueden ser otras que la luz de la verdad y la práctica de la justicia.

Son las desviaciones lo que nos hace apreciar la rectitud. Es la caída lo que nos incita a levantarnos. Es la enfermedad lo que nos concita a desear la salud. Uno de los motores de la historia es el pérfido, el perverso, el de la verdad a medias, el cobarde, el iletrado, el tonto de empuje, el obstinado en el error y, ante todas cosas, el hombre diabólico, o sea el que se empeña descarnada, cruda y cruelmente, con decisión, constancia y gravedad, en llevar al cabo, y en todas sus consecuencias, lo que postula ese error y, valido de su poder político, cuando lo tiene. Sabemos, de antemano, que no somos perfectos y que, no obstante ser aptos para la verdad, no la vemos, o no queremos verla o, viéndola, no la asimilamos haciéndola, por consiguiente, nuestra. Sabemos, de antemano, que amamos el bien, que buscamos la felicidad, que nuestra felicidad consiste en

llevar a feliz efecto el ejercicio armónico de nuestras potencias y facultades, que nuestro destino no es otro que el de acrecentar y amplificar la persona para ser más nosotros mismos, para tener, por tanto, más conciencia de la especie y para acercarnos a ésta en una mayor intimidad, justamente para tener presentes a todos los hombres y trabar con ellos relaciones de genuina amistad. Y, pese a lo cual, sabemos que cometemos injusticias, y esto con nosotros mismos, con nuestros allegados, con nuestros prójimos más próximos y con todo el género humano. Y si la civilización se impone y si la cultura subsiste; si el hombre, por fin, es amigo del hombre y si se multiplican y ensanchan los caminos por donde habremos de hallar y encontrar más suma de humanidad, esto se debe a que prevalecen por nuestros designios, sostenidos muchas veces con heroísmo, las fuerzas del bien contra las del mal.

Y el que falla por debilidad congénita o por propósito deliberado nos despierta y provoca a afianzar y reforzar el bien. Por esto, en cierta forma, es laudable el delincuente, lo que no quiere decir otra cosa sino que éste nos pone en el trance y oportunidad de sacar el bien del mal. El espíritu tribal, los clanes, las castas, los nacionalismos agudos, el fetichismo, la hechicería, el politeísmo, el racismo, las guerras de dominio, la colonización, en una palabra el error y la voluntad de dañar, los crímenes y la actividad depredatoria, nos han servido justamente para que el bueno sea más agudo que el pérfido y más inteligente que el obstinado y más amigo del hombre que el falso redentor. El error, destruido, da fuerza a la razón; el mal, vencido, hace más universal el bien. La condición humana, trátese del bien o del mal, nos coloca en la ocasión de

aprender, de rectificar, de tener memoria, de aprovechar la experiencia, de ser mejores y progresar. Los códigos son perfeccionados por los delincuentes y los códigos significan normas, instituciones, garantías, confianza, tratos y contratos entre particulares que el poder público sanciona y protege, correspondencia entre la justicia y el derecho, civilización y cultura y relaciones íntimas entre éstas ambas a dos cosas a la vez. El malhechor nos pone necesariamente sobre aviso y, si nos hace maliciosos, nos lleva también a la práctica de pedir protección a la autoridad para, al amparo de ella, vivir en la tranquilidad de la paz. La paz social adquiere una forma jurídica, que es la igualdad ante la ley. Supone esta forma jurídica la universalidad de los principios de convivencia, la comunicación de esos principios, por tanto la aprobación de ellos por cada uno de los ciudadanos, de resultas de lo cual se establece en la sociedad la igualdad, conviene a saber la homogeneidad de la cultura y la asistencia vigilante del Estado, la cual tendrá el efecto saludable de hacer que esos principios sean normativos y nos inspiren a todos el trato de iguales. El malhechor siente repugnancia por las normas. Fabrica las suyas propias con su imaginación o con sus manos y, si es ideólogo, y si a su ideología agrega el ardor del poseído y la malevolencia del que aborrece el orden y la tradición y el producto histórico de ese orden y de esa tradición, el cual no es otro que el hombre, entonces es más temible y de una más formidable capacidad de destrucción que el que mata y roba y que el embaucador, por otro nombre demagogo o politicastro.

Delincuentes, malhechores, malos hombres, intelectualoides, espíritus aberrantes, aborrecedores de la

especie, todos por igual nos fuerzan a reducir, neutralizar, contradecir, deshacer y anular su maléfica acción y, lo que es más importante todavía, nos fuerzan a rectificar nuestra propia conducta, a ver, en ellos, desfigurada la faz del hombre, lo cual debe significar un clamoroso llamamiento a nuestra conciencia de civilizados y cultos, si lo somos, si queremos serlo, a fin de que cumplamos con nuestro deber de mantenedores, sostenedores, propagadores, perfeccionadores de la justicia. No hay que olvidar que el hombre culto siempre está en vías de hacerse tal, de concretar en su persona el feliz concierto de las facultades humanas, de constituirse, por consiguiente, en el representante de una cultura, de manifestar esas posibilidades, nunca cabalmente hechas realidad, nunca, por tanto, satisfechas del todo, de que son perpetuamente capaces el ingenio, por una parte, y la libertad, por otra, del hombre. La cultura, o sea el conjunto de las cosas buenas y nobles que la especie ha sabido hacer prevalecer como muestra de su voluntad de subsistir y de mejorar los modos usuales de vida, es algo que se avecina en el hombre, que se convierte en sustancia de él, que lo acompaña siempre y que lo ha trasmutado, de su condición de estar prendido a la Naturaleza, a la de enseñorearse de ella y a la de ser, a fuerza de usar su libertad, y ensancharla, el creador de nuevos modos, de prácticas humanas, de instituciones más benéficas y de entendimientos más profundos, más estables, más sólidos y universales.

Los malhechores siendo, y con más tino destructor los ideólogos que los asesinos, elementos de discordia, de retroceso, de envilecimiento y de barbarie, tienen la utilidad de ponernos a reflexionar y de despertar, manteniéndola siempre activa, nuestra voluntad

de ser mejores y de trabajar con el ejemplo propio, con la generosidad debida y con los instrumentos idóneos, en favor de la universalidad de la cultura y de la comunicación de los bienes que ella supone.

Malhechores, y en grado subido, con malicia grande, diligencia incansable, malevolencia constante, insidia penetrante, fiel aborrecimiento a la tradición cristiana, complicado aparato científico pretendidamente contundente, equívoco hábilmente aprovechado de verdades a medias, fueron, para Vasconcelos, estos dos judíos, Marx y Freud, los cuales por ellos mismos, por su valía intelectual, la fuerza corrosiva de su razonamiento, la malversación de los valores judeo-cristianos de Occidente, la irrefragable voluntad de dañar de una parte, y, de otra, por las carencias de los cristianos, su infidelidad, su dura cerviz, su afición a buscar el cebo de la ganancia, su inhumano trato para los de abajo, su canalla práctica de usar las cosas santas para el propio provecho, su apego a los bienes temporales, mudaron los rasgos de la justicia y han precipitado al mundo a la aberración que, en muchos aspectos, consiste en un retorno a la animalidad, la cual es tenida por ellos, Marx y Freud, como el carácter prístino y genuino del hombre.

Vasconcelos decía ser de urgencia perentoria tomar de este par de malhechores, para restituirla a su verdadero estado, la imagen del hombre despojada por ellos, a pretexto de verdades científicas indubitables y de un pretendido auténtico humanismo, no sólo de su semejanza con Dios, sino de su filiación divina y de las relaciones concretas que impone a toda la especie la Redención, que es decir el orden augusto de la gracia.

No existe el menor asomo, al censurar la obra nefasta y vitanda de este par de judíos, extendida tan des-

mesuradamente en el pueblo y muy puesta de raíz en la cabeza y en el corazón de muchos intelectuales, de antirracismo y de antijudaísmo. Bien sabemos nosotros que Israel es el pueblo escogido cuya misión fue y es la de dar testimonio del único Dios verdadero y de sus obras; bien sabemos nosotros que Nuestro Señor es de raza judía y que los católicos, como asentaba Pío XI, somos los continuadores de los judíos, no olvidándolos por consiguiente, sino antes por el contrario tomando pie en su historia, en sus gestas, en sus libros sagrados y en su destino. El judío sí es un pueblo racista, razón por la cual se mantiene incontaminado de los defectos, para él, de que adolecen los gentiles y nosotros los cristianos. Pero, a más de racista, de exclusivista, de confinado dentro de los límites de su tribu o de su raza, se ha aferrado, manifestando con ello infidelidad a su misión de ser el fermento del mundo y de dar testimonio del Mesías, a los ritos, a las fórmulas y a las ceremonias. Pero hay más todavía y es su desdén o su odio a lo católico. El Padre Daniel, judío polaco, benemérito, antes de convertirse al catolicismo y de acceder al sacerdocio, de la salvación de innúmeros judíos a la sazón de las persecuciones del hitlerismo, fue a Israel con la intención de obtener la nacionalidad israelí, la cual, y esto sucedió a mediados del año de 1963, le fue negada por cuatro de los cinco votos de la comisión que conoce de estos asuntos. Al judío descreído, al protestante, al ateo, al masón, se le concede la nacionalidad israelí, pero no al católico, ni menos si es sacerdote. Y el judío, pese a ostentarse libre de "prejuicios" y decirse, por tanto, irreligioso o antirreligioso, o sencillamente indiferente, pero por el solo hecho de ser judío, trae en su constitución íntima, en sus propensiones de arraigo secular, en su "subcons-

ciente", para emplear una expresión cara el judío Freud, un sedimento anticristiano del que no puede desprenderse y que, en una o en otra forma, manifiesta, aun sin quererlo. Marx era judío. Freud también. Y este par de malhechores, como se complacía en calificarlos Vasconcelos, son los obreros más diligentes de la desazón intelectual, moral, política, que en la hora presente vive el mundo en lo individual y en lo colectivo.

Necesitamos limpiar la faz de Cristo de las inmundicias con que la han afeado los que lo desconocen y aborrecen; necesitamos recuperar la verdad católica que desfiguran y corrompen las sectas, los políticos, las doctrinas inhumanas. Los secuaces de éstas, por otra parte, tienen la avilantez de postular y predicar un humanismo, que aseguran ser el único verdadero.

Todo hombre que sufre y padece es para nosotros la imagen y representación de Cristo. Si le negamos el agua al que pide apagar su sed se la negamos a Nuestro Señor, y ésta es sentencia que hallamos en el mismo Evangelio. Existe, debe existir entre todos los hombres una comunidad, la posesión de un mismo bien, la identificación amorosa con todos en una conciencia clara de igualdad. Y esto, a causa de la elevación a que hemos sido llevados por la Redención. Es del interior del hombre, de la intimidad misma de su ser, de la raíz profunda y última de su sustancia, de la renovación, por tanto, de su naturaleza, que es en lo que consiste la gracia redentora de la filiación divina, de donde ha de proceder su ser de cristiano. Las instituciones lo ayudan, así como el ejemplo de los santos y la asistencia vigilante de la autoridad de la Iglesia; pero es él, su conciencia de hombre, su vecindad con Dios, su acercamiento a los otros hombres, su inteligencia y su libertad, él en suma y la gracia que lo acompaña, el elemento activo, y, al mismo tiempo receptivo, de su perfección. Esta perfección entraña, de necesidad, la comunicación, para dar y recibir, con los demás. Todos somos miembros del que es cabeza, conviene a saber Nuestro Señor.

A esto los comunistas oponen la metafísica de Marx, la cual, a diferencia de la de Aristóteles, excluye el discurso, o sea el movimiento de lo más conocido a lo desconocido, consecuencia o conclusión del razonamiento. La metafísica marxista consiste en postulados, axiomas, principios, afirmaciones sin fundamento racional, con todo y la dialéctica del materialismo, la cual es fantasía pura. La metafísica marxista es un dogmatismo caprichoso y enteramente gratuito, creación literaria en suma, obra de imaginación y, en el fondo, perfidia judaica. Pero si esa metafísica no es producto de razonamiento ni conclusión lógica, manifiesta un sedimento de la revelación judeo-cristiana, lo que prueba a la clara la deformación de los atributos de Dios y de la potencia creadora. "Desde el punto de vista metafísico —dice Claude Tresmontant en *Notes sur le christianisme et le non-chrétiens*, pág. 191—, el marxismo y el cristianismo se oponen radicalmente. El marxismo atribuye a la materia, al mundo, a la evolución cósmica, los caracteres mismos de lo Absoluto. El mundo es increado, eterno, imperecedero. Existe por sí mismo. *Durch sich selbst sein*. El proceso cósmico, el devenir del mundo es una autocreación (*Selbsterzeugung*). El hombre ontológicamente se basta a sí mismo, *selbst standing*, no debe su existencia a ningún otro ser, no existe por consiguiente por la gracia de otro. La materia, escribe Engels en la *Dialéctica de la Naturaleza*, existe eterna-

mente y produce por sus propios elementos todo lo que saldrá de ella: la vida y la conciencia La materia se mueve en un ciclo eterno. La Naturaleza toda entera se mueve en un flujo y en una circulación eterna. Eternamente la materia produce la vida y la conciencia".

"Estas tesis primordiales de la metafísica marxista evidentemente no están fundadas en ninguna ciencia real ni posible. La ciencia positiva, como tal, describe y analiza el proceso cósmico, la estructura de la materia y la estructura de los seres vivos, descubre las leyes de lo real, objetivamente analizado. Pero ninguna ciencia actual o posible nunca podrá decirnos que la materia existe por sí misma, que es autocreadora, que el mundo existe por sí mismo y que es autocreador, que la materia produce, en virtud de sus propios elementos, estas síntesis, grandemente complicadas, a las que es arrastrada. Estas tesis no son científicas, sino metafísicas, y estas tesis metafísicas no descansan sobre ningún fundamento que hallemos en la experiencia o en la razón. Son, por consiguiente, desde el punto de vista filosófico y racional, que es aquí el nuestro, puramente mitológicas".

Nuestras carencias de cristianos, de las que, por supuesto, no obstante padecer de las naturales flaquezas de la carne y de los no menos naturales desfallecimientos del espíritu, somos culpables, han llevado, aventada con prontitud, y a veces con violencia, al paso de nuestra infidelidad, la semilla de las ideas cristianas a campos inadecuados donde sólo dan frutos amargos, como son el naturalismo y sus variadas modalidades, tales las que obstinadamente nos hacen ver Marx y Freud. Y aun se da el caso singular de que la sed de la verdad

y los requerimientos de reforma moral, de que la necesidad de renovación de este hombre viejo que somos los cristianos infieles, sea cosa más manifiesta en los descreídos y ateos que en los católicos. La palabra de Dios es luz, vida, vigor, paz, reconciliación, justicia, posesión de sí mismo, exaltación concertada de la naturaleza humana, en una palabra divinización del hombre. El cristiano no puede menos que tener en todo hombre un hermano, nunca un desconocido, tampoco un ser indiferente, menos aún un esclavo.

"Revestíos de la armadura de Dios para resistir las insidias del enemigo malo". *Induite vos armaturam Dei ut possitis stare adversus insidias diaboli.* (Eph. VI-11). A fin de dar ejemplo, de manifestar, por tanto, que somos cristianos y para no merecer vituperio ninguno y que digan que no valemos nada porque Nuestro Señor no es nadie, habremos de hacer ver el valor del cristianismo y lo que es la Revelación y el magisterio de la Iglesia, y el testimonio de los santos, todo esto "por medio de la palabra de verdad, de la fuerza de Dios, de las armas de la justicia blandidas a diestro y siniestro". *In verbo veritatis, in virtute Dei, per arma justitiae a dextris et a siniestris.* (Corin. 2-VI-7). "Nuestra fuerza no es del orden temporal; no es del cuerpo, de los sentidos y de las cosas que destruyen estos sentidos, sino del poder de Dios, con lo que echamos por tierra las fortalezas de los falsos razonamientos y del orgullo". *Nam arma militiae nostrae non carnalia sunt, sed potentia Deo ad destructionem munitionum, consilia destruentes.* (Corin. 2-X-4). "La noche toca a su fin y el día está por llegar. Rechacemos, por consiguiente, las obras de las tinieblas y armémonos con las armas de la luz". *Nox praecessit, dies autem appropinquavit. Abjiciamus ergo*

opera tenebrarum, et induamur arma lucis. (Rom. XIII-12).

No, no es rito, una especie de gimnasia de movimientos poco más o menos calisténicos; no son posturas de meneos violentos, más bien acompasados y suaves, hechos con intención deprecatoria, la práctica del catolicismo, sino colaboración en la obra redentora, la cual debe hacerse todos los días y a toda hora, en nosotros mismos, ante todas cosas, y esto como antecedente obligado para llevarla a feliz suceso en los demás, y, por mejor decir las cosas, en todos los demás. El cristianismo no es forma muerta, sino de vida; no es la cosa ya dada e invariable, sino el ímpetu continuo de renovación y, por tanto, de perfeccionamiento. Es la luz por la que atalayamos, colocados cerca de ella, la verdad insignificante que somos, pero verdad grande, alumbrados que seamos por el fulgor divino. El hombre cristiano no es el que vieron, con mirada aviesa, pero con ansias de renovación, Marx y Freud. La protesta contra el orden idealista de Hegel, orden que éste en la vida social hace sustentar en la autoridad civil, y puede decirse ahora que en la autoridad totalitaria del Estado, y la protesta rabiosa contra el régimen de producción de la riqueza, son en el fondo, en uno y en otro caso, la protesta de Marx contra la disminución de la dignidad humana. Y habrá que convenir en que esa protesta es una reacción inspirada en la mentalidad judía, o sea mesiánica, contra la existencia del mal, que en el caso es la injusticia social y el orden policíaco, de represión inhumana, que mantiene esa injusticia. Y todo esto es una deformación de la auténtica idea judeo-cristiana. Freud, por su parte, quiere volver a la pureza primitiva del hombre, a la ausencia de malicia, a la actividad, sin

cortapisas psicológicas y, sin impedimentos físicos, del instinto, a la pureza de la animalidad porque en el animal no se dan las enfermedades mentales. Y esto es una deformación de la tradición bíblica del paraíso.

La espontaneidad de los primeros movimientos del instinto se identifica en el psicoanálisis con la naturaleza cabal y, por tanto, con la naturaleza limpia del hombre. Es la conciencia del estado paradisíaco, estado en que la rectitud de la inteligencia, de la voluntad y del instinto constituían la perfecta unidad del hombre. La exaltación de la edad infantil, edad en que todo es pureza y genuina autenticidad, esto por una parte, y, por otra, el retorno a ella como remedio a la enfermedad, que es la cultura de que nos enorgullecemos tontamente, además, muestran en Freud la huella profunda de las ideas bíblicas, por supuesto traídas a mal traer.

Marx de su lado postula una edad de oro, la cual siendo una como reminiscencia del paraíso terrenal, no es en su mente una vuelta a lo pasado, sino una visión de lo porvenir y un augurio, dizque inspirado en motivos científicos, de la sociedad perfecta. Su conversión en estatua de sal, o sea su retraso, su salto atrás, su petrificación y degradación, están en su materialismo, en la desmedida exaltación del instinto, al que, por otra parte, le concede una confianza de universal acierto. Y esto es un retorno al instinto certero de la bestia. La bestia, precisamente por esta calidad infalible de su instinto, no requiere autoridad exterior. El látigo sólo se ve en los circos en los números de las fieras amaestradas. La sociedad, según el "descubrimiento" o, por mejor decir las cosas, según la imaginación de Rousseau, era la empresa de corrupción y de degeneración del individuo. Marx le da a la sociedad el nombre de

burguesía, y esta burguesía es la que ha hecho del hombre un esclavo, la que lo ha mudado en su ser, enajenándolo, alienándolo, dice él.

En el paraíso las aptitudes y capacidades para todo tenían que ser comunes. Sin duda que se podía ser agricultor, menestral, aficionado a la filosofía, artista, productor de riqueza y beneficiario de ella, pensador, viajero, cazador. A cada quien según sus gustos y necesidades y esto sin constreñimiento, sin disciplina exterior, por consiguiente. La conciencia de pertenecer a la comunidad bastaba. Esta conciencia no podía menos que ser de una rectitud indeclinable. Y lo mismo tendrá que venir a consecuencia de los requerimientos del progreso. Que sea una superestructura el progreso, proyectada, necesitada, hecha real, sin dilación y subterfugio, por la estructura, no quita que los más conscientes de entre los hombres apresuren la modificación de la sociedad en sus procesos económicos a fin de que éstos, ya aptos para la sociedad sin clases, hayan extirpado de raíz la propiedad privada.

Los que de hecho son semiletrados y pretenden tenerse por letrados cabales, informados, por tanto, y dueños de una inteligencia avisada y aguda, se han apoderado de la terminología de Marx y de Freud. Estos, en realidad de verdad, son, respecto del pensamiento occidental, una variante cuyo contenido filosófico y científico no deja de ostentarse infantil. Su fuerza de persuasión, dejando a un lado a los semiletrados y a los que de hecho pensado toman las ideas de estos judíos como instrumento de venganza contra la sociedad, radica en la inspiración judeo-cristiana, ó sea en la religión de Occidente. Pecan los semiletrados de presumidos y de ingenuos, siendo ignorantes y, descubridores

imaginarios, en realidad de verdad, de razones, no vistas por nadie antes de ellos, se manifiestan gratuitos afirmadores y dogmáticos sin derecho a ser creídos. Rechazan la religión y toman de ella lo que ella abiertamente declara fuera de la razón, conviene a saber las verdades reveladas. La lógica tradicional ha dejado de ser el instrumento del discurso, de resultas de lo cual no la aceptan, según ellos, sino los retrasados, apegados, por otra parte, a formas muertas. Para los marxistas los que no siguen a Marx y no admiten, por consiguiente, su dogmatismo, son contrarrevolucionarios, enemigos del pueblo, fascistas y nazis, ya no digamos burgueses, calificativo éste genérico para los que se oponen al advenimiento de la sociedad sin clases. Para Freud el hombre es un enfermo y la cultura una enfermedad de la que se alivia, por supuesto, por medio de la ayuda del terapeuta, o sea el psiquíatra, el cual tiene por oficio eminente el de despertar, para traerlo a nuestra propia vida, lo inconsciente, que es justamente lo que hemos rechazado a causa de las deformaciones impuestas por la civilización y la cultura.

En el marxismo y en el freudismo existe una algarabía consistente en un "trapecismo" verbal, juego de equilibristas, de cirqueros y de gimnastas de exhibición.

Romanticismo, esto es la imaginación desbocada, el capricho, por tanto, de "la loca de la casa", el seguimiento del primer impulso, la aceptación de las corazonadas, lo irracional en suma, lo exento por consiguiente de disciplina, tanto intelectual, como moral y política. Los románticos poseen una imaginación creadora y creen a pie juntillas que todo lo que imaginan es real y verdadero y, de no serlo, empeñan su palabra de

que pronto lo será. La malevolencia de los burgueses y la pesadez de una injusta estructura social han deformado, según los románticos Marx y Freud, románticos pese a sus pretensiones de científicos, al hombre. Hegel, maestro de Marx, es un romántico. Sus tríadas y su dialéctica tienen que ser reales, y esto por declaración propia, por imperativo de su imaginación creadora. Más todavía; la realidad tiene que obrar dialécticamente y ser, primero, tesis, luego antítesis y, finalmente, síntesis. Marx es otro imaginativo que, en fuerza de su imaginación, desatada y arrolladora, corrige a Hegel. Freud no hace sino imaginar y seguir imaginando. Se olvida de lo que imaginó ayer y sus imaginaciones de hoy son las válidas. Cuando quiere poner concierto en lo que ha dicho con lo que afirma ahora, incurre en contradicciones, lo que no le importa. Rousseau era romántico. La sociedad corrompe al individuo, el cual en su estado natural es de necesidad bueno. El marxismo es una regresión y, en el fondo, un retorno a la animalidad. El freudismo adolece de lo mismo. Marx quiere aprovechar la técnica que ha inventado el animal enfermo y degenerado que es el burgués; pero, no por esto, se sale Marx de la animalidad. En ella instala su sociedad sin clases, sin propiedad privada y sin Estado, pero conserva, y les da nueva vida y mayor impulso, las costumbres animales, conviene a saber el gregarismo, los establos, las porquerizas, las cuadras, los cencerros y, justamente por esto, los látigos de los cabrerizos, los silbidos de los pastores, las picas, gorguces y puyas de los ganaderos, los frenos, lazos, bozales y espuelas de los caballerangos.

Para el marxismo como para el psicoanálisis la unidad primitiva del hombre, que hay que implantar,

es vecina, casi idéntica, a la del animal. La diferenciación del hombre, la cual se resuelve en la clase de los amos y en la de los esclavos en el marxismo, y en el antagonismo de los instintos y de la razón en el freudismo, es cosa artificial. El concierto feliz de la sociedad, por tanto la posesión por parte del hombre, de su verdadero humanismo, consiste en la satisfacción de todas las necesidades, en la ausencia de todo gobierno, por inútil, y en la espontaneidad en todos de obrar siempre en beneficio de la comunidad. El psicoanálisis nos induce a la posesión de nuestra animalidad, lo que no es el estado definitivo. Freud habla de una propensión, natural a todo organismo, de volver al estado inorgánico, al reino mineral. La regresión es tan completa que, mediante ella, lo que es ineluctable, nos convertimos en piedras. Claro que la muerte nos lleva a confundir nuestro cuerpo con la tierra. Pero la muerte no es, para los cristianos, el fin y el acabamiento del hombre.

Dios es la atracción, el bien, el fin de todo el universo. Este, creado por El, salido, como quien dice, de sus manos de Hacedor, de Artífice, de Difusor de la belleza, propende a ir a El, a acercársele para imitarlo y, en el caso de los seres inteligentes, para contemplarlo y anegarse en su luz. Movidas por el ímpetu de perfección, que alienta en lo más profundo de su naturaleza, todas las criaturas pretenden como salirse de sí mismas. La piedra no sólo se fija en su esencia y se inclina a ser más piedra, una piedra totalmente piedra, perfectamente piedra, sino que, saltando por encima de su propio ser, busca acomodo en la sustancia del vegetal. La planta se hace animal al constituirse en sustancia de éste. El animal es atraído por la perfección del hombre

y el hombre, y a ello lo empuja su destino, se ejercita en ser más él, en perfeccionar la especie, en adquirir más personalidad, en brincar por encima del valladar de su definición, para convertirse en un ser cada vez en más estrecha vecindad con Dios. Puede hacerlo y por esto puede cumplir con su destino.

En la jerigonza de marxistas y freudianos se advierte la clara intención de volver atrás, de disminuir al hombre, de convertirlo en animal y de hacerle creer que su destino final es la disolución de su cuerpo, o la muerte, y que su contentamiento y felicidad apenas consisten en la fugacidad de la obediencia al partido comunista, en un caso, y, en el otro, en la satisfacción momentánea de un instinto no reprimido.

¿De dónde saca el marxismo la pretensión de ser "la calidad humana", "la alta capacidad intelectual", "la sensibilidad artística suma", "la actividad social desinteresada", "la alegre obligación de mejorar a los hombres" y "la satisfacción de reducirse a los requerimientos de la ciencia"? Todos dicen querer el progreso. Las religiones todas y todos los sistemas filosóficos, los regímenes políticos también, así ahora como en lo pasado, éstos, por supuesto, de una manera práctica y aun valiéndose de las sanciones, se mueven por la idea de alcanzar la perfección. Haya o no sinceridad en esto, lo que sin género de duda puede dilucidarse con los hechos históricos, es cosa de hacer hincapié e hincar los ojos de la advertencia en la pretensión de los seguidores de Marx de ser el marxismo la única filosofía y la única posible práctica de vida que nos introducen, para no dejarnos salir nunca jamás, en el camino del progreso. Las estructuras sustentadas en la propiedad privada necesariamente falsean ese progreso porque,

además de mutilarlo y de estorbarlo, lo limitan a ser la satisfacción para unos cuantos, satisfacción, por otra parte, solicitada por degradantes torpezas. El hombre inteligente, informado, reflexivo, de aviso, por tanto, de ejecución y de mando, tiene, para los comunistas, de necesidad, que ser comunista. Y con esto, cayendo en una ingenuidad de festivos que ignoran ser festivos, pretenden hacernos creer que ellos, los comunistas, son sencillamente los más inteligentes porque son los que se avienen a los dictados de la ciencia y a los imperativos de la justicia social. Y, una vez más, tenemos el biblismo, la tradición subyacente judeo-cristiana, el profetismo y la inspiración que viene de lo Alto.

El hombre nuevo que anuncia, prepara y fabrica el comunismo, no es sino el hombre perfecto, conviene a saber el que desecha, por nociva, la división del trabajo, el que obtiene satisfacción cumplida en todas sus necesidades, el que, en razón de vivir una plena libertad, hace inútil la existencia de toda clase de gobierno. En la sociedad burguesa, y el juicio es de Marx, sólo unos cuantos pueden ser artistas, o escritores, u hombres de ciencia. En el comunismo, cuando lo haya, y el que practican ahora los rusos, y ellos mismos lo afirman, no es sino una utopía, la cual, por otra parte, obliga a los que la sustentan a ser crueles, los hombres trabajarán de acuerdo con sus gustos y aficiones y podrán, guiados por la conciencia infalible de solidaridad, contribuir a la producción de bienes. La división del trabajo esclaviza y hacerla desaparecer es poner en juego, y sin cohibición de autoridad alguna, sea la pública, que representa a los explotadores, sea la privada, que sólo practica su interés, la espontaneidad de cada quien.

"Hoy en día —dice Maritain, *Marx et son école*, págs. 314-316— el hombre es extraño a sí mismo", "su actividad es su tormento", "su creación propia le parece como hecha por otro..., la relación esencial que lo liga a los otros hombres como una relación pasajera y la separación respecto de los demás... como su verdadera vida; su vida es el sacrificio de su vida... el hombre, dueño de lo que hace, aparece como el esclavo de lo que hace" (Marx, *Cuadernos de extractos*, 1844; Rubel: *L'idéologie allemande*, pág. 327 (*Gesamtausgabe*, I, 3, págs. 536 y sigs.).

"Pero al final, en el reino de la libertad, que es el del hombre cabal o el del hombre divinizado, no trabajaré para vivir porque mi trabajo será mi vida (Cf. ibid. Rubel, pág. 318). La producción, convertida en humana, no será sino una objetivación del individuo *(En mi producción yo objetivo mi individualidad.* Ibid. Rubel, pág. 117; Rubel, pág. 323); en mi actividad y en su objeto sentiré el gozo de reconocerme a mí mismo (Cf. *Cuadernos de extractos*, Rubel, págs. 317-318, *Gesamtausgabe*, I, 3, págs. 536 y sigs.) y en el uso que haga otro de lo que yo he creado, gozaré de "haber objetivado la naturaleza humana, y, por el consiguiente, de haber procurado a la necesidad de otro ser humano su correspondiente satisfacción". Tendré también "el gusto de haber sido el mediador entre tú y la especie humana, por lo mismo de ser reconocido y sentido por ti como un complemento de tu propia naturaleza y como una parte esencial de tu propio ser, lo que equivale a tenerme presente en tu mente y en tu corazón, en una palabra, lo que equivale a experimentar la alegría de haber producido en la manifestación individual de mi vida la manifestación directa de tu vida, y de

haber afirmado, por tanto, y llevado a efecto, en mi actividad individual, mi verdadera naturaleza, mi naturaleza humana, mi ser social" *(Cuadernos de extractos*, ibid., Rubel, pág. 318). Nuestras producciones serán tanto como espejos en que se reflejará "nuestro ser" (ibid.). Me contemplaré yo mismo en un mundo que yo mismo habré creado. (Cf. *La ideología alemana*, 1846; en *Gesamtausgabe*, I, 5, págs. 87 y sig. (Rubel, pág. 331). "Justamente al hacer el mundo de los objetos el hombre se revela en realidad como un *ser genérico*. Su producción es su vida genérica creadora. Esta vida hace que las cosas de la naturaleza aparezcan como *su* obra y *su* realidad. Por esto el objeto del trabajo es *la objetivación de la vida genérica del hombre*, razón por la cual no se afirma ni se niega idealmente, o no se desdobla en la conciencia, sino en la realidad, como creador. De esta suerte se contempla a sí mismo en un mundo que él mismo ha creado". En vez de desenvolverme "de una manera unilateral, mutilada", (ibid., pág. 242 —Rubel, pág. 337—) y ejerceré mi actividad omnilateral y así llevaré al cabo todas mis aptitudes. A fin de llegar a ello (a desenvolver en nosotros una totalidad de deseos), es necesario que el medio ambiente en el que vivimos nos ofrezca la posibilidad de ejercer una actividad omnilateral y de efectuar, de la suerte, todas mis aptitudes. (Ibid., pág. 234; Rubel, pág. 337). Y la transformación del ser humano, la reconquista de sí mismo en su comunión social con otro será de tal naturaleza que "la necesidad o el gozo" habrán perdido "su carácter egoísta" y las cosas de la Naturaleza habrán cesado de ser únicamente útiles, puesto que la utilidad se habrá convertido en *humana*. *(Manuscritos*, 1844; *Gesamtausgabe*, I, 3, 117 —Rubel, 337). Y no solamente el objeto de nuestra actividad productora, sino el mis-

mo objeto de nuestros sentidos habrá sido transformado y será convertido en una pura objetivación del hombre en su ser social. "Cuando el objeto se convierte para el hombre en un objeto *humano*, en una como prolongación de su individualidad, es cuando el hombre no se pierde en el objeto" (ibid.). "La supresión de la propiedad privada es la *emancipación* completa de todos los sentidos y de todos los atributos humanos, y la emancipación existe precisamente porque estos sentidos y estos atributos se han convertido a lo *humano*, tanto subjetiva como objetivamente. El ojo se ha hecho ojo *humano*, de la misma manera que su objeto se ha hecho un objeto social, *humano*, un objeto que viene del hombre y es destinado al hombre. Los *sentidos* se han vuelto directamente, en su ejercicio, órganos teóricos. Guardan una relación con la cosa en razón del amor a la cosa. Pero la cosa es una relación *material y humana* con ella misma y con el hombre y viceversa" (ibid. —Rubel, 324). Todo esto quiere decir que Marx esperaba de la Jerusalén comunista, en que el hombre divinizado se revela a sí mismo, una tal plenitud humana que los sentidos y el trabajo se habrán convertido en los sentidos y en el trabajo de una especie de cuerpos gloriosos de una escatología materialista, gozando a la vez en la comunión de sí mismos, la autonomía y la pura generosidad de su esencia genérica al fin reconquistada, o, por mejor decir las cosas, creada por sí misma". Hasta aquí Maritain.

Todo esto de creación de sí mismo, de exaltación del yo, de transparencia de la conciencia, de identificación, en la vida social, de todos los hombres y de su igualdad, no sólo de naturaleza, sino de aptitudes, y de la satisfacción adecuada de todas las necesidades, re-

quiere, para ser, para continuar siendo, y para perpetuarse, de la supresión de la propiedad privada. Esta supresión es como la palabra mágica, como el *Sésamo, ábrete* de los cuentos de hadas, como el endiosamiento súbito de toda la especie. Y, en realidad de verdad, es el sedimento de la tradición judeo-cristiana, deformada por la ignorancia, por la perfidia, por la imaginación creadora de Marx, y, por supuesto, y principalmente, por la omisión, retraimiento, doblez, infidelidad y vileza de los cristianos que hicieron del mundo en que se movían un mundo cristiano, pero, sólo de nombre.

El materialismo marxista, en sus postulados pretendidamente científicos, es ingenuidad e ignorancia. Marx pretende volver al realismo. Este es indispensable a la inteligencia por serle, según él, connatural. El realismo comprende, por consiguiente, todo lo extramental y todo lo extramental, en el medio en que se mueve el hombre, que es, como decían los antiguos, este mundo sub-lunar, es materia. La materia, dirá Lenin en *Materialismo y empiriocriticismo*, es todo lo que existe independientemente de nuestra conciencia. La conciencia es una modalidad del hombre y el hombre es materia organizada, el producto, necesariamente, de una evolución. La materia dotada de conciencia es una materia de *primera clase*, una especie de materia aburguesada, para emplear una expresión, por otra parte despectiva, de los comunistas. Esta materia organizada en el aspecto consciente —el árbol es una materia organizada, fija en un punto de la evolución y que no ha llegado, ni llegará, al conocimiento— puede influir en la materia de *segunda*, que es el conjunto de todas las cosas, o sea el mundo exterior, la realidad, lo ob-

jetivo, lo extramental. La sociedad ha de ser, para los comunistas, la sociedad sin clases; estas clases, de existir, como de hecho existen en la sociedad burguesa, quieren decir esclavitud, clases dominadoras, esclavizantes, por tanto, y clases dominadas, "explotadas", de esclavos, los cuales y en esto está la salvación del hombre, algún día tendrán que rebelarse. *Trabajadores de todos los países, uníos.* Las clases, con todo esto, las admiten los comunistas en la constitución del universo. La materia de *segunda*, en perpetua agitación, agitación que mueve todos los elementos de la Naturaleza, ha producido, mediante el proceso de evolución, la materia organizada que es el hombre, tanto el burgués como el proletario, y esta materia organizada es la materia de *primera*, la que domina y reduce, por consiguiente, a su servicio la materia en general, la materia-objeto, la materia-mundo, la materia extramental. Los hombres de carne y hueso son materia. Esta materia es, primero, la última fase de un proceso evolutivo, y, después, vistos esos hombres como elementos de la sociedad, que es decir como materia consciente, depósito de ideas y capacidad de reacciones, fuerza de trabajo y, por tanto, de transformación de las instituciones económicas, el resultado, la creación de sí mismos. "El modo de producción de la vida material condiciona la vida social, política, intelectual en general. No es la conciencia de los hombres lo que determina su existencia, sino por el contrario, es la existencia social lo que determina su conciencia". (Marx-Engels: *Materialismo histórico*, Rubel, 73). Nos dicen los comunistas que el hombre crea la economía y que la economía crea al hombre.

La materia burguesa que es el hombre, materia

escogida, explotadora, esclavizante —escogida por casualidad en el proceso evolutivo de la materia en general, explotadora y esclavizante de esa misma materia— es producto, aun en sus ideas y propósitos de ventaja y de obtener frutos y provechos, de la materia de *segunda*, que es todo lo extramental, y es requerimiento y creación de su obra de esclavizador de la materia. El hombre, materia de *primera*, hace a la sociedad porque la sociedad es producción de bienes económicos y él tiene un modo de producirlos, por consiguiente un modo suyo exclusivo de hacer de la sociedad una imagen y semejanza suya. Pero, por otra parte, no es la conciencia lo que es causa de la vida social, sino la vida social causa de la conciencia.

Pobreza intelectual, ingenuidad, novela, contradicciones, todo lo cual, precisamente por falta de información, cae en lo arbitrario. Lo que se opone al marxismo es siempre, para los pensadores comunistas, la reacción, el atraso, el apego a formas muertas, la contrarrevolución, en este último caso el designio firme, a veces belicoso, de conservar los privilegios de explotación y mando.

Un remedo del cuerpo místico es el concepto de humanidad de Marx. Para él el hombre está sujeto a la historia, a la historia como entidad consciente, la cual se mueve indefectiblemente hacia la perfección y el progreso. No existe el hombre individual, o sea la persona. Existe sólo el hombre social, la parte, nunca, en ningún momento indispensable, del todo que es la comunidad. Y en espera del comunismo donde encajará en perfecto ajuste el individuo para que éste no sea sino el colaborador activo de la grandeza de la sociedad sin clases, se tiene el partido comunista, el cual

piensa, y piensa infaliblemente, por todos. La Iglesia habla del Cuerpo Místico, del que cada cristiano es miembro y lo es con más conciencia y, por tanto, con más unidad al paso del perfeccionamiento de su persona. No se desvanece el individuo; por el contrario se ensancha y amplifica, adquiere más valor y dilata su capacidad.

Marx dice: "El ser humano de la Naturaleza no existe sino por el hombre social, puesto que es en él, en el hombre social, donde esa naturaleza existe para servir de lazo en el hombre... La sociedad es, por consiguiente, la consubstancialidad del hombre con la Naturaleza. Lleva a término la verdadera resurrección de la Naturaleza, el hecho del naturalismo del hombre y del humanismo de la Naturaleza". (*Obras Completas*. París, Costes, 1937, VI, 26).

Una vez más estamos ante la imaginación, las afirmaciones gratuitas, el estrujamiento y manoseo de las ideas y lo que no podía faltar, o sea la novela.

Freud con más regocijo que Marx, como con un brío de alcanzar mayor complacencia, busca afanosamente, que es tanto como decir que incansablemente, deturpar los principios cristianos y hacer mofa de ellos. Marx aprotestantado, y luego descreído, no conoció del cristianismo, al decir de muchos de sus críticos, otra cosa que el impulso del protestantismo hacia la posesión, multiplicación y conservación de la riqueza. Que los católicos de su época, al fin tocados de liberalismo, y concretamente de liberalismo económico, hayan caído en la torpeza de querer ser cebados por la ganancia y de querer enriquecerse, por tanto, a costa de los salarios de hambre, haciendo valer algunos la idea de que los padecimientos de aquí abajo tendrían su compensa-

ción en la felicidad sin límites de la otra vida, es cierto y muy cierto. Hubo necesidad de que León XIII recogiera las inquietudes del mundo de los trabajadores, de las que tan ampliamente, aunque desviadamente, se hiciera eco, antes de él, el mismo Marx, para que los católicos dejasen de escudarse en la ley de la oferta y la demanda de trabajo, ley que tenía que ir necesariamente contra el débil favoreciendo en extremo al fuerte, tanto más cuanto que se tenía apartado al Estado, al cual se le negaba el derecho de intervenir justamente para que no estableciera la equidad. La *Rerum novarum* nos enseña que el trabajo no es mercancía y que el fruto de él, por razones de justicia, tiene que concertarse con la dignidad humana. De esta dignidad tiene cura y salvaguarda el Estado y esto, en realidad de verdad, y trátese de economía o de lo que fuere, es su principal cometido y su oficio de todos los días y de todas las horas.

Ama a tu prójimo como a ti mismo. Esta sentencia evangélica Freud la tenía como ineficaz y como muestra de orgullo y presunción. Para él era preferible decir, y por supuesto practicar, aquello de "ama a tu prójimo como él a ti". Con lo cual silenciosamente pretendió ser el censor acabado, el censor que, por tanto, decía la última palabra, la palabra que no consiente ni admite réplica, de los principios cristianos.

El fundamento del psicoanálisis es el hecho de la represión, del rechazo, del renunciamiento, de la inhibición, de la resistencia, preterición y olvido voluntario, todo junto, de los requerimientos naturales, de las reacciones de la sensibilidad virgen, en una palabra del instinto. El psicoanálisis, como cura del hombre, es el método para restituir a éste su naturaleza animal y pa-

ra eliminar la invención, la mentira y el artificio de la civilización, con todas sus consecuencias, además de la existencia del alma. Estudia, por consiguiente, el proceso por el cual el animal se ha convertido en el enfermo peligroso que es el animal-hombre de hoy. Si se conoce el camino de la degradación es factible, y relativamente fácil, hacer que el hombre recupere su estado primitivo, que es el de la expansión irrestricta del instinto. Puede haber dualidad y de resultas de esa dualidad, puede haber conflicto en los movimientos instintivos, pero, de ninguna manera, y por ningún motivo, dualidad de la calidad y conflicto de la índole que suponen un alma, superior al cuerpo, y un cuerpo, peso muerto del alma y principio de negación del hombre. La especie humana, la única que merece propiamente esta designación de humana, es la especie animal que se ha hecho el propósito de reencontrar la condición de la edad infantil. La infancia es el estado de pureza natural y de unidad vital. Encontrar esa infancia, o conquistarla, es acercarse al estado de perfección de que goza el animal y del que, por creernos civilizados y por poner, por lo mismo, en juego los complejos, los cuales tienen su origen en las represiones y renunciamientos, nos hemos apartado.

Stefan Zweig, amigo y admirador de Freud, judío como él, y, como él, descreído, tenía, con todo, la inquietud de su época, época, como todos sabemos, llena de insuficiencias y carencias, de acomodos violentos, de invasión, de desbordamiento, por mejor decir las cosas, de los semicultos y semiletrados. Sus observaciones son válidas en muchos aspectos. Escribió un libro en inglés, *Mental Healers*, Nueva York, 1932. Traducido al castellano, lleva por título *La Salud por el Espíritu.*

En las páginas 357-58, de la edición inglesa, dice lo siguiente: "El psicoanálisis sin género de duda propende a frustrar al hombre de su carácter divino al recordarle continuamente que no es sino una criatura mortal, ligada por siempre jamás a este planeta más o menos inhospitalario, lo que no podría tenerse como una perspectiva halagadora... Aun considerado sólo como ser corporal, el hombre no puede prescindir, por más que haga, de sus ensueños. Nadie nos ha convencido, tanto como Freud, de que, sin esos ensueños, nuestra vida sería desgarrada, y hecha en realidad de verdad trizas, por la fuerza de los sentimientos no liberados. ¿Cómo, entonces, podría el hombre soportar su existencia sin la esperanza de un más noble destino, sin los anhelos de la fe?... El apetito del alma, provocado y mantenido por la fe, no halla, ni puede hallar, alimento en la sobria dureza, fría, austera y positiva, del psicoanálisis". Zweig, psicólogo como Freud, pero más abierto, más observador, en una palabra más en contacto con la realidad del hombre, y no obstante estimar la obra científica del psicoanálisis, tenía que condenar la rudeza pesimista del freudismo, el cual no conducía sino a entorpecer al hombre y sumirlo, en consecuencia, en la sombra de la degeneración y de la muerte.

Las cosas de la creación son nobles, buenas, perfectas. La ciencia estudia, se entrega con pasión, por tanto, a rastrear las huellas de esas cosas que son sus acciones y reacciones, y descubre, siempre está en trance de descubrir, las leyes, las cuales, por el concierto que manifiestan, que no otra cosa es el orden, nos muestra la belleza del universo. Y el hombre, pese a sus fallas y carencias, es bello. Es él el que puede dar a conocer, exhibir, propagar y comunicar la armonía de

toda la creación, incluido él en ella. No sólo es orden el hombre, no sólo ve él ese orden, sino que lo canta con voces concertadas y lo lleva alegremente a feliz efecto. Por esto, justamente por esto, es optimista. Pero fuerza es para Freud que el hombre sea fundamentalmente pesimista, que llegue a la conclusión inconcusa de que está malhecho. Y entonces ese hombre está en la coyuntura y sazón, por su esfuerzo, que no debe ser baldío, y por el conocimiento más profundo de sí mismo, y por la transparencia de su conciencia, y por la recuperación del mundo de su inconsciente, el cual acertará a llevar continuamente consigo, y en una palabra, por la luz nueva, venida a él del psicoanálisis, descubierto y puesto en ejecución por los grandes pesimistas, de una manera concluyente por Freud, de poder corregir las imperfecciones de su nacimiento, y de su evolución y de librarse de las enfermedades que esta evolución ha transmitido, por medio de la cultura y de la civilización, y pretende perpetuar, deformándolo todo, cada vez más. Cuando el hombre adoptó la posición vertical dejó de oler el suelo, de tener, junto a sus narices, las deyecciones de su vientre y vejiga. Y, al caminar en dos pies, se apartó, por el mismo consiguiente, de su natural modo de ser, o, lo que es lo mismo, de su animalidad, lo que trajo por consecuencia que despreciara su espontaneidad y se colocase en un mundo de artificios, inventados por él, además, y se acomodase, en definitiva, en lo anormal y, por tanto, en la enfermedad y en la servidumbre. Y la prueba indubitable de que el hombre está malhecho es que sus órganos genitales tienen una colocación *inter urinas et faeces*. La expresión es de San Agustín, el cual la aplica a nuestro nacimiento. Con todo esto, y téngase o no se tenga la ve-

cindad de las inmundicias como signo de bajeza, los órganos genitales, en razón de su posición, nos llevan a considerar en el hombre, de acuerdo con Freud, su animalidad pura. Que esté malhecho, no quiere decir que no sea animal. En todo caso sería un animal que ha evolucionado sin tino ni concierto. El cuerpo, en sus diferentes miembros, ha adquirido formas bellas, soltura, vigor, habilidad, destreza, no así en las partes pudendas. Permaneciendo éstas en su sitio, junto a la fábrica de suciedad, son para nosotros, como quiera que sea, la garantía de nuestra regeneración, dado caso que, para restituirnos en nuestro ser, por tanto en nuestras cabales posibilidades, tenemos que convertirnos a la animalidad. De aquí que en el psicoanálisis sea el sexo, ya como libido, ya como impulso de vida, ya como actividad genital, ya como asiento e inspiración de las sublimaciones, lo que nos ha de permitir entendernos y penetrarnos, de perfeccionarnos y de llevar a feliz efecto la evolución de la cultura.

"Del hecho de la verticalidad del hombre y de la desvaloración del sentido del olfato —dice Freud, *Malaise de la civilisation*, trad. de M. et Me. Charles Odier, Donoel et Steel, 1934— no solamente lo erótico anal, sino también la sexualidad toda entera ha tenido la amenaza de sucumbir con ocasión del rechazo de lo orgánico. De aquí se deduce esa resistencia, de otro modo inexplicable, a la función sexual, resistencia que, al impedir la satisfacción completa, desvía esta función de su objeto y conduce a las sublimaciones, tanto como a aplicaciones extrañas, de la libido. Todos los neurópatas y muchos de los que no lo son se sienten deprimidos por el hecho de que *inter urinas et faeces nascimur*. Con esto se tendría la prueba de que la raíz más pro-

funda del rechazo y de la represión sexuales, cuya intensidad corre parejas con la civilización, la hallaríamos en los mecanismos orgánicos de defensa, a los que la naturaleza humana hubo de recurrir con ocasión de la verticalidad, o marcha en dos pies, mecanismos que no tenían otro fin que proteger el modo de vida establecido por esta nueva posición".

El hombre está malhecho, y, a más de malhecho, está viciado y enfermo o, viciado y enfermo de resultas de su error de querer ser civilizado. Por querer ser civilizado dejó su costumbre de caminar a cuatro patas. Alejado de su propio ser, alienado, como diría Marx, y esto por culpa propia, se ha creado un cúmulo de problemas que es la desesperación de los hombres de ciencia resolver. El psicoanálisis está llamado a hacer las correcciones. Lo inconsciente, que es lo no vivido, lo no vivido a causa de nuestra debilidad mental y corporal, a causa, también, de la deformación que hemos padecido durante tantos años de disciplina familiar y política, y lo no vivido en atención a la costumbre, que nos hemos hecho, de dejarnos guiar por los complejos y en atención, además, a la voluntad momentánea de la represión, del rechazo, de la decisión de olvidar, de la preterición; lo inconsciente, pues, en toda su magnitud y extensión, tiene que desaparecer, gracias al psicoanálisis. Este, de practicarlo cabalmente, nos haría ser nosotros mismos porque nos pondría en la proximidad inmediata de ejercitar nuestras facultades con toda la espontaneidad de que somos capaces, la cual ya habremos recuperado. Freud se desespera de la incomprensión. El mismo no acierta a aclarar sus propias teorías y deja, sin resolver, notorias contradicciones. Se manifiesta optimista y luego, con insistencia que hace me-

lla entre sus mismos adeptos, desconsoladoramente pesimista. Su desánimo le viene de ser tan malhecho el hombre, de comprobar que definitivamente está dañado y corrompido y esto por los estragos tan profundos que en lo más íntimo de su naturaleza han llevado al cabo, con tan patente continuidad, la civilización y la cultura.

Pero insiste, seguirá insistiendo en su idea fundamental de que no somos sino cuerpo. Siéndolo, y no pudiendo, además, ser otra cosa sino cuerpo, pese a que tanto él como Marx sustentan la doctrina de la evolución, la cual se detiene, en el marxismo, en la sociedad sin clases y, en el freudismo, en el animal, no nos queda más que vivir todas las partes de ese cuerpo al mismo tiempo, armónicamente y en plenitud. Y no podremos menos, entonces, que rechazar el instinto de muerte, presente ahora en tantos complejos, originados en la pretensión equivocada de no querer ser animales, y que sólo la sublimación ha podido anular, pero apenas transitoriamente. La sublimación, que consiste en no darle un objeto genital al instinto, nos ha llevado a manifestar la vitalidad del animal que somos y que hemos corrompido, disminuido y esclavizado por el falso progreso en que hemos caído y que llamamos cultura.

Marx afirma, gratuitamente, por supuesto, que su socialismo es científico. Los hombres de ciencia, por su parte, nos hacen ver que las teorías científicas mudan continuamente. Su mudanza consiste en la explicación de ahora, más completa que la de ayer. Los instrumentos de observación son cada vez más certeros, o, por mejor decirlo, más científicos. Las teorías no duran sino diez años y esto es la prueba de que se adelanta y de que conocemos, por tanto, mejor la Natura-

leza. El socialismo científico de Marx tiene más de un siglo y no ha variado. ¿Es científico? Se habla de marxleninismo, pero el marxleninismo no es sino la autoridad del partido comunista ruso, el cual nunca se equivoca. Estamos delante de una falsa religión y de un dogmatismo de ignaros.

Freud, como Marx, exalta el cuerpo. El cuerpo es glorioso y se da por hecho, que, mediante el comunismo y el psicoanálisis, ese cuerpo se transfigurará. Una vez reconquistada nuestra animalidad y viviendo, por consiguiente, sin las trabas de los complejos y sin las barreras de la propiedad privada, seremos aptos para todo. No habrá, no podrá haber autoridad que señale tareas, ni división del trabajo en el comunismo. Y, según Freud, nos moveremos, no en el tiempo, sino en la eternidad. Tenemos, con esto, una imitación blasfema de las verdades reveladas, de la resurrección de la carne y del revestimiento de gloria de los cuerpos, en el caso de los elegidos. El medio, por consiguiente, de escapar de la enfermedad o neurosis en que yace postrado el hombre, es adquirir la salud de que disfrutan los animales. El ideal de perfección es, pues, una regresión al estado animal.

El género humano es culpable y su culpa es la triste y natural herencia de la caída de Adán. Esta caída del tronco de la especie ha engendrado una disposición biológica en todos sus descendientes, que somos todos los hombres. El acomodo orgánico en cada uno de nosotros a la psicología de culpa por una parte, por la parte del cuerpo, y por la parte del espíritu la existencia de la huella del pecado, es la característica del hombre. Esto es lo que los judíos y los cristianos llamamos pecado original. El animal que es el hombre es, para

Freud, un animal que ha dejado de ser animal. Este animal ha adquirido la enfermedad de la cultura al organizarse en sociedad. Nace enfermo, no sólo porque nace en una comunidad que es un medio dañado, sino porque recibe la herencia de un Adán culpable. Y tiene que organizarse, de acuerdo con el psicoanálisis, para reprimir su conciencia de culpabilidad, para limpiarse, sobre todo en esta época de predominio del capitalismo, de la corrupción del dinero, o sea de los excrementos del Diablo. Y de todo esto habla Freud y como que da por hecho, él que no cree en la revelación y que sustenta la doctrina del retorno a la animalidad, la existencia de Adán. Lo mágico, lo sobrehumano, y, en realidad de verdad, lo revelado y lo sobrenatural, y no el psicoanálisis, ni la falsa ciencia del socialismo científico, es lo que nos da a conocer la profundidad del hombre. Freud, como Marx, de hecho pensado o sin quererlo, pretenden darnos un substituto de la Iglesia Católica, de su doctrina de salvación y de la práctica de vida, en que nos pone, para obtener el perdón y el mérito.

La distinción de alma y cuerpo es una distinción, para Marx y Freud, completamente artificiosa, la ociosidad de los que dicen ocuparse en pensar, la evasión de aquellos que pretenden ser mejores imaginándose que ahondan en la mina, para ellos de antemano inextinguible, que es su propio espíritu, el pretexto de la petulante supremacía de los llamados ascetas, dados a la profesión de despreciar el cuerpo para hacerse creer a sí propios, y hacernos creer a nosotros, que son hombres espirituales. La distinción de alma y cuerpo da ocasión a los que cultivan el alma, de trasmigrar, de dilatarse en el espacio y el tiempo, de avivar, ya de

grandes, y como efecto de la sublimación, la fantasiosa imaginación de la edad infantil, y convertirse, por tanto, en navegantes celestes, y visitar las esferas más altas, y hacer habitación en ellas. El psicoanálisis hace que el alma vuelva al cuerpo para no salir de él. La función natural de esa entidad que los occidentales, y el ejemplo muy claro lo tenemos en Platón, llaman alma, es una función corporal. Es la libido sublimada, o el vigor sexual fuera del ejercicio genital, desexualizado, por consiguiente, pero no por esto ni superior, ni parte del cuerpo. El psicoanálisis restituye al hombre su unidad y su verdadera calidad humana. No hay alma. Sólo hay cuerpo, y el cuerpo, con todo y ser limitado e impotente, tiene que ser para nosotros perfecto. Hacia el descubrimiento de la perfección humana, hacia la cabal manifestación de ella, hacia la conquista de lo verdaderamente humano, hacia la práctica de las auténticas virtudes de un hombre espontáneo y libre, nos conduce el psicoanálisis, por tanto nos conduce a la posesión de nosotros mismos. Los sumisos y fieles, los colaboradores diligentes, o sean los que tienen conciencia de la regeneración postulada por Freud, serán más hombres, en verdad más animales, con más prisa y mejor provecho. Tenemos, por consiguiente, que vivir en plenitud de nuestra identidad con todo lo que es, y puede, el cuerpo. Para Marx los portadores de la superestructura han de inclinar ésta al servicio del proletariado a fin de no estorbar, y más bien apresurar, el advenimiento de la sociedad sin clases.

La familia es la autoridad de los padres. Esta autoridad, según Marx y Freud, deforma al niño porque lo mantiene en la sumisión. Esta sumisión deja huella en la mente, a tal grado, que el adulto y el hombre

maduro siguen siendo sumisos y esta condición es justamente uno de los elementos, quizás el principal, de la enfermedad que aqueja al producto y formación de la cultura, esto es, al animal-hombre. La sumisión, connaturalizada en el hombre civilizado, hace de éste el súbdito fiel, en todo caso medroso, de la autoridad política, social y religiosa. Luego hay que emprenderla contra la familia, contra la institución de la autoridad paternal, contra el derecho de educar a los hijos, contra la Iglesia, la cual consagra, define, canoniza y defiende la dignidad paternal, que ella asimila a la providencia de Dios.

Marx condena la división del trabajo porque el individuo, liberado, redimido, gracias a la sociedad sin clases, de las enajenaciones, de los cauces de perdición en que discurría su vida y en que jamás se encontraba a sí mismo, es capaz de todo, de escribir, poetizar, hacer música, dedicarse a la pesca, pintar, labrar la tierra, construir su morada, fabricar su vestido, cocinar, ayudar a los demás, tener él en su conciencia a todos y estar en la conciencia de todos. Y Freud tiene aversión a la existencia de los sexos definidos, conviene a saber a la diferenciación de macho y hembra, de hombre y mujer, de lo viril y de lo femenino, de lo activo y de lo pasivo que se unen en un estado de actividad y de pasividad recíprocas —el cuerpo de los esposos, los cuales, siendo dos, son uno, como dice San Pablo, en los menesteres de la generación—; y esta aversión lo induce a lamentar, reprobar y combatir la constitución de la familia. No debe haber ni padre, ni madre, sino un ser humano que contenga en sí, tanto los elementos masculinos, como los femeninos. El hombre perfecto debe ser andrógino o hermafrodita. Y tienen la

avilantez los freudianos de citar a San Pablo cuando dice que no debe haber ni hombre ni mujer porque el uno y la otra deben ser una sola cosa con Cristo. San Pablo habla del bautismo, el cual quiere decir estar revestido de Nuestro Señor, ser, por tanto, algo de El. Y luego agrega: "No hay judío, ni griego; no hay esclavo, ni libre; no hay hombre ni mujer porque todos sois uno con Cristo Jesús." *Non est Judaeus, neque Graecus; non est servus, neque liber; non est masculus, neque femina: omnes enim vos unum estis in Christo Jesu* (Gal. III, 28). El cristiano se ha convertido en otro hombre, en un hombre nuevo, en otro Cristo, de resultas de lo cual existe una comunión entre todos los cristianos, transformados como están en Cristo. Las diferencias tan grandes, de raza y de cultura, como la de un judío y un griego, como la de condición social entre un amo y un esclavo, como la del sexo, o sea la de hombre y mujer, desaparecen. La unidad es tan profunda que todos forman un solo cuerpo, cuya cabeza es Cristo y todos los demás son los miembros. Pero los freudianos habrían de dar su interpretación de este texto, inspirados en la manía, por consiguiente en la enfermedad, de verlo todo al través del sexo. Tergiversación blasfema. Y van más lejos todavía y llegan a decir, lo que cuesta trabajo reproducir, que, habiendo sido el hombre creado a imagen y semejanza de Dios, y no siendo Dios ni macho ni hembra, tenemos de necesidad que ser comunes de dos, conviene a saber el uno y la otra.

La cuestión capital para Freud es estudiar a fondo, y, por tanto, conocer, lo sucedido antes y después del momento en que el animal se ha convertido en hombre. Este momento es el paso de la salud, de la naturalidad, de lo auténtico y genuino, a lo degenera-

do, que es decir a lo anormal y a lo decadente. La enfermedad o neurosis del animal-hombre, o, en otras palabras, la enfermedad del animal neurótico que somos todos nosotros, consiste en la insatisfacción del instinto. El animal, dice Freud, acumula fuerzas y siempre, por esto, es un potencial de acción. Cuando aplica esas fuerzas hay una especie de descarga y esto es lo que constituye la satisfacción. Por otra parte, el animal es un ser que necesariamente ha de obtener satisfacción. Tiene órganos de los sentidos, y puede ir de un lugar a otro; siente y está dotado de locomoción justamente para gozar. Si el animal no goza niega o hace inútil su existencia. El animal enfermo rechaza la satisfacción. Nadie se la impide sino él, al renunciar a ella y al querer ignorar que puede ser feliz, obteniéndola. Esto es la neurosis y lo que, por tanto, hace que el animal se enferme. Se es hombre en la proporción y al paso que se deja de ser animal. Y Freud insiste en que volvamos a la animalidad. No hay otra salida para el hombre enfermo. O vuelve a su ser primitivo para tomar posesión de sí mismo, para ser él en toda la amplitud que le permite, le aconseja y le sugiere la Naturaleza, para desenvolverse sin que nada ni nadie le ponga trabas a su espontaneidad y sin que ninguna enfermedad lo aqueje, disminuya y debilite, o cae cada día más abajo en la degradación y en la vileza.

No, no puede ser cierto que el hombre no sea un ente moral, una conciencia clara de lo bueno y de lo malo, de lo justo y de lo injusto, una inteligencia que busque la verdad y sólo se satisfaga con ella, una voluntad que lo mueva hacia la perfección, todo esto en razón de la bondad, de la belleza, del orden, de la existencia de una Causa Primera y de nuestra fundamental

imperfección, la cual nos urge y apresura a trasmutarla en perfección, que es justamente lo que nos satisface, haciéndonos, por tanto, más hombres. El hombre quiere ser mejor y caminar por los caminos del progreso. "Muchos de nosotros difícilmente —dice Freud— nos resignaríamos a renunciar a la creencia de que existe, inherente a la naturaleza misma del hombre, un movimiento hacia la perfección. Debo confesar que no creo en la existencia de semejante movimiento interno y de que no veo ninguna razón para contemporizar con esta ilusión bienhechora. Soy de opinión que la evolución del hombre, tal como se efectúa hasta ahora, no requiere otra explicación que la que se refiere a los animales..." (*Au dela du principe du plaisir*, pág. 43, Payot, 1948).

El estado de sociedad, en que vivimos, es el medio ambiente, la causa y el estímulo, de la enfermedad del hombre. Rousseau había dicho que es la sociedad la que deforma y degrada al hombre, mudando su bondad natural en odio y perversidad. Lo que se llama cultura, según Freud, no es sino la disciplina de la deformación y el método seguro para llegar a una deshumanización completa. El hogar mantiene la sumisión y prolonga en el individuo el estado de minoría de edad. Apenas salido el hombre, por medio de la evolución, de la condición de animal, para dar origen a la sociedad, es deformado por ésta, embrutecido, o lo que es lo mismo, intelectualizado. La sociedad no ha hecho otra cosa que cortarle las alas al instinto. La inclinación del hombre al placer es indestructible. El placer, una vez disfrutado, es el objeto de todos los afanes porque en él halla el hombre el fundamento y la práctica de su definición. En esto va a consistir la libera-

ción del instinto. Combatir el instinto, renunciar a él, torcerlo, rechazarlo, es ir a la enfermedad y al suicidio. Por esto el dualismo de la materia y del espíritu, del cuerpo y del alma, es artificioso y no hace sino enturbiar la bella verdad de que el hombre está hecho para el placer. Y hay que volver poniendo en ello diligencia grande, acopio de fuerzas e intención irrefragable, a la edad infantil, que es, para nosotros, el estado, ya una vez consumada la degeneración del paso de la animalidad a la sociedad humana, en que nos podemos ver espontáneos y puros y un poco apartados de las contaminaciones que nos impone la civilización. Para el niño todo es sexo. La sexualidad infantil es la inclinación activa al placer por medio de la actividad de cualquier parte del cuerpo. Todo nos viene del cuerpo y la actividad corporal es el gozo eterno.

La cultura es una neurosis, o sea una enfermedad, estado anormal y, muy a menudo, estado de anormalidad violenta. El lenguaje es cultura, luego el lenguaje es un aspecto de la enfermedad. Según Freud la palabra tiene su origen y su explicación en los ruidos que hacen las bestias con el hocico cuando están en celo.

Los animales machos buscan ser agradables a las hembras o, viceversa, éstas a aquéllos; en todo caso unos y otras quieren hacerse presentes para los menesteres del sexo. La presencia de la hembra sugiere en el macho situaciones del placer y le inspira una actividad que lo lleva al trabajo útil. De donde se sigue que el hombre primitivo tenga en su facultad inventiva e industriosa un substituto del sexo. Inventa cosas y construye para hacerse más notable a la hembra. Sus invenciones y el cúmulo de bienes que ellas lo llevaron a producir son una incitación. El trabajo

obliga a acomodarse a diversas situaciones, a descubrir la utilidad de las cosas, a remover obstáculos, a dominar elementos. Y de aquí nació la necesidad de la palabra.

La cosa es muy sencilla. Existe la evolución. El progreso es fatal. El hombre es detenido en su ascenso y mejoramiento por la sociedad, la disciplina de la civilización, el uso de la razón y, ante todas cosas, por la facultad de ésta de ir a lo objetivo, a lo real, a lo que es, independientemente de nosotros. La sociedad existe en razón de la enfermedad. La civilización, por tanto, no es sino la concreción de enfermedades. Es hospital, manicomio, lazareto. Para Marx es, puesto que estamos en civilización burguesa, cárcel, castigo, suplicio, empresa de deshumanización.

Estos malhechores, Marx y Freud, embaúcan con la ciencia, de la que no dan, las más veces, sino la palabra. Que las cuestiones que atacan y pretenden resolver existan, es otra cosa. Que malévolamente usen de términos, ideas y tradiciones judeo-cristianas, y logren, así, comunicar sus inquietudes, por otra parte harto apuntadas y señaladas por los hechos, es cierto. Son un producto de Occidente, al que, validos de las ideas occidentales, pretenden arruinar. Nos conducen a la animalidad. Y no es la ciencia, desleznable en ellos, sino justamente la vitalidad de Occidente, la gracia que es como la atmósfera que respira el hombre, la Redención, en suma, que es convite permanente a la elevación, o, por mejor decir las cosas, a la divinización, la tradición judeo-cristiana, llamada a ser sustancia de todos y, por otra parte, nuestra infidelidad, nuestra negligencia, nuestro olvido de la fraternidad universal, lo que ha movido la inquietud de los que se prevalecen

del marxismo y del freudismo. A la malevolencia, a la perfidia, al retorcimiento de la razón, a los equívocos, y también, porque existen en Marx y en Freud, a sus buenas intenciones y a sus nobles propósitos, al conocimiento más preciso del hombre a que nos han forzado a llegar, en una palabra a la cuestión social y a la cuestión del hombre, habremos de responder con la verdad cristiana vivida, hecha carne en cada uno de nosotros.

El hombre es animal, pero no sólo animal. Es persona y, como tal, posee una dignidad que lo hace capaz de Dios. Vive, naturalmente vive en sociedad y la sociedad, informada por la justicia, no puede ser sino un trasunto de la ciudad de Dios. Y que esté la sociedad informada por la justicia depende de nosotros, de nuestra conciencia del deber, de nuestro amor a la especie, de nuestra colaboración activa en la obra de la Redención.

«‹-□-›»

VI

¿DECADENTE Y CLAUDICANTE VASCONCELOS A CAUSA DE SU CATOLICISMO?

No hay que parar mientes en esa inepcia, muy socorrida entre los necios, de que profesar la religión católica es dar muestras de atraso y manifestar una voluntad de estancamiento. Ser católico es, ciertamente, creer en el milagro y para muchos la intervención de Dios, cuando deroga las leyes naturales, es sencillamente un absurdo. La razón humana, esta facultad nuestra de buscar lo desconocido, valiéndose de lo conocido, como desenvolviendo y alumbrando las implicaciones de lo que sabemos que es, la miden ellos, los necios, por su razón particular de ellos y la sujetan a sus propias deficiencias, a su falta de información y de talento, y a sus mezquinas propensiones, las cuales los arrastran a ver blanco lo negro, motivar consecuencias erradas y a engañar a los demás. Rezar un rosario ante una tormenta no es imaginar que el movimiento de la boca, que la referencia del pensamiento a Dios o a sus santos, que la petición angustiosa de ser salvado sean la causa científica de la cesación de la tormenta, en caso de que esta cesación sea milagrosa. Si hay milagro, éste se efectúa por la voluntad de Dios. Y que lo haya depende de su libérrimo arbitrio. Negar la posibilidad del milagro es afirmar que la ciencia nos lleva a la con-

clusión de que Dios no existe, lo que, ateniéndose exclusivamente a los datos científicos, es perfectamente absurdo. La ciencia dirá, y es lo único que puede decir válidamente, que una causa natural obra en tal o cual sentido; pero negar que haya una Causa Primera, que está dominándolo todo, justamente por encima de cada una y de todas las causas naturales, es cosa que le está vedado a la ciencia hacer, y nada menos que por razones científicas. La ciencia preside un orden, el orden de la Naturaleza; la gracia preside otro, el de lo sobrenatural. La gracia no niega, ni apaga, ni deforma lo natural, sino antes por el contrario lo afirma, lo sostiene y lo perfecciona. Si el hombre está elevado al orden de la gracia afina, multiplica, amplía, o, por mejor decir las cosas, diviniza sus potencias y facultades, ensancha su ser y, sin dejar de ser hombre, se hace más hombre.

Que hay conflictos entre la religión y la política, querellas, disputas, discusiones, hostilidad entre la Iglesia y el Estado; que el cristiano viva muy a menudo una contradicción dentro de sí mismo, inclinado, como sucede muchas veces, a despreciar los bienes temporales y los intereses de la ciudad terrestre, por mejor proveer a las cosas del reino de Dios y a la salvación de su alma; que sea muy frecuente, y hasta cierto punto justificado, el reproche de los no católicos a los católicos, de ser la religión un elemento disolvente de la comunidad, en razón de que los sacerdotes, los obispos y el Papa gobiernan las conciencias, de resultas de lo cual el cristiano es más súbdito de la autoridad eclesiástica que de la civil; que no se compadezcan, que muchas veces no se sufran ni consientan Dios y el César y que el creyente esté obligado por mandato del

mismo César, y más todavía por mandato del mismo Dios, a delimitar los campos y darle, por consiguiente, al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios; que el católico sea irreductible y, a semejanza suya lo sea también el no católico, éste principalmente en la cosa política y aquél, más que en ninguna otra cuestión, en la de los derechos divinos de la Iglesia; en una palabra que la Ciudad Celeste, de la que quiere ser ciudadano el católico, esté en contradicción perpetua con la ciudad terrestre, en la que ese mismo católico está de tránsito, y como en suplicio, extrañado, ansioso de morir para más pronto ir a disfrutar de la patria, que es el lugar de los bienaventurados, es cierto.

Pero, ¿se sigue de aquí que el católico sea un mal ciudadano, que se desinterese, por tanto, del bien común y que no sienta respecto de los bienes temporales, sino desprecio, horror y condenación? La tierra, bien lo reza la Salve, es un valle de lágrimas, un destierro, ocasión, que necesariamente hay que aprovechar, de hacer penitencia y de prepararse a bien morir.

Hay una cuestión, cuyos antecedentes, desenvolvimiento posterior y estado presente nos dan la clave de los problemas de la conciencia y es la cuestión de la justicia, llamada por los modernos justicia social. Los antiguos tenían sus dioses. Inexistentes, no podían suplantar al verdadero Dios, sentido, en una o en otra forma, en la conciencia de los hombres, y, con más particular advertencia, en la de los hombres buenos. El hombre de bien, y más si ahonda en la bondad de la naturaleza humana, y cava en esa bondad para adueñarse de ella, conoce mejor lo que es él y de lo que es capaz, se apega con más brío, y aun con deleite, a las normas y practica con valentía, tino y tesón, la empre-

sa de humanizar los seres todos de la creación y, señaladamente, los otros hombres. Ese hombre de bien es un mal ciudadano para los que hacen gala de estar despojados de las preocupaciones de lo trascendente. Es mal ciudadano porque, para ellos, conoce la relación que lo liga a Dios, del que espera siempre la ayuda, la inspiración y el toque de la gracia. Ser hombre de bien es servir a los demás. El servicio, con todo esto, no es sólo negocio particular, sino ministerio general, oficio y deber, ante todas cosas, de la autoridad. La acción del Estado es hacer buenos a los hombres, lo que es imposible si el gobernante carece de la facultad de obrar bien o, teniéndola, si la aplica a fines privados. El hombre bueno, o sea el servicial, es la medida de los ciudadanos y el testigo y testimonio, ante el Estado, de las fallas de éste, de sus olvidos, espíritu de bandería y negligencia. Y no puede haber hombre bueno, por tanto ciudadano eminente, parte activa de la comunidad, ministro incansable en el servicio de los demás, y esto vale tanto para el particular como para la autoridad, sin la conciencia de ser colaborador de la providencia de Dios. Lo cual quiere decir que hay que sujetarse a las leyes de las cosas, esto por lo que respecta a la Naturaleza, y sujetarse a la ley del hombre, esto por lo que respecta a la sociedad, a los tratos entre los ciudadanos, a las relaciones de éstos con la autoridad y a la asistencia y dirección de ésta tocante a individuos, familias y sociedades intermedias. No se pretende afirmar que el descreído, que el irreligoso, que el ateo tengan que ser de necesidad y absolutamente, malos hombres y, por consiguiente, malos ciudadanos. La razón permanece, aun en el ateo, como la cosa más profundamente humana. Apartada esa razón en él de su lu-

gar natural, como diría Aristóteles, de su clima y ambiente, se vuelve infecunda y cae, tarde que temprano, en la suficiencia, por tanto en el orgullo y en el error, cuando no en la voluntad de enderezarse contra Dios y contra las leyes del orden, obra de Dios.

Entiende para que creas y cree para entender, decía San Agustín. *Intellige ut credas, crede ut intelligas.* Ricardo de San Víctor habla de una fe que busca a la razón, *fides quaerens intellectum.* En el católico se junta armoniosamente el ejercicio de la inteligencia, se juntan en feliz concierto, por tanto, las exigencias, inquietudes y desfallecimientos de la razón con el movimiento, el vigor y la luz de lo sobrenatural. Y justamente por esto el católico tiene la vocación y el deber de servir, de comunicar lo que es y sabe y puede, de administrar el bien que es él mismo aumentándolo para satisfacción de sí propio y de los demás.

¿Podía ser Vasconcelos inferior a Vasconcelos, al Vasconcelos de antes de su adhesión clamorosa, y de fidelidad siempre probada, a la Santa Madre la Iglesia Católica, Apostólica, Romana? ¿Era, ya católico, un mexicano decadente y claudicante, sin posibilidad de servicio, ciudadano inútil, arrendajo de hombre bueno, inepto para la razón, incapaz de libertad, digno sólo de ludibrio, vituperio y desprecio? ¿Decadente porque había vuelto a vivir lo sobrenatural y a tenerle preparada en su mente y corazón una casa al Verbo de Dios? ¿Claudicante porque había dejado las malas compañías y porque cayó en la cuenta de que servir a México, y servirlo con todas las potencias del alma, no era sino trabajar por la elevación de sus compatriotas hasta lo divino?

No, no se puede prescindir de la religión, digan lo

que dijeren, en contrario, los indiferentes, los descreídos, los ateos y los antiteos. La civilización, cualquiera que ella sea, desde las que llamamos atrasadas y de primitivos, hasta la de las naciones cultas, descansa su estructura en los fundamentos de la religión. Lo primero que se advierte en cualquier sociedad y lo que constituye, además, el distintivo de toda civilización, es una idea común a todos, idea que gobierna las costumbres y traba más apretadamente a unos con otros. Y esa idea es la religión o viene de la religión. Y los que afirman no importarles mayor cosa la religión, ni como fenómeno de la conciencia individual, ni como forma de vida colectiva, no dejan, voluntaria o involuntariamente, de ser artificiosos, por tanto insinceros. La religión es, en términos generales, el reconocimiento y veneración de valores, causas, realidades, seres superiores. Y todo hombre, por más que diga no tener preocupaciones sobre lo trascendente, cae en la cuenta, si reflexiona y no pone empeños en engañarse a sí mismo, de la sujeción en que lo mantienen, ya en la Naturaleza, ya en la sociedad, acontecimientos y circunstancias. Que rechace lo sagrado, diga que no hay Dios, reniegue de sus viejas ideas y la emprenda contra el fanatismo de los demás, no es razón para dar por hecho que está fuera de esa sujeción. Las empresas ateas, llevadas al cabo con tantos extremos de violencia, no lograrán separar de la sociedad y del individuo la idea y la convicción de algo superior al hombre. Los antropólogos están de acuerdo y contestes en tener la religión como fuente constante e inspiración permanente de formas comunes de vida. Estas formas comunes son justamente la civilización. Podrá alguien ser descreído, o tenerse como indiferente; pero, como quiera que

sea, existe el hecho de que concurre a la vida social sin poder despojarse de modales, de expresiones, de costumbres —y llámese a todo esto prejuicio, si se quiere— que tienen su origen en la religión y en ella se inspiran

En la religión católica, y en esto consiste su singularidad, o sea su nota esencial, razón por la cual esa religión es única, lo que importa, ante todas cosas, es la fe en Nuestro Señor Jesucristo. Las formas de vida judías, a las que se sujetó el Hijo de Dios, fueron mudadas en las formas de vida grecorromanas y éstas, importantes como son, le ceden el paso a lo más importante, que es el Evangelio, o palabra de vida eterna. Los católicos, por esto, gozan de la libertad de los hijos de Dios. Sin dejar de estar sujetos a acontecimientos y circunstancias, son más libres porque tienen tratos con Dios. Su fe los ensancha, los hace más consistentes, más prácticos, más espirituales, en una palabra y para decirlo todo de una vez, más divinos.

En 1951 Pío XII, dirigiéndose a la Junta Internacional, Promotora de la Unidad y de la Universalidad de la Cultura, y para hacer ver justamente que los hijos de Dios y que la Iglesia respetan la diversidad de civilizaciones porque saben que es en el interior del hombre, y en el fondo mismo de las estructuras sociales, en donde se tiene que efectuar la intimidad con Cristo, decía: "Vosotros lo habéis bien entendido, señores: habéis entendido lo estéril, lo malaventurado más bien, de los esfuerzos de muchos utopistas que pretenden establecer la unidad en gracia de un nivelamiento hacia abajo. Esta unidad de la cultura tan deseada, vosotros aspiráis a llevarla al cabo por medio de las cosas altas, ayudando a cada nación y a cada pueblo, a elevarse con sus caracteres propios, sus riquezas

materiales y espirituales respectivas, hacia la cumbre".

Primero es Dios, nuestra intimidad con El, la seguridad de la hermandad con Cristo y, por supuesto, la obligación, la cual nos hace más viva esa hermandad, de colaborar en su obra redentora, esto es, en la conversión que hacemos de nuestras vidas en moneda de cambio, moneda que no puede ser sino la virtud, para rescatar del mal, del atraso, de la indignidad, a los otros hombres.

La ciencia y las técnicas y, por consiguiente, la multiplicación y comunicación de los bienes, son los cimientos sobre los que descansa el bienestar de los pueblos. Esa ciencia y esa técnica son cosas del espíritu, o, lo que es lo mismo, cosas de Dios y de los hijos de Dios. Igualar a los hombres no puede ser participarles la miseria, socializando esta miseria, sino darles la posesión de un humanismo cabal, el cual no se disminuye, antes bien crece, al ser participado. La religión es un movimiento natural que nos conduce a Dios y esto justamente es lo que hay que respetar, aun tratándose de pueblos idólatras, por ejemplo. La religión da formas comunes de vida y constituye el sostén último de cualquier civilización. Hay que tomar la civilización, sea cual fuere, para elevarla. No hay que hacer, por tanto, mucho caso de los desahogos de los necios cuando trinan contra lo que ellos llaman fanatismo, y hay que demostrar lo que vale la religión, particularmente nos importa a nosotros demostrar lo que vale la religión católica en México y lo que significa el extraordinario valor que alcanzó Vasconcelos con su afirmación de ser católico y con la práctica de su libertad, la de los fieles hijos de Dios. Igualar con los solos valores humanos a los hombres de diferentes civilizaciones es destruir esas

civilizaciones porque se despoja a los pueblos del sentido peculiar con que miran y asimilan lo trascendente, para suministrarles, a cambio, la técnica y las costumbres de los hombres del progreso científico. Esto es justamente igualar por abajo. Igualar por arriba es tomar de las peculiaridades de cada civilización, aun de las más groseras, la parte que roza lo divino e insertar esa parte en el todo, por tanto en la totalidad de Dios. Esto efectuaron en México los misioneros, hombres validos de su fe en Dios y de su amor al hombre, razón por la cual nunca desesperaron de convertir a los indios, empujándolos suavemente a desenvolver en ellos mismos la propia y particular idea de la divinidad. Igualar por arriba al hombre, de cualquier civilización que sea, la cual merece nuestro respeto, como nos lo dice Pío XII, es introducir en él, para que lo muevan y agiten, la urgencia y la premura de acercarse a Dios y de vivir en El.

Las técnicas, puestas a contribución en todas sus posibilidades, entre éstas la de extenderse a todos y de estar al servicio de todos, han mudado, y mudan continuamente, las condiciones de vida de los pueblos. No hay que olvidar que la ciencia es un producto de la civilización de la Europa cristiana. Hecha laica, convertida a la sola preocupación humana, desligada, por tanto, de las inquietudes de lo trascendente, y esto no por otra cosa sino por la actividad intelectual de los mismos occidentales, ha pretendido, ella sola, y por medio de sus aplicaciones técnicas, colocar al hombre en la felicidad. Enfrentada hostilmente, por otra parte, por algunos científicos, a la religión, afirma, con presunción temeraria, que no hay nada fuera de ella, o después de ella, ni al lado de ella.

Necesitamos los católicos ir al encuentro de la técnica para redimirla, haciéndola, por lo pronto, humana, humana en el sentido cabal de humanismo, y haciéndola, con intención constante, cosa de Dios, medio adecuado, por el consiguiente, de la humanización, o, por mejor decir las cosas; de la divinización del hombre. Este, lo que aceptan los hombres de ciencia todos aun los más descreídos y los más apartados de las cuestiones teológicas, sabe, y no podemos menos que estar de acuerdo en ello, que su destino manifiesto en la tierra es justamente el de modificarla para bien de sí mismo. El hombre, así pues, es el obrero obligado de todo progreso, lo que depende mucho más de la misma ciencia y de sus rectas aplicaciones, que del libre albedrío. Pero el hombre no sólo debe ser considerado en su actividad exterior y en sus resultados, podríamos llamar fabriles, de su actividad, sino en sus actos interiores, los cuales son más propiamente humanos porque en ellos el hombre se encuentra con más precisión a sí mismo y encuentra y halla, con más augusta serenidad, y con posesión más amplia y cumplida, toda la verdad del universo.

La aplicación de la ciencia nos hace correr el riesgo, en que ya hemos caído, de la tecnocracia, o sea el poder omnímodo de los que aplican los procesos científicos y tienen la presunción de no equivocarse. Están los imponderables, las sutilezas, las variadas e imprevisibles, podría decirse con verdad en este caso que las anticientíficas reacciones del espíritu. Es muy cierto que en la práctica existe un cauce hecho por la experiencia, cada día más certera, de la técnica. Contra esto no cabe, por supuesto, el uso de la libertad. Pero como quiera que sea, la amplitud incontenible del es-

píritu tiene un campo en el que no cabe la tecnocracia, la cual, ante la libertad, se desvanece justamente porque la libertad nada tiene que ver con las fórmulas matemáticas.

Y, puesto que nos conocemos más, ya no podremos tener la ingenuidad de creer que la ciencia nos va a redimir y de necesidad nos va a transformar en hombres de bien. Nos conocemos más y sabemos a ciencia cierta que la mecánica y la física nuclear no dan razón, ni explican, ni menos justifican, nuestros actos internos, esas intenciones que se apagan y resurgen, esas aspiraciones de un día, esa insistencia en permanecer en el ser, esa inclinación de llevar al cabo, tanto el bien como el mal, a sabiendas, o sólo por movimiento natural. Todo tiene, ciertamente, su fundamento en los hechos. La observación nos lleva a delimitar las causas de esos hechos. Pero nuestro contacto con Dios, nuestro acomodo a su voluntad, nuestras peticiones, nuestra comunión con los santos, nuestros momentos de anonadamiento, la visión clara o borrosa, que podamos tener de la luz, todo esto es también un hecho. Este hecho nos transforma, a tal grado, que nos lleva a acceder a la filiación divina y a constituirnos en herederos de la gloria de Dios. Y es altamente significativo, y aleccionador en consecuencia, que Vasconcelos haya cerrado y concluido su vida de escritor con una plegaria, la consignada en sus *Letanías del Atardecer*, libro de dulce, de confiada, de sincera humildad.

Que sean los dioses o, por mejor decirlo, que sea la religión y la relación con lo trascendente en que ella nos coloca; que sea, por consiguiente, la comunicación de los hombres, los de los pueblos primitivos o los de

una tribu, así como los de las culturas más adelantadas, en una idea y en un sentimiento comunes de lo sagrado, idea y sentimiento, por otra parte, que dan vida y salud a todas las civilizaciones; que sea, pues, lo trascendente el producto del miedo, que dijo Marx, y el medio infalible que descubrieron los antecesores de los burgueses para tener en esclavitud a los trabajadores, es una afirmación de ingenuos o de malévolos, repetida hasta el cansancio por los pérfidos y los iletrados, muchos de ellos con cátedra en las universidades, con tribuna en los diarios y con puestos altos en la administración pública.

Los dioses empezaron en el paganismo por ser genios exclusivamente familiares. El dios familiar constantemente vigila para que su protección sea verdaderamente eficaz y, por otra parte, dilata su piedad para con los hombres. Y ya no es, entonces, el protector celoso de una familia, sino de varias, de la tribu, por consiguiente, y, finalmente, de una ciudad o nación. La sociedad adquiere, por la religión, esto es, por su contacto con los dioses, una conciencia de solidaridad, y aviva, además, esa conciencia al contribuir a conservar y aumentar el bien común. Una sociedad más perfecta, por tanto más trabada entre sus miembros, de mayor unidad, es aquella en que la religión es más profunda, en que individuos, familias, entidades intermedias, las autoridades todas y el Estado, tienen las mismas ideas y le rinden el mismo culto a los mismos superiores extraterrestres.

Que el universo sea uno no quiere decir sino que todas las cosas que lo constituyen ven, miran y respetan a unos dioses comunes y se mantienen pendientes de ellos. Los hombres más conscientes, pero en

general todos los hombres, procuran ser seres gratos a esos dioses y servirles. Sirviéndoles, sirven a la comunidad. Y la comunidad se hace universal, adquiere un sentido de vida, por tanto, al tenor del cual todas las cosas son comunes, porque hay seres superiores que la amparan, la protegen, la defienden, la estimulan. El monoteísmo de Israel, aun considerado como simple hecho, no como magisterio de Dios y vigilancia celosa de sus profetas, hace de la creación toda la obra de bondad y amor, cuyo destino es el gozo y contentamiento del hombre. La Redención, que es lo universal, lo universal particularmente activo, ímpetu incontenible de llegar a la raíz del hombre para renovar a éste y revestirlo de luz divina y, por tal suerte, ponerlo en la intimidad de Dios, es el monoteísmo de la ley nueva, del que es la guardiana titulada, e infalible, la Santa Madre, la Iglesia Católica, Apostólica, Romana.

El Emperador Romano se hacía atribuir el carácter divino. En su persona existía la comprobación de un monoteísmo, pero de significación política. Los pueblos bárbaros, de la misma manera que el pueblo romano, tenían que rendirle culto de latría. De no hacerlo no comulgaban, ni podían comulgar, con la grandeza de la civilización romana. No eran dignos de la protección del Imperio. Eran réprobos, y no merecían sino la expulsión o la muerte. Los cristianos fueron reos de la pena capital por el delito imperdonable de no haber querido quemar incienso y hacer sacrificios a la divinidad del Emperador. Roma aceptaba todos los dioses de todos los pueblos que sometía o que, como clientes, se acogían a sus leyes y a su paz. Pero el universo entero tenía que aceptar la autoridad

de ese custodio de la creación *Custos rerum*, el César, cuyo amparo era la cosa que todos tenían en común y que, por tanto, los convertía en civilizados.

Y volvemos a esta práctica romana con los comunistas, los cuales, sin la cultura, sin la profundidad, sin la práctica de lo universal de los romanos, afirman ser una verdad de carácter divino, inmutable por el consiguiente, infalible y de obligado acatamiento, lo que dice el partido y lo que dice es lo que dice su cabeza.

El oficio cívico del cristiano, podría decirse con propiedad que sus deberes de patriota civilizado, de hombre, por tanto, que sabe lo que es su religión, o lo que lo liga a Dios, y lo que es su patria, o lo que lo liga a la obra de todos sus antepasados, lo colocan en la necesidad de trabajar por la Ciudad de Dios a fin de acercarse él, y de acercar a sus conciudadanos, a disfrutar de ese bien divino universal que es Dios mismo. El ciudadano cristiano tiene que demostrar que todos los bienes de la Naturaleza son para el hombre. Colocados en el universo, siendo parte de ese universo, nos enseñoreamos, con todo, del universo entero. La ciencia y las técnicas son un camino, pero, perdidos en él por habernos apartado voluntariamente del faro que nos alumbra con luz sobrenatural, nos hemos entregado a la destrucción científica por medio de las armas atómicas.

Vasconcelos sentía la dulce y consoladora seguridad de ser hombre completo viéndose católico y poniendo toda su buena voluntad en ser hijo fiel, por esto mismo sumiso, de la Iglesia. Sentía que ésta le hablaba su propio lenguaje de él y que le hacía eco a sus propias inquietudes de hombre moderno. Como hombre de reflexión, interesado en ver al mexicano con-

vertirse a la civilización y a la cultura; como escritor y poeta, como político, consciente por lo mismo de su oficio de guía, no podía menos que aceptar las enseñanzas de la Iglesia y de acercarse a la palabra de vida del Evangelio. Sabía Vasconcelos que él, como todos los hombres, era una pertenencia de Dios, tanto más íntima cuanto más usamos nosotros la inteligencia y más ponemos en ejercicio el amor. Pertenecemos a Dios porque nuestro destino es Dios. Y esto es más claro, más premioso y más inaplazable tratándose del intelectual, por tanto del escritor y del poeta. Creer en Dios, acercarse a Dios, esperar tener la visita de su Verbo, hablar por Dios y ser su intercesor, es cosa de subida calidad humana, de inteligencia penetrante y de voluntad recta, no de fanáticos, de supersticiosos y de ignorantes. Vasconcelos con su catolicismo nos dejó la lección del hombre humilde, del que, por consiguiente, reconoce ser pequeño y ve en la grandeza del Criador su complemento, su sosiego y quietud, su deleite y regalo y el gozo tranquilo de una delicia creciente e inacabable.

Pero hay algo más en el católico, signo y sello en él de la religiosidad, signo y sello que imprimen carácter por ser el catolicismo la religión verdadera. Ese algo consiste en que, hallándose siempre ante Dios, no puede hurtarse a la consideración de lo absoluto porque en todas partes, y, ante todas cosas, en sí mismo, ve y contempla la obra divina con ojos divinos. Los seres todos los vemos nosotros en su verdad cabal cuando descubre en ellos la inteligencia humana que guardan una indispensable dependencia con el Criador. Los teólogos nos dicen que lo creado, o lo finito, o lo imperfecto, obtiene su plenitud, por tanto es más él,

en la mente divina que en sí mismo. Y el católico ve, pues, a los seres todos de la creación con más inocencia, con más penetración y con más amor que el que está "liberado" como dicen los necios, del "prejuicio" religioso, que el que rechaza la relación divina de las cosas, que el soberbio que cree ser un valor absoluto y desconoce, por esto, lo trascendente. El católico vive en la eternidad. Su tiempo, sus actos todos, aun sus mismos pecados, se insertan en lo eterno, razón por la cual adquieren un valor más allá de lo humano. El hombre religioso se habla a sí mismo, pero en el silencio. El silencio es el medio usado por Dios para comunicarse con los hombres. Y al hablarse a sí mismo el hombre religioso repite las palabras divinas que sólo en el recogimiento y en la soledad pueden ser oídas. Y al hablarse a sí mismo sólo él puede escucharse. El contemplativo nunca habla porque siempre está pendiente del silencio elocuente de Dios.

La justicia es lo que hace vivir y prosperar a la sociedad. La justicia es la comunicación de igualdad entre los ciudadanos, puesto que a cada uno de ellos se le da lo que es debido, tanto en atenciones y reverencia a su dignidad de hombre, como en atenciones y correspondencia a sus propios merecimientos. La justicia es la concordia, la unión amistosa, por tanto, entre todos, y la seguridad de participar con derecho propio del bien común.

¿El cristiano es elemento de discordia, causa de la decadencia de la ciudad, negación de los fines temporales e intención de subordinar, lo que para muchos es degradar, toda la política a la religión? ¿El cristiano pretende, por ventura, instituir una república clerical? Vasconcelos conoció los equívocos de la política

mexicana. Fue él parte, y tuvo parte, en la gobernación. Sintió él, como revolucionario del montón, así se calificaba él en la época de Obregón, el celo anticlerical. Después se adhirió a la sentencia de San Agustín: "La verdadera justicia no puede darse sino en la república cuyo fundamento y dirección es Cristo." *Vera autem justitia non est, nisi in republica, cujus conditor rectorque Christus est.* (De Civ. Dei 11, 21, 4).

El concepto cristiano de justicia y la práctica de ese concepto es lo que hace mejores a los pueblos porque es lo que va más alla del *do ut des*, o sea la atribución, a cada quien, de lo suyo, cosa racional sin duda y, por tanto, conforme con la naturaleza humana y esto para introducirnos en la caridad, o en el reino augusto del amor. México ha sido bautizado y su historia es el desenvolvimiento de su ser de cristiano. Que hayamos sido infieles a nuestra vocación, nosotros los católicos, y que no hayamos sido los portadores de Cristo, no quiere decir sino que pesa sobre nosotros la grande, premiosa, terrible tarea de rectificar, ante todas cosas y, por principio de cuentas, nuestra propia vida. Tenemos que hacernos a la conciencia católica, a la exigente conciencia católica de hoy en día, la cual requiere de los católicos, con perentoria urgencia, no sólo sacrificios sino heroísmo, ejemplos constantes de probidad y muestras fehacientes de benevolencia.

Vasconcelos, no por decadente y claudicante; no por débil mental ni por cálculo y codicia; no por ignorante, ni menos por inhibición de su espontaneidad, sino por todo lo contrario: por lúcido, por desinteresado, por reflexivo y contemplativo, por hombre libre, por fiel a su tradición, por defensor de la familia, por patriota iluminado, por hombre de historia que hizo his-

toria y que poseyó, clara y transparente, la conciencia del mexicano; por humilde y por noble, por alto y robusto, cuya altura y robustez alcanzó él en la verdad, fue católico.

VII

SUMA, SENTENCIAS Y CUESTIONES

ANARQUIA — Viene del individualismo. Comenzar, recomenzar siempre y todo por esa amplitud que se le da y reconoce al individuo, a su espontaneidad, a sus gustos y caprichos. La tradición y la historia disciplinan.

ANTI-HISPANISMO — Se entretienen en hacer mil suposiciones, desbocada la imaginación, inspirada, por otra parte, en el odio a España. Hablan de lo que hubiera sucedido de haber sido derrotado Cortés. Todo esto es gana de perder el tiempo y de mantenerse en una posición de negación. Hay un hecho, que es el México de hoy. Los mismos indigenistas indigestos, profesionales del aborrecimiento a la civilización cristiana, fincan lo que ellos llaman el proceso de aculturación del indio en la propagación de la lengua castellana. A todos nos importa anudar la tradición, revivirla y amplificarla. Los misioneros son los antepasados espirituales de los maestros de hoy. El gobierno debería estar patrióticamente interesado no sólo en mantener el catolicismo, sino en fomentarlo. Es, ese catolicismo, lo único que le da fisonomía nacional a México. El indigenismo, dejado solo, como quieren algunos, los más necios, es hacer caso omiso de más de

cuatro siglos de obra altamente humana. La lengua castellana es un elemento, de una eficacia bien probada, de conciencia de unidad y de superioridad. Cuando me atribuyen el odio al indio olvidan que yo fui el inventor de una cruzada en favor del indio; pero darle al indigenismo un contenido antiespañol es hacer obra de desmexicanización.

ANTI-HISPANISMO, fincado en Cortés—Odiar a Cortés es, para los que exhiben un nacionalismo prehispánico que ni siquiera puede ser anacrónico, sino sólo atribución gratuita a los indios, de ideas que nunca éstos tuvieron, es rechazar las formas de vida cristiana y la civilización española. Y la escuela hace aptos a los mexicanos, al querer ser esa escuela una empresa de indigenismo indigesto, para aceptar lo extranjero. Todo esto es descastamiento.

ANTIPORFIRISMO, latente en el porfirismo — Ser opuesto al régimen porfiriano era tener voluntad de sobrepasar sus fallas y, desde el punto de vista del civismo, era tener voluntad de remover los obstáculos del progreso de México. Las insuficiencias del porfirismo significaban, dentro de él, un requerimiento a la oposición. Las escuelas se habían multiplicado por todo el país, es cierto, y se despertaba, muchas veces en contra de la ciencia oficial, la conciencia de un patrimonio histórico. Y se veía entonces, que Porfirio Díaz estorbaba el anhelo de un mejoramiento espiritual.

CADAVER SOCIAL, necesitamos un cementerio para el — La unidad revolucionaria, hecha por nosotros con el heroísmo de los que fueron grandes y con la limpieza espiritual de los que anhelábamos un México, casa familiar para todos, se ha trasmutado en unidad de ne-

gociantes, de calculadores y de aprovechados. La revolución es, por esto, un cadáver. Y es más difícil enterrar un cadáver social. No hay cementerio para tanta carroña. Y debemos construirlo.

CAINES han sido nuestros militares — Caín mató a Abel, su hermano. Desde entonces, que es decir desde los orígenes de la especie humana, puesto que los dos son hijos de Adán, nuestro primer padre, la tierra, regada con la sangre inocente, ha sido infecunda. Requiere de ímprobos trabajos, de ensayos mil, de atención continua para hacerla producir y reducirla a nuestro mandato. Y nuestros militares, pese a la necesidad de las revoluciones, tienen, cuando se exceden, y, por desgracia, como harto lo comprueba la historia, se han excedido demasiado, los méritos de los Caínes porque se han dedicado a matar hermanos, por supuesto que, inocentes, precisamente en tratándose de excesos. Esta es la razón trascendente de la infecundidad de nuestra tierra. La hemos regado con sangre que pide venganza al cielo y la hemos privado de la mano hábil y experimentada de miles, de millones de mexicanos que hubieran empleado en ella su industria, su audacia y su amor.

CARRANZA, el crimen de—Era tan calculador, y, a tal grado, que se perdía en sus cálculos, los cuales eran verdaderos vericuetos, de los que muy a menudo no acertaba a hallar la salida. Por cálculo exaltó rufianes y canallas. Parece que los buscaba para premiarlos. Puede decirse que abrió y mantuvo permanente un concurso de bajeza y rufianería. Por otra parte, Carranza se dedicó de todas veras a arruinar a los hombres de empresa españoles y mexicanos y esto con la

intención, pérfida y traidora, de favorecer al yanqui. Madero despertó al pueblo al convocarlo a hacer valer sus derechos de ciudadanía. Más tarde, a raíz de su asesinato, y cuando había más necesidad de ejercer esos derechos, se sumaron al carrancismo no sólo los buenos, sino los salteadores de caminos, y éstos son los que se le han impuesto a la nación. Al maderismo concurrieron los patriotas. Los asesinos y logreros, que acertaron a colarse, fueron unos cuantos y todos los conocíamos. Con Carranza, muy favorecidos por él y prestándole apoyo, empezaron a ejercer el oficio de revolucionarios los indelicados y los pillos. El oficio fue perfeccionándose y pronto se convirtió en complicada profesión. Y a mayores aptitudes para el engaño y el provecho hubo mejor paga. Las infiltraciones en la revolución del dominante espíritu anglosajón, se llevaron al cabo gracias a la complicidad de Carranza. Lo pocho es un fermento de descastamiento que le debemos al carrancismo.

CASO ANTONIO, el mito de — Caso era digno de admiración por las grandes cualidades intelectuales que tuvo y que, desgraciadamente, para mal de los mexicanos, no siempre hizo valer en los hechos. Tenía orgullo y vanidad. Siendo orgulloso, como lo fue, caía con frecuencia en la soberbia, en el amor desmedido de sí mismo, en la exaltación de su yo. Estuvo acostumbrado a que se le rindieran y le llamaran maestro. En la enseñanza fue excepcional y todos los que escucharon sus cátedras no podían menos que sentirse sus discípulos. Siendo vanidoso, como también lo fue, se manifestaba feminoide. Su frente afeitada es prueba contundente. Yo idealicé a Caso, por quien sentía una viva simpatía, la del amigo y del compañero que nunca le

regateó su estimación. En muy pocas ocasiones tuvo la valentía de ostentarse ciudadano. Su abstención era como la de Pilatos. Y, como filósofo, fue, en realidad de verdad, un expendedor de retacería. Con todo esto, nos dejó un gran ejemplo de probidad. Durante muchos años su voz fue la de mayor resonancia en la república y siempre la mantuvo digna. De no haber sido vanidoso, ni soberbio, México contaría con un ejemplar de valor universal.

COLONIA, seguimos siendo— Nuestra vida sigue siendo colonial. Hemos mudado de Señor. Somos clientes de los Estados Unidos. Afortunadamente —y que así continúe depende de nuestro patriotismo— vivimos a la española en el hogar y en nuestras costumbres. Hay reacciones, como la de Eulalia Guzmán, que no afectan y sí divierten.

CONQUISTADORES, el español y el viking — El conquistador español, con todo y su codicia y sus crueles acciones, fallas que no fueron lo común, sino más bien la excepción, está muy por encima del nórdico bárbaro. El español era un hombre completo porque era una unidad de humanidad. El nórdico siempre es oportunista y de un egoísmo muy calculador. Busca la esclavitud por el provecho que obtiene de ella. Quiere esclavos y quiere que sus esclavos sepan que son esclavos. El español elevaba al indio. Sabía, tenía que saber que un indio valía tanto como él, poseedor, por tanto, de la misma dignidad humana. Había entre él y su indio un trato de almas. Podía el español ser infiel a sí mismo, pero, tarde que temprano, tenía que arrepentirse de su infidelidad y que reparar. El bárbaro, más práctico y con ojos que no aparta de los bienes temporales,

busca, y desgraciadamente halla, un cómplice en el politicastro y en el intelectualoide de alquiler.

CONSERVADORES, hay conservadores y — Los conservadores son idiotas. Se mezclan los porfiristas, los cardenistas, los alemanistas, y ahora los ruizcortinistas. Quieren conservar las ganancias de la feria y de la pesca hecha en el río que revolvieron. La Iglesia es la única conservadora porque es la única revolucionaria, quiero decir la única audaz, la que se encara valientemente a lo porvenir.

CUADROS LEGALES, son extranjeros nuestros — Individuos excepcionales, que, por serlo, han sobresalido sobre el común de los políticos y politicastros mexicanos, fueron partidarios incondicionales del protestantismo. Lorenzo de Zavala fue uno de éstos. El partido de los puros ingenuamente identificaba el protestantismo con la fuerza y la grandeza económica de los Estados Unidos. Y su ingenuidad los llevaba a sacar por consecuencia que México sería grande si despreciaba y olvidaba sus costumbres y sus instituciones católicas. Pronto el espíritu y la mentalidad de estos hombres se convirtieron en doctrina de partido. Este partido fue el liberal y con él, con su dominio, con su triunfo, con la consagración de este triunfo hecha por los Estados Unidos, se forjaron los cuadros oficiales, hasta ahora permanentes, de la política mexicana. El partido liberal tuvo la facultad de hacer leyes, gracias a esa consagración, y la fuerza para obligar a los mexicanos a obedecer estas leyes. "Los protestantes —dice Contardo Ferrini (Portaluppi, "El Alma Religosa de Contardo Ferrini, pág. 158)que vivió entre ellos cuando ampliaba sus estudios en la Universidad de Berlín— son almas sinceras, pero víctimas de una creencia

que ha vaciado de todo vigor sobrenatural la doctrina cristiana. Esta disminución de los dones del Espíritu Santo ha hecho nacer, en un pueblo numeroso y fuerte, el gusto por una civilización material y por una forma nueva de paganismo bajo apariencias cristianas."

Lo nuevo, lo laico, lo progresista en México, es hacer de la sociedad el medio y el ambiente, el instrumento completo, por tanto idóneo, del enriquecimiento personal. La sociedad existe, según esto, para servirse del individuo, no para ayudarlo, para hacerlo más apto en su desenvolvimiento, en su perfección, en su vocación, en su deber. La sociedad enseña. Es la maestra de la vida, el cúmulo de las experiencias de las generaciones presentes y de las pasadas, la natural selección de los mejores, que es decir de los que en arte, en ciencias y en técnicas, deben enseñar a los demás. Pero, por esa idea falsa, laica, antirreligiosa que se tiene del progreso, las sociedades se convierten al capitalismo. Los que tuvieron el espíritu capitalista se apoderaron del Estado para subordinarlo y hacerlo, así, el instrumento de la adquisición individual de la riqueza.

CULTURA UNIVERSAL — El espíritu de secta acabó con la amable comunicación entre los hombres y con la conciencia de comunidad. Decir secta es decir particularismo y lo particular es lo individual. Las sectas le dieron en Alemania al Estado la oportunidad de apropiarse, para fines temporales y nacionalistas, y para cálculos de provecho personal, de los asuntos religiosos. Rehacer las formas universales de cultura, poner los fundamentos de una sociedad internacional, sólo es posible mediante la acción espiritual de la Iglesia Católica.

DEFICIENCIAS del mexicano. Origen político de las — Todos los mexicanos, apenas nos ponemos a reflexio-

nar sobre lo que somos, lo que fuimos. lo que podríamos ser, caemos en la cuenta de ser frustraciones, de movernos en la impotencia, de caminar tropezando con obstáculos que muchas veces nosotros mismos forjamos en nuestra fantasía. Esto sucede por los malos gobiernos, los cuales han dejado una huella de opresión durante generaciones y generaciones. Los psiquiatras de la historia deberían hacer un estudio de los maleficios que han traído al ser del mexicano la Reforma, Juárez, Porfirio Díaz, Carranza, Obregón, Cárdenas y compañía.

DESTINO, los mexicanos somos los únicos obreros de nuestro—El descontento y la aflicción, la censura y el asco, nunca deben ceder el paso a la desesperación y sólo han de incitarnos a la inconformidad, la cual fuerza es que nos lleve de la mano, no sólo a gritar nuestros derechos, sino a ejercerlos. Debemos tener fe en los destinos de México. Los acontecimientos que ligarán lo pasado de México con su porvenir están latentes en el secreto de los corazones. Las hazañas de los verdaderos héroes, de los hombres de elección, del pueblo fiel, son una semilla que fructificará, que ha fructificado ya. Tenemos confianza y nuestra confianza en los buenos mexicanos es una razón para ser optimistas. Sabemos que la inteligencia es la inteligencia y que la verdad es la verdad. Cultivando la una tendremos un instrumento eficaz para pelear por la otra. Los verdaderos mexicanos tiemblan ante la historia. Sienten ya en sus carnes los dolores que quisieran evitar a sus hijos y a los hijos de sus hijos.

DESNACIONALIZACION — Ese fenómeno, que muchos han analizado, que no deja de estar presente en

nuestro diario vivir, y que consiste en el menoscabo u olvido, a las veces en el rechazo de lo nacional, el cual fenómeno ha sido bautizado con el nombre de malinchismo, uno de cuyos aspectos, el más nocivo, sin género de duda, he denunciado yo con el nombre de *pochismo*, está cobrando mayor entidad en estos últimos tiempos, sobre todo en la juventud estudiosa.

El amor a lo extranjero es el camino que hemos andado, o ciegamente o maliciosamente, el cual nos ha conducido a la desnacionalización. Los "progresistas" de la época de la independencia nos arrastraron a la imitación de los Estados Unidos. Esta imitación tuvo un desenlace trágico con lo de Texas y con la invasión y mutilación del 47 y del 48. Los liberales de la Reforma, los cuales, mediante ella, declaraban consolidar la independencia y crear, por consiguiente, nuestras instituciones, eran, no sólo imitadores, sino admiradores de los Estados Unidos. Los indigenistas prefieren lo protestante, no obstante que los protestantes han cazado al indio o lo mantienen en "reservaciones".

Los comunizantes justifican su repulsión a los Estados Unidos con su fanatismo por todo lo de Rusia. Se ostentan obsesos y no nos enseñan otra cosa que la metafísica socialista, la del pretendido socialismo científico de Marx, que los rusos, siempre imitadores y, por tanto, descastados, copiaron de Alemania.

DIAZ, Porfirio — Andan con la palabrita de *porfiriato*, con la que quieren significar que don Porfirio marca una época de gobierno personal y absoluto. Díaz era mexicano. Sus virtudes y las buenas cosas que hizo son la prueba de que el mexicano puede. Pero la intención de su régimen, y el uso que sus amigos y colaboradores hicieron de lo que él valía y significaba, es infame.

Díaz es la prueba de que el mexicano podía; pero Díaz es la desesperanza de México, el desprecio a México, la infidelidad al destino del mexicano. Díaz renegó de México. Lo positivo en él se vuelve todo entero contra México. Protegió lo extranjero y prohijó toda empresa antimexicana.

DIOS dentro de la conciencia individual. — Dios enamorado de *mi* conciencia. La conciencia de cada quien, movida por la propia experiencia y esta experiencia como resultado de una actividad, tan personal como caprichosa, está divinizada. Este es el inmanentismo. Este Dios que diviniza de esta suerte la conciencia individual es un Dios de los filósofos, y de los filósofos de la falsa mística, y se identifica con el Gran Arquitecto del Universo. El mundo pide una explicación racional y esta explicación es el Gran Arquitecto; pero el Gran Arquitecto sale de mi conciencia y es como una creación de ella.

Nos quieren hacer creer los protestantes que el protestantismo es una conciencia más completa, más moderna, más viva de la idea cristiana. El catolicismo es cosa caduca y muerta, formas vacías, formulismos o sea administración, culto, ceremonias, posturas sin contenido, restos de un simbolismo sin relación a lo real de ahora. El protestante cree ser superior.

Nada de oración, nada de trabajos, de penas, de sacrificios, cuyo mérito podemos referir en favor de los vivos y de los muertos. Nada de intercesión de los santos, y de nuestros parientes y amigos, nada tampoco de la tierna y maternal mediación de la Virgen María, "vida, dulzura y esperanza nuestra", como decimos en la bella oración de la Salve.

La paz, desde la escisión producida por el protes-

tantismo en la República Cristiana, ha tenido que ser, desgraciadamente, un equilibrio de armamentos, situación que siempre ha existido, justamente desde esa escisión espiritual, y que ahora llamamos "guerra fría".

DOBLEGAR la voluntad por medio de empleos. — El gusto de saber, de llevar, mediante un conocimiento cierto, de adhesión a la verdad, una paz interior, posesión, por tanto, de sí mismo. He aquí lo noblemente humano. No descansamos sino en la confianza, en la conciencia de nuestra capacidad de conocer. La inquietud de que somos presa no se satisface con la aceptación de las ideas oficiales, las cuales, de antemano, sabemos que son interesadas, y, por esto mismo, ilógicas, inconsistentes y, en el mejor de los casos, provisionales.

Sabemos que hay, sobre todo en lo intelectual, abusos de autoridad. Esta no se contenta con lo que puede hacer mediante el uso de la fuerza, como decretar impuestos para tener sumisos a los contribuyentes. La facultad de dar empleos es su método de persuasión. El acatamiento interesado ya sólo es dable en los mexicanos de muy baja condición moral. Por esto, precisamente por esto, los incompetentes se han encaramado en los puestos públicos.

ELECTORAL, reforma — Se habla mucho de reforma electoral, pero pocas veces y casi nunca, con la debida franqueza, de una reforma mucho más importante, la cual es la reforma de la conciencia popular. El pueblo siente, y, más que otra cosa, sus carencias, las condiciones inhumanas a que frecuentemente se le somete. Se necesita una reforma del elector. Hay que instruirlo, en vez de gritarle que él es el conductor. De hecho se le

unce y se le encadena por los mismos que lo halagan diciéndole que él es el que manda.

ENEMIGO DEL MEXICANO, el mexicano es — Se trata de la cosa usual, conviene a saber la zancadilla, la traición, el perjurio. Si el mexicano está abajo, lame la mano del que le da pan o del que le pega. Claro que esta reflexión reza para cierta clase de mexicanos, desgraciadamente muy activos y que se han deslizado en todas partes, en la política militante, sobre todo. Si este tipo de mexicano se cree igual a los políticos del círculo en que se mueve, los cuales, por otra parte, son los preferidos de los que mandan, porfía, hasta lograrlo, sobresalir, para lo cual no le importan los medios puestos en práctica. Si está arriba pide ruidosamente acatamiento, culto de dulía o de hiperdulía, cuando no de latría. La política, esta maldita política que hemos practicado durante más de un siglo, ha sido la mala maestra. La política ha estado inspirada en la envidia, en la venganza, en la sed de mando y de riquezas. El que se encarama en los puestos de gobierno se entrega a la, para él, placentera tarea de humillar y busca, y aun paga bien, a los que puedan secundarlo, razón por la cual alquila intelectualoides. Y aun se ha dado el caso de que aventureros de otros países vengan a ocupar la ciudadanía mexicana, como si se tratase de una casa de campo o de recreo, a fin de practicar lo que podría titularse un turismo de humillación a los mexicanos. En tiempos de Cárdenas había inquilinos de nuestra ciudadanía que se ostentaban abogados y consejeros de la Presidencia de la República. Los intelectualoides de alquiler han constituido una casta gobernada muchas veces por extranjeros, "peritos" en triquiñuelas y socaliñas. Los pronunciamientos y cuarteladas y su con-

secuencia, la guerra civil ideológica, la cual, no por incruenta es menos despiadada, nos han traído esta costumbre, que en fuerza de su arraigo ya es ley, la ley del desorden. Este desorden tiene un aspecto, advertido por todos, y que no es otro que la improvisación. Generales de dedo, empresarios fabriles de dedo, banqueros de dedo. Pensemos en Santa Anna, gran fabricante de dignidades de dedo. Por esta costumbre de la improvisación se explica que la posesión del dinero sea un designio sostenido. Con el dinero se da satisfacción a la sensualidad, se humilla a los que no lo tienen y se gasta el tiempo en torpes entretenimientos.

ENTIERRO, mi—Me aterra pensar en que mis despojos puedan tener la vecindad de los de personas que he juzgado dignas de execración. Dejo dicho que quiero un entierro católico, o sea en lugar sagrado. Y me satisface pensar ser acompañado por el pueblo y la juventud.

ESPIRITU CIVICO, atentado contra el — Ciertos manejadores, o, por mejor decir las cosas, ciertos revolvedores o barajadores de palabras, por lo común de palabras altisonantes, buscan y pagan, por supuesto que con los dineros del pueblo, a gente mediocre a la que previamente le regalan el título de intelectual y esto para obtener de ella aplausos, aprobaciones y adhesiones. En todo esto no hay ni la sombra desvanecente de una idea. Ya nos estamos acostumbrando en México a los genízaros, a los alguaciles endomingados, a los motociclistas ruidosos, que no otra cosa son los que nos ensordecen con su gritería. Quieren ser los que más se desgañitan para pretender probar con ello que son los más desinteresados, cuando sucede precisamente lo contrario: que son los más simuladores.

Vemos la simulación de la virtud y de la inteligencia. Y esto es un atentado grave al espíritu cívico.

ESCUELA OFICIAL, La — El primer día de escuela marca para el mexicano una contradicción. La escuela laica era la negación de lo mejor de nuestra historia. La misma universidad endereza al mexicano contra México. De ella han salido legiones de pedantes, de semiletrados, de intelectualoides de alquiler.

FILOSOFIA, mi — ¿Osaré llamarle filosofía? No he querido hacer sino una reflexión de hombre que cree haber pensado. Me faltan muchos datos y seguir, paso a paso, una tradición especulativa. Me he movido en la anarquía. Reconozco mis deficiencias y me satisface haber llegado a las mismas conclusiones. No aspiro a la originalidad, por más que alguna vez he creído ver lo que otros no vieron. Con los datos que he recogido en mis lecturas y en mi experiencia no puedo menos que advertir en todas las cosas la huella de Dios.

FRUSTRACION DE LA IGLESIA — Nos movemos los mexicanos dentro de cierto determinismo. Es la rigidez de las leyes, muchas de las cuales están malhechas; es la desnutrición, la miseria, la bajeza moral; es el desorden intelectual y el ambiente de la inmoralidad. Todos estos elementos nos cercan y parecen determinar la incapacidad del mexicano para forjar una patria amable, piadosa, maternal. ¿Quiere esto decir que los católicos son una frustración? Todo ha conspirado contra ellos, y, más que todo, su falta de malicia y, todavía más que esto, su falta de generosidad. El pueblo manifiesta, con todo esto, una voluntad firme de mantenerse en su ser. Y hay que ir al pueblo.

FUERTE, favorcer al más — Ha sido la práctica cons-

tante del liberalismo poner al más fuerte en situación de dominar. Dicen los liberales que las libertades, por el sólo hecho de ejercerse, se limitan entre sí de suyo para constituir una armonía social. Mentira. Dar libertad a todos y para todo es justamente garantizar el dominio del más fuerte. Y esto es poner en las sociedades humanas la ley de la selva, según la cual el león se come tranquilamente a la gacela.

GRANDES HOMBRES, Los — Su contacto, el cual, para dicha nuestra, puede llegar a la intimidad, forzosamente nos hace optimistas porque nos pone delante de actos verdaderamente humanos, actos que, por otra parte, nos inducen a la imitación. El ejemplo arrastra. La manera que tienen los grandes hombres de ir tomando posesión de las cosas, de componerlas, casi de aderezarlas para nosotros, es un enriquecimiento para la especie.

GUANAJUATO — Quiero una vez más ir a ver ese río, el más mexicano hasta ahora, el Lerma, río domesticado por el espíritu industrioso de nuestros antepasados y que presta grandes servicios. Me encanta Celaya, ciudad moderna, abierta, que conserva lo característico de lo español y que es, al mismo tiempo, la más mexicana. No ha habido un presidente de Guanajuato, y ésa ha sido nuestra desgracia. Yo nací en Oaxaca, pero no me siento muy oaxaqueño. Detesto a Juárez y a Porfirio Díaz.

GUERRA CIVIL, entre mexicanos — Los mexicanos no se aman y continúa, por esto, la guerra civil; pero es peor la guerra que mueve el mismo gobierno contra nosotros. El gobierno es la propiedad de unos cuantos y empresa de colocación para los amigos. Quisimos algu-

nos, en los buenos tiempos de Obregón, acabar con el carrancismo, que era odio feroz al no partidario, al no simpatizante. La colocación de amigos es ahora una especie de actividad industrial, la empresa de una fábrica de producción en serie, dirigida por buenos expertos. Todos esos negocios que ha inventado y multiplica tan aprisa el gobierno, a costo tan elevado, además, existen para premiar al partidario. Y el partidario tiene más méritos cuanto más servil es. Desespero a veces de que haya una verdadera reconciliación entre los mexicanos. La estima, el amor, la concordia, la convivencia, requieren de necesidad la libertad.

HISTORIA, la verdadera — Los liberales están interesados en que los mexicanos no conozcamos la verdadera historia de México. La enturbian y la enseñan como verdad de secta. Y pretenden que todos nos reduzcamos a la secta. La verdadera historia nos une, nos da conciencia de algo común, de pertenecer al mismo tronco. Pero hay necesidad de que la historia nos divida, por supuesto la historia que ellos enseñan.

HOMBRE, vale más que todo el universo el — Sin que Dios esté entre nosotros, sin que le llamemos y sintamos su presencia, no acertaremos nunca a ser hombres. Tenemos que ser reflejo de la inteligencia de Dios. Somos intérpretes de las voces de lo Alto. Y por esta razón en nosotros hay más realidad que en todo el universo.

HOMERICO, Lo — Lo heroico, vocación ineludible, o lo heroico obligado, lo heroico elemento natural de la historia, lo heroico como constitución íntima del hombre, es la herencia recibida de Grecia. Persiste Homero. Recoge éste, según muchos críticos, las leyendas asiá-

ticas, inventadas o propagadas por los fenicios, y las historias egipcias de inspiración religiosa. Homero es el registro poético del *mare nostrum*, el Mediterráneo, que es aguas, contornos, islas, puertos, grandes ciudades, razas diferentes, competencias comerciales, guerras de dominio. Ese registro es poético porque es un canto a lo heroico. Y el relato de Homero muestra, por una parte, la inspiración diabólica y, por otra, el hálito divino, aquélla y éste motores de las acciones del hombre. Ese relato es la presencia de los dioses, buenos y malos, y la voluntad omnímoda de Zeus. Y es, también, en cuanto a lo humano, el triunfo de la inteligencia. Mi Ulises Criollo quiso ser una reminiscencia de todo este fondo milenario que alienta en Grecia y que es la herencia de todos los civilizados. Sin el culto a la personalidad caemos en las competencias de las bestias, donde sólo hay instinto, asechanzas y fuerza bruta.

IGLESIAS, convertidas en cuadras, bodegas y cuarteles — Los fuertes, hechos para la defensa, como los castillos en la playa y los presidios en la frontera norte, se convirtieron en sitios de tormento y castigo para el hombre libre y en signos de opresión. Allí tenemos a San Juan de Ulúa, cuya fábrica, convertida en cárcel, inepta para defendernos del inglés, parece que se ufana de amenazar y destruir las libertades del hombre. De estudiantes, cuando nos acogíamos al edificio de la Preparatoria, ni siquiera sospechábamos que su belleza arquitectónica era el alma de una edad negada por nuestra enseñanza, pero más fecunda que nuestro tiempo. San Felipe Neri era una cochera y parte de su convento un teatro. El lugar sagrado en que pensó Sor Juana era el abrigo de briagos, viciosos y mujerzuelas. Santiago Tlaltelolco fue durante muchos años bodega

y su noble claustro cuartel y prisión. La generación maldita se empeñó, por medio de sus negaciones y destrucciones, en desvirtuar la obra titánica de España.

IGUALITARISMO — Un Evangelio despojado, por la interpretación personal de cada quien, de la verdadera noción de la gracia y de la necesidad de los méritos se convirtió en una fuente de anarquía. De él se toma sólo el elemento humano, las invectivas, por ejemplo, contra los ricos, los poderosos y los príncipes. Negar la compleja realidad y caer en el simplismo; negar las deficiencias naturales es condenar la autoridad y, por consiguiente, el orden social.

INTELECTUALOIDES, ---- infatuados de superioridad —Los intelectuales que en realidad de verdad no lo son, sino sólo de nombre, y de nombre que ellos mismos se regalan, se contraponen, como para hacernos ver su superioridad, a los obreros. Estos enseñan sus manos y demuestran que saben trabajar. ¿Y ellos? Cualquier necio se dice intelectual. La fauna de los escritores de pega y de los que se llaman a sí propios periodistas, constituye una apretada muchedumbre. Y no sólo se quieren distinguir de los obreros, sino también de los técnicos. Estos, efectivamente, sólo ven la utilidad. Se fijan en el hombre porque éste puede ser útil para algo que ellos tienen en mente. El técnico que no es otra cosa que técnico es un peligro porque es un hombre deshumanizado. Tenemos que arremeter contra el falso intelectual y contra la tecnocracia.

IRRELIGION del Estado — El liberalismo desligó al Estado de sus deberes religiosos y lo puso en ocasión de constituírse exclusivamente en una técnica de mando, y podría decirse, de opresión. Desde el protestantismo para acá el Estado ha visto en la Iglesia un com-

petidor y una autoridad que lo obliga al respeto. La Iglesia Católica es una unidad, un cuerpo místico del que todos los hombres tienen la vocación de ser miembros. La Iglesia habla por todos. Y en esa técnica de mando, en esa política pura en que se mueve el Estado moderno, prefiere éste las conciencias individuales porque las hace siervas. La Iglesia defiende al hombre porque ve en él su dignidad interior, su persona, la filiación de ésta con Dios. El católico no puede obrar aislado ni puede ser tenido en aislamiento. Es hijo de Dios y Dios está en él; tiene hermanos, que son los otros hombres. El Estado, cuando persigue a los católicos, sabe que tiene que habérselas con una sociedad, con un cuerpo organizado. En el protestantismo el Estado trata con individuos. Y prefiere esto.

INSTITUCIONES, teníamos los mexicanos—Había universidad, había escuelas, había centros de adiestramiento y variados talleres de artesanía, las unas y los otros con patrimonio. Pero la riqueza principal, siendo cuantiosos los capitales dedicados a la enseñanza, consistía en la capacidad de servicio, en el amor a la vocación magisterial. El maestro, desde el más humilde hasta el más encumbrado, desde el que enseña a deletrear hasta el que se entretiene en sesudas disquisiciones, es el momento de mayor contenido para la patria. Trasmite el maestro lo valioso de lo pasado y adelanta lo porvenir. La España católica por medio de sus instituciones educó a los mexicanos en el deber y en la vocación de servir. El catolicismo fabrica hombres superiores. Y el Estado no ha podido competir. Y, a causa de esto, de saber, por tanto, sus limitaciones, sobre todo cuando maneja hombres, cae en el feo vicio de la envidia. No deja hacer. El maestro, que es, por su oficio, el hom-

bre más servicial, es, también en México, el hombre de necesidades siempre insatisfechas. Mientras mejor servidor es, más humillado se encuentra.

JUAREZ, la carroña de — Lo que fue carroña de Juárez, consumida por los años, ya no existe. Y de él, aparte de su herencia política, que muchos hacen consistir en lo anticatólico, sólo quedan sus huesos. El fue el representante titulado del espírtu anglosajón y el obrero diligente de la empresa de disolución encabezada por la masonería. Fue ostentosamente católico para poder encaramarse a los puestos públicos y después lo suficientemente anticatólico para dar satisfacción a los enemigos de la Iglesia, los anglosajones en primerísimo lugar, entre éstos. En realidad de verdad, y sin desconocer los movimientos patrióticos del pueblo en contra de la intervención francesa, Juárez significa la puerta abierta a la desnacionalización. Sus restos deben estar en Washington, *where he belongs*.

LAICISMO — El laicismo es la doctrina política que tiene a la religión como negocio exclusivamente privado. El Estado debe ser laico para dejar a cada quien la libertad de creer o de no creer, de adorar a un dios con exclusión de otro. Esto es, ni más ni menos, el libre examen. Lo que supone ir contra la tradición, la jerarquía, las enseñanzas de la Iglesia. Sólo debe haber individuos. Y del libre examen se pasó al libre pensamiento.

LUTERO — Es el grito de la barbarie, la negación del orden, la rebelión contra la cultura, la ruptura de la unidad. Y todo, ¿para qué? Para exaltar al sacrosanto individuo. En Alemania la exaltación del individuo condujo al estatismo, en Inglaterra al imperialismo

burgués, en los Estados Unidos al maquinismo. La tolerancia, que se tiene como un aspecto del americanismo, fue practicada, primero que por nadie, por los colonos católicos.

MADRE, conciencia de la nacionalidad es la — Por su apego, por su fidelidad a la fe de nuestros padres y a los modos que tuvieron éstos de entender y practicar la vida, la madre mexicana es la conservadora y trasmisora de las excelencias de la nacionalidad. Ella, aun muerta, nos asiste, nos guía y endereza nuestro camino. El libertino, y, más todavía, el que hace desplante de no creer o de tener otra fe, son aborrecidos por nuestras madres. Los tienen como sus enemigos personales. Y a la larga, y ya viejos nosotros, vemos que nuestras madres tenían razón. Ellas nos preservan en nuestros ser auténtico.

MAR, conciencia del — Le falta al mexicano una conciencia marítima. Se habla mucho de ello y esto ya es un principio. Hay que ser como el mar, cambiante, movido, diferente a cada instante; pero siempre mar, estable y profundo. El mar nos incita a ir a los confines del horizonte, nos convida a ir, mecidos en la suavidad de una ola, hacia lo ignoto. El habitante de la costa es soñador. México padece de un conflicto geográfico. Ha predominado el hombre de la Mesa Central. Y necesitamos ser marinos, salir, ir de aventura, pero para volver a la tierra firme. Campeche, la ciudad de murallas, de una gran cocina, de peces variados, de mariscos exquisitos, de fruta tropical; Campeche, ciudad de calma y sosiego, ciudad de ese modo *campechano*, que es compañerismo, espíritu servicial, concordia, nos dice lo que es el mar. El mar es abismo, pero, también, es ruta y es destino.

MARX, PROPAGANDISTA DEL PROTESTANTISMO — El odio a Roma, a lo que ella representa como heredera y continuadora del Imperio Romano y como asiento del magisterio universal de la Iglesia; el odio por consiguiente a las formas de cultura natural, humana, podría decirse, y a las directivas de carácter sobrenatural, es cosa inventada, fomentada y amplificada por el protestantismo. Marx fue protestante en su juventud. Jaurés, cabeza de los comunistas franceses, escribió su tesis sobre Lutero y Marx, lo que no deja de ser significativo. Marx aplaudía el predominio en Alemania de la potencia protestante que era Prusia; se regocijó de la invasión de México por una nación protestante, en el 47, y pedía que los Estados Unidos se apoderaran de todo nuestro territorio. La derrota de Francia, en el 70, fue para él el triunfo del proletariado. Lo que había en el fondo era el odio a Roma y al catolicismo.

MEXICO, los enemigos de — Hay una ecuación entre los enemigos de la patria y los enemigos de la Iglesia. Traba más al mexicano el elemento religioso. Que los descreídos patriotas sean guadalupanos no es sino la prueba de que la religión es lo que más nos une. Masones, ateos, positivistas y comunistas siempre han hallado un aliado natural en ese anarquismo cristiano que nos viene del otro lado.

MEXICANOS VIEJOS — Los que han hecho a México con sus virtudes privadas, con su fidelidad a las tradiciones válidas, con su apego incondicional a la tierra mexicana, o sean los mexicanos viejos, son sospechosos de traición y se les tiene siempre apartados de los negocios públicos. Constituyen la especie de mexicanos

778393

que nunca son serviles. Por esto tropiezan con muchas dificultades. Un gobierno con sentido nacional tiene que apoyarse en ellos. La desgracia es que se haga un continuo llamamiento al servilismo y que se premie a los más serviles. Oficialmente es más patriota, más amante del progreso, más servicial por consiguiente, el que es más dúctil para plegarse y el que sólo tiene ideas prestadas. Esta es la razón de ser de los partidos oficiales. No ha habido en la historia de México un tipo más acabado de amo, y de un amo que, además, hizo sentir a todos que lo era de verdad, aun con gala de cinismo, como Calles. El movimiento del 29 fue la manifestación juvenil de la vergüenza de México. En esta época personalmente desdeñaba un tanto a los tradicionalistas y después he caído en la cuenta de que esos tradicionalistas constituyen lo mejor de México. Hay tipos cerrados entre ellos, y su cerrazón los coloca entre el número de los irredentos. Cerrados, y de tan cerrados, también irredentos, los hay entre los revolucionarios. Y ni éstos ni los tradicionalistas tienen la excusa de la ideología. No son intelectuales, aun cuando pretenden serlo. Están petrificados. Son, por esto, estorbos que hay que remover cuanto antes.

MORAL, decadencia—Los hombres a quienes se les atribuye grandeza de alma, sabemos todos, y por supuesto que el mismísimo gobierno, que son canalla.

PANACEA?, ¿La Constitución es una.– La decadencia de México, pese a los aspectos de modernidad de que hacemos gala, es evidente. Todos convienen en decir, y el mismo gobierno sin ambages, que la carrera de las necesidades del pueblo rebasa con mucho la de los satisfactores. La desnutrición, la insalubridad,

BIBLIOTECA CENTRAL
U.N.A.M.

la ignorancia constituyen la condición social natural a miles y cientos de miles, a millones de mexicanos. Por supuesto que hay causas internas, exclusivamente de nuestra incumbencia, de la disminución y decaimiento de México. Hay muchos obstáculos insalvables contra los que se obstina inútilmente la voluntad de vivir del pueblo. Hay algo que impide el progreso. Los establecimientos productores de alcohol prosperan, de resultas de lo cual el alcoholismo crece, minando con más intensidad la salud del pueblo, por consiguiente. Los niños, retrasados mentales, aumentan en número. Todo esto, y muchas otras cosas, constituyen un conjunto que conspira certeramente a degradar al mexicano. El origen del mal es la incompetencia, la cual se ha enseñoreado de los puestos públicos.

La Constitución no sirve para el enderezamiento de la autoridad. Lo único eficaz para este menester es la disciplina moral, el retorno serio a los principios cristianos. No hay, no puede haber otra cosa.

PATRIA, debe ser, también, un bien privado la — Una vieja idea, y, más que idea, una vieja práctica, de experiencia y de consolación cotidiana, fue la de que la ciudad, o la patria, como decimos ahora, tenía que ser, no sólo un bien de orden público, sino también privado. La seguridad de la propiedad privada, la protección de las personas, la libertad de moverse, de hacer transacciones, de dedicarse a los ocios fecundos, de cultivar la amistad y de trabajar para los hijos, es lo que más nos hace amar nuestra patria. La patria incita y provoca a la acción y nos da cada día más válidas razones para identificarnos con ella. Nosotros los viejos y auténticos revolucionarios quisimos todo esto para cada uno de los ciudadanos de México. No quisimos que la patria fuese

sólo el grito jubiloso del 16 de septiembre y las manifestaciones callejeras de alegría popular. Quisimos que fuera pan, escuela, taller amplio, tierra labrada, justicia pronta, autoridad responsable y no sólo libertad, sino *libertades*.

POESIA, no es la obra del acaso — La poesía no es el producto forzado del que trabaja a disgusto, como a destajo; tampoco es la obra del que quiere crear, aun cuando esté poseído de una renovada voluntad de hacer cosas nuevas. La poesía es el afinamiento, la delgadez y sutileza de la realidad. Esta, por obra del poeta, se convierte en humana, en cosa de él, personal y personalísima. La poesía es el remozamiento de la Naturaleza, en la que vemos una nueva luz, la del poeta.

PORFIRIANOS, aspirantes a braceros— Los Presidentes de México, y no ciertamente por su recia personalidad, que podría ser el caso, como es frecuente que suceda en el gobierno de los pueblos, le imprimen carácter al Estado. Podría decirse que es como su propiedad, lo que se explica por la ausencia de civismo en los mexicanos. La revolución es Avila Camacho, Alemán, Ruiz Cortines. Cárdenas es un mundo aparte. Es el mundo de la simulación, de la falsa revolución, falseada consciente y pérfidamente. Cárdenas siempre fue engaño e impostura. Dimos nosotros al traste con el régimen porfiriano. Pero se vuelve a lo mismo, con menos autenticidad. No hay un Porfirio Díaz. Hay innúmeros aspirantes a braceros porfirianos.

PORFIRIANA, la juventud — El régimen porfirista creó en los jóvenes una mentalidad de indiferencia cívica. Los bien dotados, los que podían disfrutar de desahogo económico y, por esto, sentir la obligación de

trabajar por la comunidad, no pensaban, por lo general, sino en su propio bienestar. Tener casa y comida, dinero fácil e imitar a los muy ricos, esto, sobre todo, en las costumbres de gozar estúpidamente de la vida, era el ideal de vida. Coche, champaña en las fiestas familiares, criados para todo, institutriz, viaje a Europa, trajes hechos en Inglaterra, importación de vinos franceses y queridas, éstas antes y después del matrimonio, he aquí en lo que pensaban los jóvenes de las familias acomodadas. Por esto merecieron ser eliminados y empobrecidos.

PROTESTANTISMO, protector y protegido del judío — El judío es la anarquía, el desorden, la acción intelectual corrosiva de la idea católica. El espíritu de Israel está en todo lo que desorganiza a Occidente. El protestantismo empieza por volver a lo judío puro, esto es, al biblismo.

PROTESTANTE MEXICANO, El. ¿puede ser patriota? La pregunta supone que sólo el católico puede ser patriota cabal. ¿Quiere decir esto que el católico pretende ser mejor mexicano que el descreído o que el que profesa otra religión? La historia de los pueblos, la fecunda, la que deja huella permanente, por tanto, y constituye una herencia común, es la de los resultados felices. La Iglesia Católica tomó posesión espiritual de México en el siglo XVI, gracias a la obra humanísima y, por otra parte apostólica, de los misioneros. Esto nos ha impreso un carácter, del que no podemos renegar, so pena de descastamiento. La Iglesia hizo a México y los mexicanos toman sus rasgos característicos en los altares. El latín con que los bautizan es un soplo que nos infunde el espíritu de la antigüedad clásica. La

Iglesia defiende el orden humano y, a pesar de los ataques furiosos que recibe y del saqueo continuo de sus bienes, ella permanece y es, por consiguiente, garantía de la permanencia de México.

El protestante, y más si está poseído de la rabia sajona, lo que es frecuente, no hace sino despreciarnos y procurar nuestra ruina. Por eso es juarista, masonizante, comunistoide, enemigo de España y hasta de la lengua castellana. Podrá querer a México, pero lo quiere con exclusión de nosotros y con el deseo manifiesto de acabar con la tradición, que, para él, por ser católica y española, no puede menos que significar oprobio.

Pongamos que el protestante valga lo mismo que el católico, o, por mejor decir las cosas, que el protestantismo y el catolicismo, igualmente cristianos, sean religiones igualmente buenas. Aun así, lo católico tiene en México la ventaja de ser la fuente de una concordia nacional y elemento unitivo de preponderancia histórica. Entonces ya no es lo mismo ser católico que protestante. El protestante, con todo esto, puede decir que su cristianismo es de mejor calidad, más cabal y auténtico y que, por esto mismo, él, como protestante, tiene derecho no sólo a profesar su religión, sino a considerarse como un mexicano con más capacidad de servir a la nación y con mejor aptitud para convertirse, de hecho, en mexicano de primera.

El protestantismo, juzgado desde el punto de vista filosófico, social y moral, y teniendo en cuenta la historia, es una regresión, una barbarie, el fondo de anarquía y de individualismo, por tanto, que subyace en todas las aberraciones de Occidente.

El protestante, por otra parte, formado en corrientes intelectuales, ya no digamos contrarias, que sí lo son, sino sólo diferentes a las comunes de México, tiene, por fuerza de su educación, que oponerse a la mayoría de sus compatriotas, a los cuales, además, necesariamente desprecia. "La América española rehusa morir —dice el pastor George P. Howard, *Latin American News Letter. November, 1952*— y cuando el día de su emancipación llegue será porque los protestantes compartan con los hispanoamericanos las riquezas de su Cristo." El protestante se separa voluntariamente de México. Medra a costa de la humillación legal, que él aplaude y contribuye a hacer más eficaz, en que el Estado tiene a los católicos. Se separa de sus conciudadanos y procura por todos los medios que la irreligión oficial pone a su alcance, ahondar esa separación.

Sensibilidad, uso de palabras, tono, todo es diferente en el protestante. Y la defensa política de México requiere la lucha contra las infiltraciones que vienen a debilitar, opacar, desviar y mudar la fisonomía tradicional. Las indias de Guelatao, o de cualquiera otro lugar, lavando su pelo con agua oxigenada, serían sencillamente ridículas y éste es el caso.

A los protestantes no les importa México tal como es, con su historia y sus modos de vida propios, probados a lo largo de más de cuatro siglos, sino una particular forma de vida, la manera protestante, reputada superior, y la cual acabará con la superstición católica, con el fanatismo católico, con el culto teatral del católico. Porque para el protestante los católicos mexicanos son hombres inferiores, perdidos en groseras prácticas, muchas de ellas sensuales. Si México deja de ser católico será conquistado por la libertad, por un cristianismo

viviente, según la sentencia del pastor protestante Moisés Sáenz. En la Reforma, en todo el liberalismo y en los precursores, latía la idea protestante. Recordemos lo que decía el traidor Lorenzo de Zavala.

El dogma católico consiste en verdades reveladas por Dios y que versan sobre el mismo Dios, sobre el hombre y sobre las relaciones entre Dios y hombre. El dogma protestante es una postura, una declaración de guerra, una afirmación gratuita. El protestantismo afirma ser el mejor de los cristianismos porque es la religión más pura, más cercana a los Apóstoles, más moderna por otra parte, más apta para entender los problemas del mundo de hoy y para resolverlos. Y por esto debemos plegarnos a sus concepciones de la historia y a aceptar lo que nos dice del Estado, de la sociedad, de la política, de la economía y del patriotismo.

Corta, divide y, más que esto, enemista. Pone en las relaciones de los hombres el fermento del odio. Amar a los enemigos era la divisa evangélica, que aceptaban y procuraban practicar todos los cristianos. Por supuesto que amar al enemigo no significa dejarse vencer por él. Amarlo es considerarlo como hombre, a pesar de combatirlo y de vencerlo. La guerra y la victoria no quieren decir aniquilamiento. Deben decir el triunfo del derecho y de la justicia.

Los protestantes sólo practican el odio. No vieron en el católico a un hombre, sino sólo a un enemigo que había que exterminar. Si fanatismo hubo, lo hubo, y completo, de parte de los protestantes. Pero no sólo por el odio activo es una regresión el protestantismo. Lo es, ante todas cosas, por interrumpir la obra secular de integración de todo lo humano con lo divino, que es la

tarea específica de la Iglesia Católica. Integró la civilización griega y romana en una unidad sobrenatural. Y con el protestantismo retrocedimos.

PUEBLO, sentirse — Hay un gozo espiritual en identificarse con el mexicano, en tener conciencia de todo lo que es México. Desde niño, y esto se lo debo a mi experiencia de vivir en la frontera norte, sentí la necesidad de obrar como parte del todo que es la patria. Por combatida y amenazada, por débil y vencida, por despreciada y humillada, vi claramente desde entonces que me debía a mi raza.

PURITANO — Desprecia todo lo español. Es lo mezclado, lo impuro, razón por la cual España es una nación fallida, ignorante, inquisitorial, fanática. La colonización se fundó en el mestizaje y en la esclavitud.

RAZA, la nación es la — Los mexicanos se multiplican y esto quiere decir que aumentan nuestras posibilidades. Cada mexicano nuevo puede ser un hombre completo, lo que es obligación de todos hacer factible. México es una fuerza natural humana, podría decirse que la biología ordenada a la ciudad. Lo que falta es que, efectivamente, haya ciudad, o sea civilización, civismo, civilidad.

REDENTORES, nos faltan — y perentoriamente. Nos faltan esos mexicanos de elección que padezcan por nosotros y nos conduzcan al bien por medio de sus sacrificios. Nos faltan héroes. Yo creo que Madero fue héroe y la desgracia es que no lo hemos merecido porque no hemos tomado ejemplo de su sacrificio.

RELIGIOSIDAD del mexicano — Los indios de antes de Cortés eran intensa, delicadamente religiosos y, hasta tales extremos, que, gozosos, aceptaban los sacrificios humanos. Era para ellos una felicidad ser víctimas propiciatorias. Los españoles también eran muy religiosos. Cualquiera que fuese su oficio, cualquiera que fuese la ocupación momentánea, no podían ellos menos que elevar su alma a Dios. El trabajo era una misión y un mandato de lo alto. Puede decirse que no había una fundamental diferencia entre el fraile y el soldado, entre el empleado público y el labriego, pues todos ponían en sus tareas una intención religiosa.

El pueblo romano no podía tener conciencia cabal de su ciudadanía sin rendirle culto a los dioses de la ciudad. Había que someterse a la divinidad, merecer ser aceptos a ella obedeciendo sus mandatos y decisiones. Los rusos de ahora sacrifican hombres y son brutales cuando eliminan a los inconformes, a los rehacios o a los disidentes. Y lo que nos falta a los mexicanos de ahora, a los que hemos sido dominados por un Estado revolucionario, es la unidad de religión y política. El español, el indio precortesiano, el romano, y, ahora, el ruso, son ejemplo de la multiplicación de su capacidad porque tienen en lo espiritual, en los motivos de la acción, en sus propósitos, una perfecta unidad. La revolución en México desconoce al mexicano e impide que haya en él una unidad espiritual. Le dice que puede ser católico, y no en su vida civil sino sólo en su casa, y hace, por otra parte, lo posible para que deje de serlo. Lo fuerza a vivir bajo leyes e instituciones anticatólicas.

SAJONISMO, conversión y servilismo hacia el — El querer ser gratos al sajonismo y hacerles ver a los sajones que se les imita y copia, es el pecado de origen de todas las revoluciones de México, excepto la de Madero. Madero sí quería la libertad para todos, en espe-

cial para los católicos. Prueba es que, pese al criterio político, por el que se vedaba reconocerles el triunfo en las elecciones a los católicos, criterio que inventó entonces el pérfido y aprovechado de Cabrera, y que ha sido institución después, los católicos tuvieron voces auténticas en la Cámara. Juárez, Carranza y Calles fueron los protegidos de los anglosajones. Por otra parte, los "pochos" han hecho aparecer amables las costumbres de los anglosajones. La vida, para éstos, es fácil porque se empeñan en hacer asequibles a todos las comodidades materiales. Entre nosotros, justo es reconocerlo, hay ruindad, envidia, despotismo. El norteamericano sabe practicar la libertad. El prejuicio racial los hace, con todo, inhumanos. El valor del dinero, en el anglo sajón, es el mismo en todas partes porque en todas partes el dinero del pobre vale lo mismo que el del rico. Este apego al dinero y, por otra parte, la identificación que el anglosajón tiene con la máquina, sobre todo con el automóvil, quieren los "pochos" hacérnosla pasar como muestra de superioridad.

SOBRENATURAL, Lo — Hay que estar siempre pendientes de lo trascendente y hay que verlo todo *sub specie aeternitatis*. ¿Todología? Sí. El Evangelio es el todo, lo es todo. Como filósofos, o, por mejor decir las cosas, como aficionados a la filosofía, o, como la palabra griega lo indica, como amantes de la sabiduría, no podemos menos que llegar a la conclusión de andar a obscuras. Seguimos viviendo en las cavernas, llenos de sombras y a tientas, cayendo y levantando. Pero allí mismo, en esas cavernas, si queremos, podemos recibir la luz, que es Dios.

SOBRENATURAL, odio a lo—Deforman y degradan el sentido y la conciencia de lo humano al combatir, los

que a sí mismos se llaman amantes del progreso, lo que juzgan ser "prejuicios y fanatismo". La única realidad es la presencia de Dios. No creyendo en Dios, hacen santos a los facinerosos y tienen por hombres de elección a los que conocemos como delincuentes. Fabrican héroes para tener una multitud de dioses menores que le muevan guerra a Nuestro Señor Jesucristo.

TABERNA Y COCINA — Abusamos de la manteca y del alcohol. Y a esto se agrega la pérdida del gusto por nuestros manjares tradicionales, los cuales hemos sustituido por lo desabrido e insulso, o sea por la cocina internacional. La taberna es el lugar de degradación con música estridente, enlatada, ruidosa, ensordecedora. Se engulle un veneno con el nombre de alcohol. Y luego la compañía de mujeres que se alquilan y que hacen la comedia del desplante, del deshonor, de la impudicia. Exhiben además una sensualidad que fingen ser sólo para el que la paga y se portan como lo que son, vulgares y codiciosas.

Contra todo esto lo único adecuado es la moral, la cual ha de consistir, ya en la práctica, en la ocupación noble, en el entretenimiento artístico, en la oportunidad de desenvolver las capacidades de creación. El deporte es indispensable porque da la seguridad de disponer de un cuerpo sano. Sólo trabaja bien, y esto es verdad harto sabida y comprobada, el pueblo que juega. El deporte da salud, cordialidad y belleza. Es muy útil, a más de ser un requerimiento de la civilización, la educación musical. Un pueblo que canta es feliz. El deber es el fundamento racional de la moral. Y el deber sólo alcanza su verdadera significación referido a lo absoluto.

Pero el elemento práctico fundamental de todo

esto es la existencia de una cocina. Hogar, por el fuego que supone la cocina, le hemos llamado siempre a esa intimidad familiar que es la comida, muestra la más grata de la convivencia. El que come en su casa gusta gozosamente de las delicias del hogar. Deja taberna, alcohol y amigos; deja el ambiente de los instintos groseros, de las risas forzadas de las mujerzuelas, de las posibles pendencias y bravuconerías, para gozar del plato hecho con amor, de la presencia de los hijos, de las confidencias de la esposa y de la compañía de amigos. Todo lo que se haga en favor del régimen alimenticio es apretar los lazos hogareños y mantener al mexicano en un medio sano, tanto en lo moral como en lo material.

TONTOS, necesitamos vocaciones de.— ¿Tontos de capirote? No. El tonto de capirote es el bobo. El verdadero tonto es el que se sabe ignorante y acepta, sin dilación y sin recámaras, la calidad intelectual del verdadero sabio. Es el que lo aplaude, el que se maravilla de los descubrimientos, el que, pese a su ingenuidad, aprecia las grandes obras artísticas y literarias. El verdadero tonto es el que crea la epopeya popular y hace de la historia un desfile de héroes. Los hombres librescos, y fuerza es que los haya, desmenuzan, se ocupan en pormenores y llegan hasta las minucias. Cuando estos hombres librescos son tontos, y abundan, a los cuales llamamos semiletrados, disminuyen a los grandes hombres. El pueblo, por el contrario, los sigue exaltando.

Villa en pie, decía el Dr. Puente. Villa, drama de México, dice Martín Luis Guzmán.

El pueblo, el pueblo sabiamente ignorante, el que practica a conciencia su vocación de tonto, es el que

tiene gusto en contemplar el Palacio Nacional, la Catedral, el arreglo artístico de Chapultepec. La arquitectura moderna no le habla al pueblo y los edificios nuevos, esos de los alardes técnicos, los ve el pueblo deleznables y como estorbos. El mexicano ignorante, pero con docta ignorancia, se siente poseer la ciudadanía cabal y tiene conciencia clara de ser soberano, de estar en casa propia, en su casa, cuando camina por los patios de Palacio. En los edificios modernos se siente acorralado, despersonalizado, en prisión.

TOLSTOI — Lo tuvimos en un tiempo por guía en México, a falta de verdaderos maestros, que, por nuestra ignorancia, y, ante todas cosas por la ignorancia y presunción de nuestros profesores, no conocimos. Con todo esto, su cristianismo vago y enfermizo nunca nos dio satisfacción. Y pronto lo olvidamos.

TRABAJO, conciencia de — Hay que crear en el pueblo el ímpetu del trabajo, porque el trabajo es el único camino que nos lleva a mejorar las condiciones de vida y a disfrutar del progreso. La voluntad de mejorar es común a todos y lo único que cabe es disciplinar esa voluntad. Capacitarse para vivir con mayor comodidad y para aumentar a cada generación la herencia en técnica, en instituciones, en buenas costumbres, que habremos de dejar a nuestros hijos. Hay que convocar al pueblo al trabajo. Debemos ser como hormigas, ocupados siempre en hacer algo útil. La holgazanería es peligrosa y la causa de nuestro descastamiento. Los gobiernos multiplican desmedidamente los empleos, y esto no por otra cosa que por la colocación de los partidarios.

UNION LATINA, pero sin latín — Ha sido una empresa

masónica querer fundar, practicar y fomentar una unión entre los países descendientes de Roma, llamándola *unión latina*, y sin siquiera concederle la menor importancia al latín. Debe haber una unión entre los pueblos llamados latinos, unión que llega hasta nosotros, los hispanoamericanos, aunque no directamente, sino por conducto de nuestros padres. Esa unión ha de inspirarse en la cultura católica.

UNIFICACION de los mexicanos — Lo único que puede unirnos y que, al unificarnos, ahonda en la entraña de nuestro ser para que nosotros mismos seamos más conscientes de lo que somos, al sentir su presencia, y, al mismo tiempo, por otra parte, multiplique nuestras potencias y facultades, es México. México no es una cosa ya dada, *ne varietur*, conviene a saber que no padece variación. México es una gran cosa que muchas veces estamos en la imposibilidad de definir. Su realidad pertenece a lo inefable, pero no por esto es vaguedad, nebulosa o caos. México es claro y su claridad nos ciega, lo que no impide que sintamos, que adivinemos su líquida luz.

México nos reduce a todos a la unidad. Los mismos criminales, los cuales, por sus dichos y sus hechos manifiestan un designio de hacer daño a los demás, y así los sueltos como los encarcelados, dan un testimonio de la patria. Esta los cubre, los desborda, los aniega en el bien, aun contra su voluntad de ellos; los convida, y, en su caso, los fuerza a corregirse, a volver a tener, o a empezar a tener, un deseo de reducirse al gremio de la patria, una conciencia cívica, una decisión patriótica.

Junta, pues; debe juntar México a todos los mexicanos, a los censores de oficio y afición, a los eternos descontentos, a los inconformes, a los reformadores, a

los ansiosos, a los puritanos, a los que reniegan de su herencia y a los apegados a ella, a los que buscan las novedades y a los que abominan de ellas, a los que creen tener toda la verdad política y a los que persiguen una verdad.

México debe ser bueno para todos y hacer, por tanto, buenos a todos, lo que, en gran parte, depende de los buenos. México, por consiguiente, es la obra de los grandes ciudadanos.

UNIVERSIDAD, la — Puede ser, y la grandeza de México pide que efectivamente sea, un centro eficaz de cultivo de la ciencia, en todas sus ramas y en todos sus aspectos, los teóricos y los prácticos; pero si no profesa la creencia en Dios, si no busca racionalizar lo divino, acercar, por consiguiente, la inteligencia humana a la intimidad de Dios, si no se justifica en lo trascendente, se vedará a sí misma resolver los problemas que plantea el espíritu humano.

VEINTINUEVE, El. Sí, en el año de 1929 Calles era Calles. Nunca lo fue con mayor plenitud que entonces. Era la conciencia del poder, la satisfacción de querer estar solo, de deshacer todo lo que pudiera oponérsele. El vasconcelismo lo irrita, lo excita, lo altera. Calles ya no sólo tiene en su contra a los cristeros. Contra éstos, a más de las represiones inicuas con tanta saña efectuadas en sus familias y de la guerra sin cuartel, echaba mano de la demagogia falsamente revolucionaria y de la ideología anticlerical. La mentalidad masónica y judaica de los Estados Unidos vino en su ayuda. Y contra el vasconcelismo, al que no se le podía hacer el cargo de clerical, no valían las armas de la demagogia.

VIRTUD, los aires de — Cierto y muy cierto que es ne-

cesaria la virtud en toda sociedad, virtud activa, eficaz, comunicativa, como forzosamente tiene que ser la virtud verdadera. Y una comunidad, cualquiera que ella sea, aun las recreativas, y, con más requerimientos la política, que justamente es llamada la comunidad perfecta, carece de razón de ser y no puede menos que precipitarse en la ruina y en la desaparición, sin hombres virtuosos, sin esos ejemplares de desinterés, todos ellos generosidad, que avivan el bien común, que lo despiertan, construyen, amplifican y mantienen sólido y estable. Y un sistema que corrompe a los individuos, que los convida a la simulación, que los empuja a la mentira, hace de los ciudadanos actores de comedia, la cual, como harto lo hemos comprobado en la historia reciente, ha degenerado en sainete.

El dinero es el gran corruptor y los que juegan el papel de incorruptibles toman el dinero de donde lo hay. Aquel dicho de Cabrera, que "la revolución es la revolución" y que "el dinero hay que tomarlo de donde lo haya", es, en la práctica constante, el único principio. El dinero sirve para conservar el poder, para volver a él, para mantenerse en la impostura abanderado y portavoz de las necesidades del pueblo.

Los millonarios revolucionarios abundan y todo el mundo los conoce.

VILLA no era "pocho" — El pochismo, definido ya como descastamiento, como afición desmedida por todo lo sajón, como copia servil de la civilización mecánica de los Estados Unidos, lo aprovechó, fomentándolo, Carranza, sin ser éste pocho. Tampoco lo era Obregón, pero, no por esto dejó de colaborar en esta empresa de degradación de lo mexicano. Calles era semipocho y pocho cabal Abelardo.

Villa, el más inculto, o, por mejor decir las cosas, el más iletrado de los grandes caudillos revolucionarios, no fue pocho, ni podía serlo. Villa salvó a la revolución contra las nefastas influencias de lo pocho.

Ciudad de México, a 24 de septiembre de 1959, fiesta de Nuestra Señora de la Merced.

Salvatierra, Gto., a 13 de mayo de 1964, fiesta de Nuestra Señora de la Luz.

Se acabó de imprimir el día 19 de marzo de 1965, fiesta del Señor San José, en los talleres de la Editorial Acuarimántima, S. de R. L. Londres 24, México. D. F. La edición consta de 5000 ejemplares.